

Las raíces ocultas de la vida

M^a Carmen Artaloytia Lázaro.

*A mi madre,
a quien no tengo palabras para describir,
que dejó en mí la semilla del perdón*

Sentada en aquella roca luchaba para que mis lágrimas no fluyeran. Quería estudiar magisterio y escribir historias y poemas. Ana, mi profesora de lengua, me había animado a ello.

–María, puedes hacerlo, tienes inteligencia, coraje. Deja que hable con tu padre.

Hablar con mi padre. Ahora él acababa de romper mis sueños, como si se rompiera el cristal y sus esquirlas terminaran clavadas en mi corazón.

–¡A la universidad! Pero ¿quién te crees que eres? Trabajarás en esta finca, como lo hacemos tu madre, tus hermanos y yo.

En aquellos momentos lo odié con todas mis fuerzas. Era un hombre egoísta, radical en sus ideas, no admitía más criterios que los suyos, su voluntad imperaba sobre mi hermano José, a quien le había puesto su mismo nombre. Tenía veinticuatro años y era un hombre alto, fuerte y guapo. Lo tenía como su perrito faldero, y no le dejaba opinar ni decidir nada sin su consentimiento.

A él se unía mi hermana Soledad. Veinte años, rubia, con unos hermosos ojos azules, ayudaba a mi madre en las tareas de la casa y en las que mi padre consideraba oportunas. Y mi madre Dolores, cuarenta y ocho años, siete años más joven que él, quien, a pesar de las huellas que el trabajo y el sufrimiento habían dejado en su rostro, conservaba una belleza dulce y serena.

Y ahora quería someterme a mí. María, dieciséis años, delgada, alta, con el pelo negro ensortijado y unos ojos negros y profundos.

Nosotros, además de estar a sus órdenes, también estábamos a la de los amos de la finca, doña Victoria, don Alberto y sus dos hijos, el señorito Adolfo, un año menor que mi hermano, y la señorita Eva, un año mayor que yo.

Me había levantado de la mesa y, dándole una patada a la silla, abrí la puerta de la calle mientras mi padre me gritaba.

–¡María! Como salgas por esa puerta, esta noche no dormirás en esta casa.

Entonces fui al cobertizo, cogí mi bicicleta, pedaleé con todas mis fuerzas hasta llegar adonde ahora me encontraba, en lo alto de una pequeña loma, desde donde divisaba toda la extensión de aquellas malditas tierras.

Sin embargo, la aparición por el camino de tres jinetes montados a caballo me hizo volver a la realidad. Agudicé la vista: eran el señorito Adolfo, la señorita Eva y otro jinete de la misma edad que los dos hermanos. No sé si por envidia, tal vez por rabia o impotencia, me monté en mi bicicleta y me dirigí hacia ellos a toda velocidad. Tuvieron que frenar bruscamente sus cabalgaduras, yo viré el manillar.

Adolfo gritó:

–¡Por Dios, María! Hemos podido matarnos.

Eva vino hacia mí con la fusta levantada, pero Adolfo sujetó su brazo en el aire, impidiendo así que me golpeara la cabeza.

–¡Eva! ¿Estás loca?

Tuve miedo al ver aquella fusta tan cerca. Ella me miró fríamente y me dijo:

–Se merece una lección, es una salvaje. Que aprenda a respetar a los que tiene que servir.

La encontraba tan hermosa con aquella expresión en sus ojos entre la ira y la soberbia, su pelo tan largo... Empezó a dar vueltas con el caballo a mi alrededor. No podía moverme, no sabía cuáles eran sus intenciones.

El otro chico nos miraba burlescamente. Fue entonces cuando Adolfo dijo nervioso:

–¡Ya está bien, Eva! Vas a terminar encabritándolo.

Ella entonces tiró de las bridas y el caballo levantó sus patas relinchando. Cerré mis ojos, con miedo de recibir el impacto de los cascos de aquel animal. Fue cuando la oí soltar una carcajada mientras decía:

–De esto se enterarán nuestros padres.

Sin embargo, tras sus palabras, la vi golpear con la fusta al caballo y, seguida del otro jinete, se marchó a galope levantando una gran polvareda.

Adolfo me miró de forma burlona.

–Lo siento, María. Mi hermana es tan brava como tú.

Podía notar el sudor correr por mi cuerpo. Estremecí de pánico al imaginar aquellos cascos sobre mi cabeza, pero logré controlar el miedo y el grito que estuvo a punto de salir de mi garganta.

–Adiós, María. No te preocupes, mi hermana no dirá nada. Por cierto, te estás convirtiendo en una hermosa jaca—. Y se marchó soltando una carcajada en la dirección que habían tomado su hermana y aquel idiota.

Me sentía humillada. No sólo por el comportamiento de Eva y la sonrisa burlona de su amigo, sino también por la forma en que aquel señoritingo me había soltado lo de *jaca*. Monté en mi bicicleta y los pensamientos de venganza inundaban mi mente. Me dirigí entonces hacia la casa de mi padre. Así la consideraba, de él, porque ya se encargaba de que la supusiésemos suya. Mi madre esperaba en el porche.

–María, hija, ¿cómo vienes tan tarde? Tu padre ya ha llegado. No puedes entrar en casa.

Y nada más decirme esto, la abracé y estreché entre mis brazos.

–No se preocupe, madre, dormiré en el cobertizo. Ya no hace frío, pronto comenzará el verano.

Acarició mi pelo.

–¿Por qué eres tan rebelde, hija mía? ¿Por qué llevas siempre la contraria a tu padre? Él quiere lo mejor para ti

La miré a los ojos, pero esquivó mi mirada.

–María, él no es malo, pero...

Cogí su cara con mis manos y la besé tiernamente.

–No sufra, madre. A mí no me doblegarán. Ni mi padre, ni esos señoritos, ni esta maldita tierra. Lucharé y, si es necesario, verteré mi sangre, pero terminaré marchándome de este lugar. Eso sí, regresaré a por usted.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

–Mi corazón me dice que lograrás tu libertad, que alcanzarás tus sueños. Yo no me iré de estas tierras, nunca abandonaré a tu padre.

No entendía cómo se podía amar a un hombre con esa forma de ser y semejante carácter. Pero el tiempo iría dando respuestas a mis preguntas.

Hicimos un lecho con la paja más seca y limpia. Sin duda, después de haber cenado me sentía con más fuerza. Me invadió esa desesperación producida por la impotencia de tener que soportar los injustos mandatos de mi padre. No sólo por mí, también por los sufrimientos que ello le suponía a mi madre.

No me importaba estar entre aquellas alpacas, herramientas y gallinas enjauladas. Sin embargo, tuve enormes deseos de abrir aquellas jaulas, dejar en libertad a las pobres gallinas, pero seguramente no sabrían hacia dónde ir, como probablemente le hubiera ocurrido a mi padre si lo hubieran sacado de aquellas tierras.

Me había dado cuenta de que él a mí no me quería como a mis hermanos. Más de una vez lo sorprendí mirándome con una intensa frialdad. Entre nosotros había un profundo pozo, donde sentimientos que no queríamos reconocer pululaban por salir a la superficie. Creía que era por mi rebeldía, pero qué equivocada estaba entonces.

Recordé a mis amigas. Julia, alta y delgada, era muy responsable y seria. Por contra, Adela, bajita y gordita, con unos ojos que despedían chispas, era puro fuego.

Estaban *coladitas* por un chico llamado Esteban, no muy alto, pero muy atractivo y simpático. Y resultaba curioso: a mí jamás me había llamado la atención, y él siempre detrás de mí. Ellos sí irían a la universidad. Más de una vez habíamos hablado de ello y de los felices que íbamos a ser. Ya no lloraría más. El sueño fue venciéndome.

II

Llegaba el verano y, con él, el curso se acercaba a su fin. Quienes tuvieran la suerte de seguir estudiando se marcharían pronto. Eran nuestros últimos días de clase juntos. Nuestros tiempos de instituto iban a cerrarse para siempre.

Mis amigos intentaban hacer chistes y comentarios alegres, a pesar de que en el fondo sabíamos que nuestros caminos se separarían. Ellos, a la universidad, y yo, en un lugar donde la libertad estaba encerrada entre las cercas de aquellas tierras.

Julia parecía conocer mis pensamientos durante nuestras charlas y terminaba abrazándome.

–Ya verás, María, como tu padre cambiará de idea.

–Claro que sí –dijo Adela entre risas–. Tú eres la más inteligente de todos nosotros. No sería justo que no continuaras estudiando.

Uno de esos días, Esteban se acercó y cogió mis manos.

–Ya verás, todo se arreglará, volveremos a estar juntos. Dame tu dirección, te escribiré y te contaré todo lo que nos vaya sucediendo en la universidad, aunque creo que lo verás por ti misma.

Sabía que eso no sucedería. Me había costado sudor, lágrimas y la ayuda de mi madre y hermanos el haber ido al instituto. Mi padre jamás me dejaría salir de aquella finca.

El día de la entrega de notas, mi hermano, como siempre, había venido a recogerme. Mientras me montaba en el coche les dije adiós. Recuerdo especialmente la mirada de Esteban, su expresión de tristeza. José se echó a reír.

–Vaya miradita. ¿Qué tal las notas?

–Qué tonto eres.

Le entregué mis calificaciones.

–Vaya, vaya, qué *notazas*. Estarás contenta...

–Para lo que me van a servir...

–Vamos, María, no seas injusta. Padre sabe lo que nos conviene. Nunca nos ha faltado el pan en la mesa. Nosotros pertenecemos a una familia de guardeses, y tenemos la obligación de seguir las tradiciones familiares.

Lo observaba mientras hablaba. Su semblante era de total serenidad, estaba absolutamente convencido de sus palabras. De qué me hubiera servido haberle preguntado qué dónde estaba escrito que tuviéramos que seguir las tradiciones familiares. ¿Acaso no teníamos derecho a decidir por nosotros lo que de verdad queríamos ser en la vida? ¿Y si no poseíamos aptitudes para ser guardeses? Opté por mantenerme en silencio.

No hablamos más durante el resto del trayecto. Al llegar, nos esperaban para comer. Mi padre no me preguntó siquiera por las notas, y mi madre y mi hermana no se atrevieron a hacerlo. En cambio, José me miró con una expresión de indecisión, de no saber si decirlo o no, pero lo contuve con un leve movimiento de negación con mi cabeza.

Cuando terminamos de comer, mi padre, como siempre hacía, encendió su pipa y, mirándome a través del humo, me espetó:

–Bueno, María, mañana empezará a trabajar en la finca. Tú decides: o en las viñas, con los olivos, o con los árboles frutales.

Sus ojos tenían esa expresión del cazador cuando consigue abatir a su presa. Cualquiera de los trabajos que eligiera sería duro, pero no me importaba, muchachas

como yo lo hacían. Sabía que, donde más se trabajara, allí me mandarían, por supuesto a la labor que no hubiese elegido. Me conocía lo suficiente para saber que no podría engañarlo, era incapaz de mentir y mis ojos me delatarían. Mi hermano se adelantó a mi respuesta.

–Usted sabe que María se adaptará a cualquier trabajo. Eso sí, no la mande a cuidar flores y plantas, lo odia.

Bajé mi vista al plato y me llevé la cuchara a la boca. No quería que viera en mi expresión que mi hermano había mentido. Yo adoraba las flores, y eso también lo sabían mi madre y mi hermana. La mirada de mi padre reflejaba una total satisfacción.

–Bien, bien. Esta será tu primera lección, para que aprendas que en la vida no se puede tener todo lo que uno quiere y desea. Trabajarás en los jardines, ayudando a Marcial.

III

Me despertaron las caricias de mi madre.

–María, despierta, tienes que ir a trabajar. Tu padre me ha dicho que te pongas ropa adecuada.

Lo que él consideraba ropa adecuada era ponerse ropa de mujer, cosa que no pensaba hacer. Me vestí con un mono vaquero, una camisa de cuadros heredada de mi hermano y unas desgastadas botas de lona. Me alboroté el pelo y me puse un solo pendiente de aro pequeño.

Mientras me sentaba a la mesa, mi padre levantó la vista de su taza. Dio un puñetazo en la mesa.

–¡Dolores! ¿No le has dicho que se ponga ropa de acuerdo con su sexo?

Antes de que mi madre respondiera y se echara la culpa le contesté.

–¿Ropa según su sexo? Pero ¿usted en qué época vive?

Sentí un latigazo en la cara por la bofetada que me dio.

–José, ¡por Dios! –dijo mi madre en un hilo de voz.

Yo seguí sentada. No cambié para nada la expresión de mis ojos.

–¡Cállate tú! ¿No ves que tu hija es una rebelde? Ya la enseñaré yo modales y respeto.

Mi hermana salió en mi defensa.

–Padre, no se enfade. María es una niña. Además, se ha puesto esa ropa porque la otra se ha lavado y aún está tendida.

Mi hermano intervino de nuevo, intentando desviar la atención

–Acuérdese de que hoy viene el veterinario y suele llegar muy temprano.

–Te vas a librar por tus hermanos –dijo furiosamente. No nombró a mi madre–. Levántate de la mesa. Hoy te quedarás sin desayunar.

Cuando salía por la puerta, mi madre metió en mi bolsillo un bollo de leche. Caminaba detrás de ellos. Aún me dolía la bofetada, pero no lloraría. Me iba comiendo el bollo procurando que él no me viera. Llegamos a los jardines y allí estaba Marcial, quien, agachado, hacía pequeños agujeros en la tierra. A su lado esperaba un montón de plantas.

–Buenos días –le dijo mi padre.

Él se volvió y se puso de pie. Era un hombre algo mayor que mi padre. Su pelo empezaba ya a blanquearse, pero poseía el atractivo de las personas que en su juventud habían sido guapas.

–Buenos días, señor José y compañía –respondió–. ¿Qué se les ofrece?

–Te traigo a mi hija pequeña. Quiero que la enseñes lo que es la jardinería y que te ayude.

Marcial sonrió y acarició mi pelo con su mano.

–No la dejes hacer lo que ella quiera y mírala como a una trabajadora cualquiera.

Cuando se fueron, Marcial se volvió a mí.

–Por lo que se ve, no te llevas muy bien con tu padre –me dijo sonriendo nuevamente.

Hice un gesto de despreocupación.

–Creo que tú y yo nos entenderemos –dijo sin dejar de sonreír.

Me quedé absorta mirando todas aquellas plantas llenas de flores de tan diferentes tamaños y colores. Abrían sus pétalos generosamente, ofreciéndonos su belleza y cierta paz, tan necesaria para el alma. Marcial me entregó una de ellas.

–María, cierra cuidadosamente tu mano y dime qué sientes.

Presioné suavemente aquel tallo y descubrí que podía sentir su palpitar. Marcial me miró a los ojos, tuvo que percibir lo que sentía.

–Ves, María, has sentido su vida. Ahora ya puedas plantarla. Sabes que está viva, que necesitará que la cuides, la alimentes y la quieras.

IV

A pesar de trabajar de sol a sol y descansar sólo algunos sábados y domingos, era feliz sembrando aquellas plantas. Marcial era muy cariñoso conmigo, pero muy exigente. Los hoyos tenían que tener el tamaño y la profundidad adecuadas y debía realizar la plantación en el tiempo establecido para ello. Las flores respondían con su frescura y sus colores siempre vivos.

Todos los días cortaba un ramo de flores de temporada para doña Virginia y me mandaba que se los llevara. Rosa, una de las doncellas más antiguas, solía recogerlas, y me daba las gracias.

Cuando estábamos a solas, mi madre solía preguntarme un tanto angustiada.

–¿Dime, hija mía, eres feliz en el trabajo?

–Claro que sí, madre.

En honor a la verdad, disfrutaba sembrando aquellas plantas y cuidándolas, pero mi sueño seguía siendo ir a la universidad, escribir historias y poemas. En el silencio de la noche leía los libros que Ana me había regalado antes de dejar el instituto. ¿Qué habría sido de ella? La tristeza y una dulce sensación que no conseguía entender me invadieron. ¿Cómo les iría a mis amigos? No les había vuelto a ver desde el último día del instituto. Aunque íbamos a la ciudad a comprarnos ropa, mi padre nos llevaba solamente a las tiendas, con la exigencia de que termináramos cuanto antes.

Aquella mañana estaba con el periodo y no me encontraba bien, tenía esa sensación entre el desánimo y el mal humor. El hoyo no me había salido bien y estuve a punto de partir el tallo de la flor. Marcial, que intuía lo que me pasaba, preguntó cariñosamente.

–¿Te encuentras mal, María?

Iba a contestarle cuando apareció don Alberto.

–Buenos días. ¿Tú no tendrías que estar en la universidad? –me preguntó seriamente.

Me quedé tan sorprendida por su pregunta que no supe qué contestarle. Marcial salió rápidamente en mi ayuda.

–Don Alberto, María lleva trabajando en los jardines hace tiempo, desde que dejó el instituto.

–Gracias, Marcial, pero prefiero que me conteste ella. ¿Por qué has dejado los estudios?

No sé por qué presentí entonces que mi respuesta traería consecuencias.

–Don Alberto, ha sido mi padre el que ha querido que trabaje.

La expresión de sus ojos se endureció.

–Tendría que haberme dado cuenta de esto antes. Marcial, dígame a José que le espero en mi despacho.

–Como usted mande.

–Y, María, tú vente conmigo.

Me encontraba desconcertada y nerviosa. Entramos en una habitación lujosamente amueblada. En el fondo, un butacón y dos sillas; en medio, una enorme mesa de madera maciza. Don Alberto se sentó en el butacón y me dijo que me sentara en una de las sillas. No habían transcurrido ni unos minutos cuando sonaron unos golpes en la puerta.

–Pasa –dijo don Alberto en un tono de voz enérgico.

En aquel momento, mi padre entró en la habitación. Tenía la cara desencajada y blanca como la nieve.

–¿Da usted su permiso, don Alberto?

Éste ni le contestó ni le dijo que se sentara. Mirándole fríamente le preguntó:

–¿Por qué motivos has puesto a María a trabajar? Te dije que fuera a la universidad, que yo costearía todos sus estudios. Además, creo que te pago muy generosamente.

Por primera vez vi el miedo reflejado en la expresión de los ojos de mi padre. Carraspeó.

–Don Alberto, yo... Yo no he tenido la culpa. Ha sido ella quien se ha negado a seguir estudiando. Usted no sabe el carácter que tiene.

La sangre subió de golpe a mi cabeza. Sentía rabia e impotencia de escuchar las mentiras que estaba diciendo. Al mismo tiempo, no entendía la generosidad que don Alberto demostraba hacia mí. Sin duda, me daba cuenta de la gran oportunidad que se me presentaba, dejar a mi padre por embustero, desvelar su cinismo, pero debía calcular las consecuencias.

Ahora que se me presentaba la oportunidad de poder ir a la universidad, mis pensamientos volaban. Sin embargo, la imagen de mi madre me hizo volver a la realidad. Sabía que la pagaría con ella, mi padre le haría la vida más insufrible y dolorosa.

–Don Alberto, perdóneme usted. Antes le he mentado. He sido yo la culpable. Mi padre tiene razón: no he querido seguir estudiando.

Miré hacia el suelo, no deseaba que viera la expresión de mis ojos.

–¿Por qué motivos me has mentado, chiquilla?

–Tenía miedo.

No me atrevía a mirarlo. Se levantó y pellizcó cariñosamente mi cara.

–Bueno, bueno... Eso no, María. No tienes por qué tenerme miedo. Piénsalo con calma, deberías ir a la universidad. Si cambias de idea, házmelo saber, ¿de acuerdo? Todo aclarado, podéis marcharos.

A una cierta distancia del cortijo, sin que nadie pudiera verle, mi padre me agarró fuertemente del brazo.

–De esto ni una palabra a nadie. No se te ocurra volver a hablar con don Alberto sin que me encuentre yo presente. Tú te quedarás aquí como tus hermanos. Si no lo haces, lo pagará muy caro tu madre.

Me soltó del brazo y se marchó por el camino en dirección a las naves. Tenía una sensación de mareo. Tuve que sentarme en el suelo, con enormes deseos de vomitar. Las lágrimas nublaban mi vista. Me había encontrado ante la primera encrucijada dolorosa de la vida. El amor hacía mi madre me hizo elegir el camino. Pero llegaría mi oportunidad, no me doblegaría, no se saldría con la suya.

El tiempo sería mi aliado y pondría las cosas en el lugar que les correspondía. Me levanté y me dirigí hacia los jardines. Marcial me miro a los ojos. Debía de tenerlos brillantes por las lágrimas, pero no me preguntó nada.

–Anda, María, puedes irte ya. Si te pregunta tu padre, dile que te lo he mandado yo.

Caminaba hacía mi casa con una sensación de tristeza y desánimo. Me resistía... Ya no sentía ni los dolores del periodo, pero la cabeza me iba a estallar de un momento a otro. Ni entendía ni comprendía nada. O quizás no quería entender ni comprender

Me sacaron de mis pensamientos los gritos de Pedro, el hijo del pastor. Tenía mi misma edad. Venía en su bicicleta de la ciudad, que se encontraba a unos veinte kilómetros de la finca.

–¡María, María! ¡Espérame!

Estaba yo entonces como para aguantar sus tonterías y sus bromas.

–¡No puedo! –le grité–. Llevo mucha prisa.

–¡Quieres esperarte, mujer! Tengo una carta para tu padre.

Cuando llegó a mi lado, me sonrió burlonamente.

–Qué guapa estás.

Vi como su mirada se dirigía a mis pechos, el muy cerdo. Me dio una palmada en el culo y, antes de que pudiera reaccionar, se fue pedaleando a toda velocidad. Le tiré una piedra.

–¡Me las vas a pagar, imbécil!

Miré el sobre y quedé paralizada: ¡venía a mi nombre! En el remite leí el nombre de Ana. Al abrirlo y sacar aquel papel, sentía los latidos de mi corazón en la garganta.

Querida María:

He perdido la cuenta de las cartas que te he enviado.

No sé si han llegado a tus manos o es que no quieres contestarme.

Por si no las hubieras recibido, te informo de que dejé el instituto. La profesora a la que sustituía se incorporó al trabajo.

Estoy dando clases en un colegio privado en Madrid.

¿No habrás dejado de leer? Sobre todo a tus autores preferidos, los clásicos franceses.

No te rindas, no renuncies a tus sueños. Tú no eres cobarde y nunca te faltó coraje.

Mi dirección consta en el remite del sobre. Ven a visitarme cuando tú puedas y quieras.

Comparto piso con dos chicas. Te dejaré sitio en mi habitación

Por favor, contéstame.

Un beso,

Ana.

¿Tanto me odiaba mi padre como para haberme ocultado esas cartas? Nuevamente se interponía en mi camino, pero el destino le había jugado una mala pasada y aquella carta que estuve a punto de no recibir había llegado a mis manos.

Ana... ¿Qué es lo que estaba sintiendo? ¿Esos sentimientos sólo podían sentirse hacía un hombre? No lo entendía. Me senté en la hierba y rodeé mi cabeza entre mis brazos, intentando controlar el temblor de mi cuerpo. Me incorporé y sequé mis lágrimas con el puño de mi camisa. No consentiría que *aquello* invadiera mi cuerpo y se apoderara de mi voluntad.

Para hacer realidad mis sueños, debía dirigir mis sentimientos. Iría a la biblioteca, volvería a empaparme de escritos y poemas. Quitaría de mis pensamientos la idea de ir a la universidad. Esperaría. No dejaría a mi madre a merced mi de padre, porque cumpliría su amenaza. Mis hermanos no tendrían valor para enfrentarse a él, a sus comportamientos crueles y machistas.

En aquel momento, no podía contestar aquella carta. Ahora no, no era libre. Además, mi padre no me entregaría las cartas que Ana me enviara y se generarían dudas y confusiones entre las dos. Tampoco me encontraba con fuerzas para enfrentarme a lo que había despertado en mí, a unos sentimientos que no comprendía.

Debía dejar correr el tiempo. Él me iría dando las respuestas y pondría cada sentimiento, cada paso en su sitio. Por ello, no dije nada del suceso de las cartas, ni siquiera a mi madre, no deseaba darle más motivos de sufrimientos.

V

Los domingos, como siempre ocurría, podía palpase cierto nerviosismo en el ambiente. Era de obligado cumplimiento asistir a misa, y con nuestras mejores galas. Nos sentíamos unos privilegiados por poder acudir a la celebración del culto en la capilla de la finca.

El domingo siguiente a la recepción de la carta de Ana, mi padre no había realizado todavía ningún comentario de lo ocurrido en el despacho de don Alberto. Tampoco yo lo había hecho, ni le pregunté sobre las cartas que no había recibido.

Antes de salir hacia la capilla, solía mirarme en un pequeño espejo: qué imagen de paleta ridícula reflejaba, con aquel vestido y aquellos zapatones marrones. Odiaba los vestidos, me sentía prisionera dentro de ellos. Prefería los monos vaqueros, las camisas de cuadros que un día fueron de mi hermano y que, al quedarse pequeñas, mi madre guardaba en un arcón.

–No hay que tirar nada –solía decir mi madre–. Podría ser que lo que tiremos hoy lo necesitemos mañana.

A mí me venía muy bien aquel proceder de mi madre, herencia de duros tiempos pasados.

–¡María! ¡Quieres terminar de una vez! Como siempre, llegaremos tarde por tu culpa.

La voz enérgica de mi padre solía azuzarme y sacarme de mis pensamientos.

Aquel domingo, como habitualmente, nos dirigimos hacia la capilla. Entramos, según teníamos ordenado, por la puerta de atrás. Nos fuimos al fondo, a la espera de que terminaran de confesarse los amos para hacerlo nosotros.

Terminadas las confesiones, el cura, don Emilio, se dirigió hacia el altar seguido del imbécil de Pedro, que era el monaguillo. De vez en cuando el sacerdote le daba un pescozón, no sé si porque se equivocaba o porque le ponía nervioso.

Los amos se dirigieron, sin ni siquiera mirarnos, a sus respectivos reclinatorios, recubiertos de terciopelo color rojo, sobre los descansaban unos misales cuyas tapas estaban adornadas con plata.

Desde el incidente con el caballo no había vuelto a ver al señorito Adolfo ni a la señorita Eva. La belleza de ella, con aquellos ojos tan azules y el pelo largo que brillaba como el oro, era innegable.

Comenzó lo que para mí era una especie de ritual. Además de leer los clásicos, leía también la Biblia. No lograba interpretar en los textos bíblicos que las personas que acompañaban a Jesús cuando él hablaba se levantaran y se sentaran; tampoco que Jesús mandara penitencia por los pecados cometidos; que Jesús negara su cuerpo y su sangre a Judas, a pesar de que él no confesó ni pidió perdón por haber vendido a Jesucristo.

Sentí entonces que mi madre tiraba suavemente de mi brazo para que me arrodillara. Me miró con ojos suplicantes. Su intuición le diría que lo que yo pensaba no era nada bueno.

Al terminar la celebración, salimos de la capilla por un orden distinto al que entramos. Don Emilio y los amos salieron los primeros, después lo hicimos nosotros. Mi padre, como de costumbre, se les acercó, y con una inclinación de cabeza y de palabra les dio las gracias por habernos dejado compartir con ellos la santa misa.

Lo que yo habría dado por ver la expresión de don Emilio ante los manjares y excelentes vinos con que lo agasajarían, además de la generosa limosna. Ojalá se

hubiera reflejado en todo aquel festín la imagen de tantos niños desnutridos y muertos por el hambre. ¿Qué interpretación hacían los señores y aquel sacerdote de dar de comer al hambriento y de beber al sediento?

Adelanté a mi familia, a pesar de oír a mi padre llamarme insistentemente para que fuera a su paso. No le hice cas. Fui a la casa, me cambié de ropa y me dirigí al cobertizo. Cogí mi bicicleta y pedaleé hasta la pequeña loma, donde estuve hasta entrada la noche.

Entré en mi casa evitando hacer ruido. Mi hermana dormía plácidamente. Se escuchaba el suave sonido de su respiración. Yo no era capaz de dormir y abrí cuidadosamente la ventana. Miles de estrellas brillaban en la soledad de la noche. ¿Cuál de ellas sería la mía? Se suele decir que cada uno de nosotros tenemos una estrella en el cielo. Pensé en Ana, tendría también la suya, y un escalofrío recorrió de nuevo mi cuerpo.

Una estrella fugaz cruzó entonces los cielos.

–Que vuelva a ver a Ana –le pedí.

Me sacó de mis pensamientos el sonido casi imperceptible de la puerta de la calle al cerrarse. De forma cautelosa, miré hacia afuera. Era mi hermano, que salía de la casa. No lo pensé dos veces: me puse los pantalones encima de la camisola que usaba como pijama, me calcé mis botas de lona y me deslicé hacia la puerta. Salí detrás de él.

Mantenía la distancia. Vi que se dirigía hacia la pérgola. Entró en ella. No podía verse su interior, dado que estaba cubierta por enredaderas y flores, pues de ello nos encargábamos Marcial y yo. Sólo había una pequeña entrada situada al otro lado de donde yo me encontraba, así que me acerqué sigilosamente. Escuché entonces una especie de gemidos. Estaba desconcertada. Me subí a una piedra y abrí un hueco entre aquellas plantas. Por poco me caigo de bruces al ver a mi

hermano apoyado contra la pared, su cuerpo inclinado, y al señorito Adolfo detrás de él. Estaban haciendo lo mismo que hacen los animales cuando se aparean.

No sé ni cómo acerté a bajarme de la piedra. Eché a correr campo a través. Me paré de pronto, creí ahogarme en mis vómitos. Cuando entré en la casa, fui hacia el baño. Seguía vomitando, y escuché la voz de mi hermana detrás de mí.

–María, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

Dejaba correr el agua por mi cara e intentaba calmarme.

–Sí, creo que se me ha cortado la digestión –mentí.

Se acercó y me cogió por la cintura.

–Anda, volvamos a la cama. Iré a por una vasija por si te vuelve a suceder.

En la cama sentía como si miles de agujas se clavaran en mi piel.

–Duérmete, Soledad. Me encuentro mejor.

La cabeza me daba vueltas, no sabía qué pensar. ¿Qué era lo que realmente había visto? Quería borrarlo de mi pensamiento, enterrarlo dentro de mí hasta que se evaporara, como hacen las nubes cuando descargan la lluvia.

VI

El tiempo seguía deslizándose por nuestras vidas. En este transcurrir no había tenido más noticias de Ana. Sabía por Pedro que mi padre no había interceptado más cartas. Por ello, guardaba como un tesoro la que había llegado a mis manos. Ana... Sentí una dulce sensación. ¿La volvería a ver?

En aquella época, mi pelo seguía estando ensortijado, corto. A pesar de mantenerme delgada, mis pechos se habían hecho más voluminosos, sin llegar a ser exagerados. Mis ojos más negros y profundos. Había cambiado poco a poco mi estilo de vestir. A pesar de seguir llevando pantalones, éstos eran más ajustados y marcaban mis curvas. Mis camisas, ceñidas y abiertas, dejaban apreciar el canal de mis senos.

Mi hermana se había convertido en una hermosa mujer. A mi madre se le profundizaron los surcos en la piel y sus ojos se empequeñecieron. En mi padre y en mi hermano prefería no fijarme. Seguía sin encontrar explicación a lo que vi aquella noche en la pérgola. No es que le hubiera perdido cariño a José, pero no podía evitar sentir un cierto rechazo.

Mi padre se había vuelto más tolerante con mis hermanos, pero a mí seguía odiándome y continuaba maltratando a mi madre. Sus ojos reflejaban placer cuando lo hacía y veía en mí una expresión de rabia y de impotencia. Ella siempre me impedía salir en su defensa con una mirada que expresaba su infinita tristeza.

Recuerdo que era sábado. A mi padre le encantaba llevarnos a un pueblecito que se encontraba a unos ochos kilómetros de la finca, en dirección contraria a la ciudad. Tendría unos nueve mil habitantes, y un gran número de ellos trabajaba para los señores.

Cuando llegamos, como siempre, estaba en la plaza don Braulio, el alcalde, con aquel prominente estómago y un puro en la boca que le hacía toser continuamente y escupir sin ningún tipo de miramientos, levantándonos el estómago a todos.

Junto a éste se encontraba Celia, su mujer, más alta que él, muy delgada. Jamás lo contradecía y siempre movía su cabeza con gestos de asentimiento. Y sus hijos. Crisanto, de la edad de mi hermano, quien parecía un toro de miura, y cuya inteligencia parecía residir en sus músculos. Era uno de los ediles del Ayuntamiento (¿dónde iba a trabajar semejante animal si no era bajo la tutela de su padre?). Y Genaro, que era todo lo contrario. Tenía un año menos que yo y aspecto de listillo. A mí no me quitaba la mirada de encima, sobre todo de mis pechos. Estudiaba un módulo de administración en la ciudad.

–Señor José, ¡qué gusto verle de nuevo! Ande, tomemos unas copitas –dijo don Braulio dirigiéndose a mi padre.

Mi padre se ponía como un pavo real. Para él, eso de ser amigo del alcalde y alternar con él era todo un lujo. A mí me entraba una desesperación que no podía disimular, sobre todo cuando veía las bromas tan pesadas que aquel animal de Crisanto les gastaba a mis hermanos. Mi hermano terminaba por irse solo a dar una vuelta por el pueblo. Me daba cuenta de que había veces en que sus ojos reflejaban dolor.

Crisanto terminaba por pedirle a mi hermana que lo acompañara a un parque cercano. Más de una vez la vi con deseos de decirle que no, pero, ante la mirada enérgica de mi padre, claudicaba.

Yo solía irme con una chica de mi misma edad, Manoli. A ella no le había gustado estudiar y ayudaba a su madre, que era la dueña de una panadería. También se venía con nosotros un chico dos años mayor que nosotras, Felipe, el hijo del farmacéutico del pueblo, que estudiaba farmacia en Madrid. Manoli estaba coladita por él.

Mientras mi padre y el alcalde se bebían unos vinos, vi a Felipe al otro lado de la plaza. Me levanté y, sin darle tiempo a mi padre para que opinara, dije adiós y me dirigí hacia donde se encontraba mi amigo.

–Hola, María, qué guapa. Manoli se ha marchado a su casa, no se encontraba bien.

Me imaginé que habría sido por el periodo.

–María, ¿quieres que vayamos al cine? Están echando una comedia.

Le dije que no debía demorarme mucho, que mis padres no podían marcharse sin mí, pero que me gustaba la idea. Sentados en aquellas sillas, nuestros hombros se rozaban. De pronto, Felipe me rodeó con su brazo y me dio un beso. No sé lo que sentí, ¿rechazo?, ¿rabia por su atrevimiento? Le di un bofetón. Se podían escuchar las risas de fondo. Me levanté y, sintiendo una terrible vergüenza, me dirigí hacia la puerta. Él me siguió.

–Pero ¿qué te has creído? ¡Eres un fresco! –le dije furiosa ya en la calle, pero se echó a reír.

–Mira que eres brava. Ha sido un pequeño impulso.

–¿Un pequeño impulso? ¿Te lo tomas a broma? Tú no eres mi novio ni nada que se le parezca.

Ya no sabía ni lo que decía. Soltó una carcajada.

–*Ni nada que se le parezca...* ¡Qué frase más ocurrente! María, no te has dado cuenta de que estoy loco por ti.

Me quedé paralizada. Loco por mí. No le había notado ni una leve atracción. Lo miré a los ojos y, entonces, recordé a Ana. Estaba confundida. ¿Por qué la recordaba en aquellos momentos y, además, sentía una dulce sensación?

Felipe tuvo que darse cuenta de mi aflicción, pero confundió los motivos.

–No te preocupes, María –dijo cogiendo mi mano–. Esperaré, esperaré hasta que tú quieras.

Me fijé en sus ojos. Entonces me di cuenta de que en ellos se reflejaba su amor. Aquello, por una parte, me hacía sentir orgullosa, importante; y, por otra, mi intuición me decía que terminaría por hacerme daño.

Ya en la cama, de noche, no dejaba de pensar en lo que había sentido por Felipe. ¿Por qué lo rechazaba? Era guapo, rubio, con unos hermosos ojos azules, simpático, pero mis sentimientos hacia él eran parecidos a los que sentía por mis hermanos. Sin embargo, cuando recordaba a Ana, sentía una mezcla de afectividad y deseo que intentaba enmascarar. Mi hermana me sacó de mis pensamientos.

–María, estoy enamorada –y sentí un escalofrío al escucharla. Pensé en Crisanto.

–¿Estás segura, Soledad? Te puedes equivocar.

–¡Oh, no! Quiero mucho a Mario.

–¿Mario? –dije confusa. Lo conocía porque trabajaba en las caballerizas de la finca–. Pero ¿cuándo os veis?

Ella reía silenciosamente.

–¡Qué boba eres! Siempre hay lugares para verte con la persona que amas.

–Soledad, ¿y qué sientes cuando lo ves, cuando os besáis?

–Una dulce sensación, como si pequeñas mariposas revolotearan en tu estómago.

Bajó más el tono de su voz.

–También nos tocamos.

–¿Os tocáis? ¿Qué os tocáis?–dije sorprendida.

Escuchaba las risas de mi hermana.

–¡Qué tonta eres, María! Pues, que nos vamos a tocar, todo. También nuestros sexos.

Aquellas palabras despertaron en mí el deseo sexual.

–Él me hace ciertas cosas y yo a él. Entonces, le fluye eso..., y yo siento que mis muslos se humedecen y creo morir.

Estaba excitándome cada vez más, no era capaz de controlarme.

–Bueno, María, anda, me da vergüenza seguir hablando. Durmamos, que mañana tenemos que madrugar. Oye, no le vayas a contar esto a nadie.

-No... No te preocupes.

No era capaz de dormirme. Tampoco pude evitar bajar mis manos a mi sexo. Recordé a Ana, mis muslos se humedecieron. Una sensación de infinito placer me invadió mientras apagaba un gemido que intentaba salir de mi garganta. Una especie de sosiego y calma al terminar recorrió todo mi cuerpo. Estaba confundida y asustada, al comprender que aquel placer más intenso me había llegado al pensar en Ana.

VII

No me centraba haciendo los hoyos para plantar aquellas plantas. En mi mente se mezclaba lo que había hecho por la noche y lo que había sentido con lo ocurrido con Felipe.

–¿Qué te ocurre, María? –Me preguntó Marcial, cogiéndome la mano.

Iba a contestarle cuando aparecieron la señorita Eva y dos chicas aproximadamente de su edad y con el mismo aspecto de señoritingas que ella.

–Hola Marcial –dijo Eva. A mí me ignoró.

Marcial la respondió respetuosamente.

–Marcial, dile a esa –me señaló con la mano– que suba un ramo de rosas rojas al cortijo.

El respondió en tono muy serio.

–Se refiere a María, imagino. No se preocupe, yo se lo llevaré.

Pero le respondió de forma altanera.

–Te he dicho que lo lleve ella.

Salí al paso para evitar problemas.

–No se preocupe, señorita Eva –le dije con cierto sarcasmo–. Yo le subiré el ramo de rosas rojas.

Dieron media vuelta y se alejaron de nosotros. Marcial me miró, sus ojos reflejaban una infinita tristeza.

–Discúlpala, María. No es mala, sólo es una chiquilla consentida.

–No te preocupes, Marcial, a mí me da lo mismo. Algún día la vida la pondrá en su sitio.

Llegué a las puertas del cortijo. Me abrió la puerta Margarita, una de las criadas de la casa.

–Hola, María.

Sin dar tiempo a mi respuesta se escuchó de fondo la voz de la señorita Eva.

–Margarita, dígame que nos traiga aquí las flores.

Nunca había entrado en aquella parte del cortijo. El lujo de los muebles y de todo lo que contenía era impresionante. Allí, en una especie de salón, sentadas en enormes butacones, estaban las tres con una expresión burlona en sus ojos.

–Dame las flores –me dijo Eva.

Cuando se las fui a entregar las dejó caer al suelo.

–Recógelas –dijo con tono imperioso.

Nos miramos a los ojos. Los suyos expresaban desafío; los míos brillaban de ira contenida.

–¿Qué recoja qué? –le pregunté burlonamente.

–El ramo, marimacho.

Sentí como si me golpearan en el estómago. Sus amigas se reían a carcajadas. Entonces, apareció don Alberto.

–¿Qué está ocurriendo, Eva? Se oyen vuestras voces hasta fuera de la casa.

–Ella –me señaló– ha tirado el ramo al suelo y no lo quiere recoger.

Él se agachó, lo recogió y se lo dio a su hija.

–Arreglado –dijo sonriendo–. Puedes retirarte, María.

De regreso a los jardines, las lágrimas me impedían ver. Los latidos de mi corazón golpeaban mi pecho. ¿Qué era un *marimacho*? ¿Vestirse una mujer con ropa de hombre era ser un marimacho? Ella no podía saber lo que yo sentía en mi interior cuando recordaba a Ana.

Al llegar donde se encontraba Marcial, me derrumbé. Tirada en el suelo, no podía controlar el temblor de mi cuerpo.

–María, por Dios, chiquilla, cálmate. ¿Qué ha pasado?

Me levantó del suelo y me abrazó.

–Abre tu corazón, déjale decir todo lo que lleva dentro.

Las palabras surgieron de mi boca con la misma fuerza que las aguas de las presas al abrir sus compuertas. Marcial cogió mis manos entre las suyas y las apretó cariñosamente. Los tiempos compartidos en aquellos jardines habían hecho brotar entre nosotros sentimientos de cariño y afecto. Le abrí mi corazón y él acogió mi dolor como si fuera suyo.

–Escúchame, María. Existen cosas que resultan muy difíciles de explicar porque son muy difíciles de entender y aceptar. Una de ellas es que una mujer se enamora de otra mujer o un hombre de otro hombre.

Al escuchar sus palabras me sentí desconcertada y con miedo. ¿Podría yo ser una de esas mujeres?

–¿Por qué hay mujeres que sienten de esa manera? –me sobrepuse.

–¿Por qué el agua no tiene color? ¿Por qué mis ojos son de color grisáceo y los tuyos tan negros? ¿Por qué vivimos, por qué morimos? No hay respuestas concluyentes para ello. Quizás nuestra inteligencia no pueda abarcarlo.

–¿Soy yo una de esas mujeres, Marcial?

–Eso es algo que sólo tú puedes descubrir. No sufras, no te cuestiones, no intentes descubrirlo de forma atropellada. Tendrás que analizarte de la forma más objetiva que puedas.

–¿Y lo que vi en la pérgola?

No me atrevía a nombrar a mi hermano, sentía vergüenza.

–Debes olvidar lo que viste en la pérgola. Es algo que la Iglesia y gran parte de la sociedad rechazan y persiguen.

Al ver mi expresión de miedo y desconcierto, cogió mi cara con sus manos.

–María, no debes acobardarte. Tienes que luchar por lo que sientes, que no maten ni destruyan lo único que hay bueno en nosotros. Lo único que da sentido a la vida son nuestros sentimientos, y uno de los más importantes es el del profundo amor que profesamos a quienes amamos. Promételo, María.

Lo miré a los ojos.

–Te lo juro, Marcial, nunca conseguirán cambiar mis sentimientos. Los sienta por quien los sienta.

–Yo te ayudaré y le pediré a Dios que me auxilie para saber hacerlo. Para hacerte ver todo lo que rodea este mundo. Un mundo en el que, sin darte cuenta, estás entrando y en el que intentarán succionarte hasta la última gota de tu sangre.

Al decirnos adiós y verle alejarse, observé que en su forma de caminar se reflejaban la tristeza y el cansancio que lo embargaban.

VIII

El tiempo seguía deslizándose en silencio. Había comenzado a cambiar mis modales, me había vuelto más femenina. Empecé a calzarme sandalias y zapatos de tacón.

A la par, intentaba centrar todo mi esfuerzo en sembrar aquellas plantas que, agradecidas, se cuajaban de flores, llenándolo todo de luz y color. Pero las dudas no me dejaban tener paz. Quería convencerme de que la inseguridad de mis sentimientos era culpa de mi salida de la adolescencia.

Disculpaba el hecho de no saber definirme por la falta de novio y relaciones sexuales. Aunque, por otra parte, mi educación religiosa me frenaba. La Iglesia prohibía cualquier contacto si no era dentro del matrimonio y para la procreación. Y mi padre me hubiera matado.

Tenía que reconocer que también me asustaban. ¿Intentaba engañarme a mí misma? No podía negar lo que sentía cuando recordaba a Ana, aquella sensación tan dulce. Y que cuando me besó Felipe había sentido algo cercano al cariño que no sabría definir con exactitud.

Marcial me cogió suavemente por el brazo.

–¿Qué te ocurre, chiquilla? Has sembrado la planta que no correspondía.

Me senté en la hilera.

–Ya no puedo más. Intento engañarme a mí misma, enterrar mis verdaderos sentimientos. Quiero ser normal como las demás personas.

Me zarandéó suavemente.

–Nunca vuelvas a decir que no eres normal. Ni lo pienses siquiera. ¿Me oyes, María? No consientas que nadie te haga sentir de esa forma. Lo que siempre se ha considerado normal es lo que la Iglesia y una parte de la sociedad han considerado. Pero lo normal son los sentimientos que están en nuestro interior y forman parte de nuestra naturaleza. Lo que ocurre es que, al no sacarlos a la superficie, jamás se normalizarán.

Me eché a llorar.

–Tú dijiste que era muy difícil aceptar y entender que una mujer pueda enamorarse de otra mujer.

–Creo que ha llegado el momento de que conozcas algunas cosas. Cuando regresemos de comer te traeré algunos escritos. Tienes que leerlos con calma, siendo objetiva, y no ver sólo lo que te interese. Únicamente de esa forma llegarás a tu interior, sabrás lo que sientes y quién eres en realidad.

Estábamos comiendo. Notaba la mirada de mi padre. Percibía que se estaba dando cuenta de mi preocupación. Cuando esto sucedía, él intentaba hundirme más.

–Vaya, María, comes como un pavo. ¿Estás nerviosa? Seguro que te pasas el día discutiendo con Marcial.

Seguí comiendo, ignorándolo. Sabía que eso lo sacaba de quicio. Dio un puñetazo en la mesa.

–¿Es que no me escuchas? ¡Contéstame!

A pesar de no haber terminado de comer, mi madre retiró mi plato. Mis hermanos no levantaban la vista de los suyos. Lo miré de forma desafiante.

–¿Sabe usted? No me ocurre nada. Marcial para mí es como el padre que nunca tuve.

Mientras hablaba, me había levantado de la mesa y, dirigiéndome a la puerta, salí dando un portazo. Escuchaba sus gritos, pero no entendía sus palabras. Me dirigí hacía los jardines. Allí estaba ya Marcial, sentado en los arriates, al lado de unos libros.

–Aquí está escrito lo que tú quieres saber. Tienes la Biblia, ten mucho cuidado al hacer comparaciones. Pregúntame si tienes duda. Te diré que aún hoy no he llegado a encontrar todas las respuestas.

La tarde se me hizo eterna. Estaba deseando terminar y comenzar a leer aquellos papeles que parecían mirarme de forma desafiante. Ya en el dormitorio, extendí aquellos libros sobre la cama.

–Soledad, ¿te molesta la luz? –pregunté a mi hermana.

–No, María. Ten cuidado, como se dé cuenta padre, no te va a consentir que leas.

Me fui a la puerta y eché el cerrojo.

–María, eres terrible –dijo sonriendo.

Cogí uno de aquellos cuadernos. Me había llamado la atención el hecho de que sus tapas estuvieran tan desgastadas. Lo abrí: estaba escrito a mano. Una letra perfecta, con tinta de pluma.

El sol va desapareciendo en el horizonte, va dejando una estela de fuego que se refleja en el mar. Quiere penetrarlo, hacerlo arder, las aguas lo rechazan y le devuelven su propia imagen.

¿Es nuestra vida reflejo del fuego que llevamos dentro, nuestros sentimientos? Un fuego que las aguas quieren apagar.

¿Somos una historia ya escrita?

Mi mirada se dirige hacia una foto puesta en un marco de plata: es mi hija, sus bonitos ojos claros parecen estar iluminados.

Beso aquella foto, la estrecho contra mi pecho.

Mi amada hija, conseguí cumplir tus deseos, llevé tu mensaje a varias ciudades y dio lugar a debates y charlas.

Conseguí que todo se publicara y que se quedara escrito en las páginas de un libro.

Ahora ya no me importa que mi amante fiel, la muerte, venga a por mí y me lleve en sus brazos.

Para comenzar mi historia, debo remitirme al pasado. Aunque no lo deseemos, forma parte de nuestro presente y afectará a nuestro futuro.

Nací en el seno de una familia con profundas raíces cristiana.

Tengo un hermano dos años menor que yo.

Fuimos educados en una férrea fe cristiana...

Los ojos se me cerraban. Quería seguir leyendo. Aquellas palabras escritas transmitían un profundo dolor. Mis ojos terminaron de cerrarse. Lo último que vi fue a mi hermana cogiendo el cuaderno de mis manos.

IX

Me despertó la claridad del día. Mi hermana no estaba ya en la habitación. Sentí un sobresalto, tenía que ser muy tarde. Me tranquilicé al darme cuenta de que era sábado. Aunque había algunos sábados en los que mi padre me hacía trabajar en el cobertizo.

Soledad había colocado los cuadernos de Marcial en una pequeña estantería de madera clavada en la pared. Acaricié las tapas del cuaderno que estuve leyendo. Sentía pena y tristeza por aquella mujer. Una mujer que expresaba el dolor producido por personas que hicieron sufrir a su hija. Me hubiera gustado

leerlos también en mis ratos libres, pero sabía que, si mi padre me hubiese pillado leyéndolos, se los habría devuelto a Marcial.

Me aseé y me dirigí a la cocina para desayunar. Al entrar, observé que alrededor de las ollas había más movimiento de lo normal.

–¿Qué ocurre, madre? Cuántas cazuelas en la lumbre.

Mi madre ignoró mi pregunta.

–Anda, hija, desayuna. Tu padre te está esperando en el cobertizo para que lo ayudes con las gallinas.

A pesar de que mi hermana estaba de espalda, me di cuenta del temblor de su cuerpo.

–Soledad, ¿qué te sucede? Madre, ¿qué le ocurre? ¿Por qué está llorando?

–Anda, hija, tómate el desayuno.

Seguía ignorando mis preguntas. Aquella pasividad de mi madre me estaba sacando de quicio. Me acerqué a mi hermana, y en ese instante entró mi padre.

–¿Qué está ocurriendo? Y tú –dijo dirigiéndose a mí–, ¿por qué te has levantado tan tarde?

–¿No sabe usted que hoy es sábado? Tendré derecho a levantarme más tarde. Y ocurre, que mi hermana está llorando y quiero saber los motivos.

–Tú te levantarás a la hora que yo quiera, sea sábado, domingo o festivo. Deja en paz a tu hermana y límitate a hacer lo que te dicen.

–No pienso irme de aquí hasta que Soledad no me diga lo que le pasa.

Sentí una fuerte bofetada y estuve a punto de perder el equilibrio. Cogí entonces una sartén. Mi madre vino rápida hacia mí.

–¡María, María, hija mía! ¡Por Dios te lo pido!

Mi hermana se fue hacia mi padre mientras me decía.

–María, no me pasa nada.

Tiré la sartén al suelo y salí por la puerta mientras mi padre no paraba de gritarme.

–Yo te enseñaré modales, desgraciada.

Entré en el cobertizo. Mi hermano estaba intentando arreglar la puerta de la jaula de las gallinas. Levantó la vista de lo que estaba haciendo. Me miró sonriendo.

–Hola, María. Pórtate bien, que vienen a pedir la mano de tu hermana.

Me quedé paralizada.

–¿La mano de mi hermana? ¿Qué es eso?

Se echó a reír.

–¡Qué ignorante eres! Pues, que don Braulio y su familia vienen a pedir a Soledad en matrimonio para su hijo Crisanto.

Sentí como si me hubiera sumergido en agua helada. Me acerqué a él y lo zarandeeé.

–No lo podemos consentir, José. Nuestra hermana no quiere a ese animal.

–Cálmate, cálmate, María, no podemos hacer nada. Si nos ponemos en medio, podríamos empeorarlo. En la tradición se conciertan los matrimonios entre familias cercanas.

Lo miré y no pude evitar recordar la escena de la pérgola. Sentí desprecio, rabia. Estuve a punto de haberle preguntado: ¿también se conciertan entre maricones? Me arrepentí de lo que estaba pensando.

Por la forma en que lo miraba, tuvo que intuir que yo conocía parte de como él era. Cogí mi bicicleta y, como tantas veces, me dirigí hacia aquella pequeña loma. Me tendí bocabajo en la hierba, sentía su frescor. Dejé que mis pensamientos me envolvieran. Era lo único que no podían matar, en ellos me sentía libre.

De pronto, tuve esa sensación de que te están mirando y escuché el susurro de una respiración. Al volverme, vi que era Eva montada a caballo y con la fusta en la mano.

–Vaya, vaya, qué casualidad, encontrarme con el marimacho...

La miré desafiante mientras me incorporaba.

–Es muy fácil insultar desde la grupa de un caballo.

Desmontó y se acercó.

–No creo que se insulte cuando se dice la verdad.

–Mejor ser un marimacho que una niña mal criada y reprimida.

Levantó la fusta con intención de pegarme. Esta vez fui yo quien sujetó su brazo.

En el forcejeo caímos al suelo. Llegó un momento en el que quedé encima de ella, a horcajadas y sujetando sus muñecas con mis manos. El jadear de nuestras respiraciones se mezclaba. Su blusa se abrió entonces, dejando parte de sus senos al descubierto. Un deseo incontrolado hacia ella se iba apoderando de mí.

Sus ojos reflejaban el ardor de un cuerpo al despertar de sus instintos. Los relinchos de un caballo nos hicieron volver a la realidad. Nos incorporamos bruscamente. Era su hermano, quien desde la grupa de su caballo nos miraba burlescamente.

–¡Qué sorpresa! ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

Eva ni le contestó y, montándose en su caballo, se fue al galope. Yo me quede mirándole de forma altiva.

–¡Qué borde eres, María! Incluso ganas a mi hermana. Dime lo que estabais haciendo.

Las posibles respuestas corrían por mi mente. *No es lo que estábamos haciendo, sino lo que pensábamos hacer. Quizás lo mismo que tú haces con mi hermano.*

Sabía que, si yo me daba por enterada de su relación, podría vengarse con José. Parecía estar disfrutando con la situación. Tal vez sintiera una especie de descargo en su conciencia al ver que su hermana y yo podríamos estar haciendo lo mismo que él hacía con mi hermano.

Me encontraba confundida y asustada, sin querer reconocer lo que había sentido. En semejante situación, terminé enfureciéndome y decidí atacarle.

–¿Sabe usted, señorito Adolfo? Las apariencias engañan y quizás queramos ver las cosas que deseamos y no las que son en realidad.

No le di tiempo a reaccionar. Monté en mi bicicleta y me fui a toda velocidad.

En la casa de mi padre había luz. Se podía apreciar por las ventanas. Entré en el cobertizo. Había ya hecho un lecho de paja. Una servilleta cubría un bocadillo y un vaso de leche. A su lado, debajo de una vasija, estaba el cuaderno que había estado leyendo.

Mi madre me mandaba el mensaje de que no fuera a la casa. Por su parte, mi hermana sabía que leer aquel libro era muy importante para mí. ¿Cómo estaría mi padre? Decidí no pensar en lo que había ocurrido. La noche lo envolvía todo con su oscuridad.

Después de cenar, cogí aquel cuaderno y, recostada en aquel lecho, lo abrí con delicadeza y empecé a leerlo de nuevo.

Mi madre era profesora en un colegio privado de monjas. Mi padre, médico en un hospital público. Fui una niña obediente. Nunca contradije los deseos de mi padre ni puse en duda sus criterios. Mi madre solía mantenerse al margen. Nunca supe si porque ella tenía ese carácter sumiso, o porque mi padre la había relegado a ocupar ese lugar.

Mi hermano era todo lo contrario que yo. Sin embargo, observaba que nuestro progenitor era más tolerante con él que conmigo.

Mis padres se preocuparon de buscarse un entorno para vivir de acuerdo con sus creencias religiosas y su estatus social.

Consiguieron que nuestros amigos fueran los hijos de sus amigos.

Todo ello hizo posible que mi novio fuera el hijo de un compañero de trabajo de mi padre. Hijo único, Tomás.

En su familia, más religiosa que la mía, su madre se había encargado de involucrarle en las juventudes cristianas de la parroquia.

Físicamente, Tomás no era muy agraciado. Eso sí, tenía unos bonitos ojos color castaño. Yo, Adela, era una adolescente, como solía decir mi madre, entradita en carnes, pero muy bien formada. Con unos glúteos duros, un vientre plano y unos pechos firmes.

Nuestra relación era muy casta. Unos fugases besos y unas tenues caricias en los senos. Había veces en que mi cuerpo pedía más, saciar mi apetito sexual. Tomás siempre tenía su frase preferida:

–Me ha dicho don Damián que es un grave pecado tener relaciones sexuales antes del matrimonio, y éstas serán para procrear. Satanás está siempre acechando.

Don Damián era el párroco de la iglesia que frecuentábamos. Mi padre, a pesar de conocer la forma de ser de Tomás, siempre nos vigilaba. Más de una vez tuvimos que salirnos del cine sin ver el final de la película.

Me desperté sobresaltada. Tenía entre mis manos el cuaderno. La luz del cobertizo permanecía encendida. La noche seguía cerrada. Apagué la luz y regresé a la cama. Según me iba adentrando en la historia de Adela, me daba cuenta de que sus padres eran muy cultos y su nivel económico y social superior al nuestro, pero ella también vivía una forma de vida impuesta por su familia, la sociedad y la iglesia.

X

Me despertó el canto del gallo, al que tiré, precipitada, una de mis botas para que se fuera. Por la ventana entraba la luz del amanecer. Vino a mi mente todo lo ocurrido el día anterior. El enfrentamiento con mi padre, la petición de mano de mi hermana, el encuentro con Eva y su hermano, la historia de Adela. Sentí un escalofrío. Estaba asustada, confundida.

Sonaron unos golpes en la puerta. Era mi madre, me miró con expresión de súplica.

–Por Dios, hija, ve a pedirle perdón a tu padre.

–No, madre, eso no lo haré.

Se puso de rodillas ante mí.

–¡Madre! –Me incliné y la incorporé—. ¡Jamás vuelva hacer eso! Le pediré perdón –le decía mientras la abrazaba.

–María, sentémonos un momento.

Nos sentamos y cogió mis manos.

–Hija mía, tu padre no ha tenido siempre ese carácter. Te voy a contar cómo fue mi vida, para que tú intentes entenderla.

Mi madre me contó que su padre era un pastor de un rebaño de ovejas y cabras. Mi pobre abuela se pasaba el día limpiando la choza en la que vivían, que era propiedad del dueño del rebaño y de la finca. También tenía que cuidar de un burro y un carro, lo único suyo, conseguido por herencia de sus abuelos. Era con lo que se desplazaban a los pueblos cercanos, y solamente en fiestas extraordinarias y para visitar a la hermana de su padre, la única familia que le quedaba, y a sus abuelos maternos.

Mi madre era hija única. Su madre la había enseñado a realizar las labores del hogar y su padre, por las noches, le contaba historias alrededor del fuego. Cada cierto tiempo, el que iba a ser mi padre los visitaba, enviado por el dueño de la finca, y se llevaba algunas parejas de borregos y cabras.

Una de las veces que fue, tras su marcha, mi abuelo entró en la choza y le dijo a mi abuela que había concertado la boda de mi madre con el señor José, de manera que debía preparar todo lo necesario para su celebración. La verdad es que mi madre me contaba que se sentía atraída por mi padre, que era muy guapo. Pero habría dado lo mismo su figura: para mi abuelo, lo mejor que podía sucederle en la vida a su hija era el hecho de casarse con el señor José.

Se vinieron a vivir a la casa donde habíamos nacido mis hermanos y yo. Eran realmente felices, me decía. Mi padre la enseñó a leer y a escribir. Con la llegada de mi hermano y mi hermana se culminó su felicidad. Lo que la entristecía era que comprobar que cada vez se alejaba más de sus padres, al vivir tan lejos de ellos. Mis abuelos murieron antes de nacer yo. En aquel punto, mi madre se quedó en silencio. Creo que entonces se dio cuenta de que se había dejado llevar por mi injusta situación y había contado cosas que no tenía que haber contado.

Con su silencio, mi madre me daba a entender que tuvo que haber sucedido algo terrible cuando yo nací. No acababa de entenderlo, y me consideraba con derecho a saberlo.

–Madre, continúe –la animé.

Se levantó entonces y se dirigió a la puerta. No quería que viera sus ojos.

–Por Dios, hija, no preguntes. Algún día te lo diré.

Hasta de espaldas se le notaba su sufrimiento. Me sentía una egoísta por ahondar en su dolor. Mi madre había sido feliz, incluso en aquella choza. Es cierto que no se puede desear lo que no se conoce, y en aquella época ese había sido su mundo.

Me daba la impresión de que sus desgracias comenzaron con mi nacimiento. Me empezó a invadir una sensación de congoja, y las lágrimas fluyeron en mis ojos.

Al sentir mi llanto, ella se giró y, acercándose a mí, me abrazó.

–Hija mía, no te sientas culpable. Tú no tienes la culpa de nada. Mi hijita, mi inocente hija.

La fuerza de su abrazo llegó a mi alma. Me cogió de la mano como cuando era pequeña.

–Anda, se está haciendo tarde para ir a misa.

Mi padre estaba en la puerta. Antes de que pudiera decir nada le pedí perdón. Me perdonó, alegando que diera gracias a Dios porque era domingo y tuviese que confesar y comulgar.

Mientras me preparaba para ir a la iglesia, mis pensamientos se agolpaban en mi mente. ¿Fue mi nacimiento la causa del cambio de carácter de mi padre? ¿Por qué? Tenía que olvidarlo por ahora. Debía esperar a que mi madre decidiera contarlo. Si no lo hacía, le exigiría que lo hiciera. Tenía todo el derecho a saberlo, mi madre tendría que entenderlo.

Cuando iba a entrar en la Capilla, sentí un cierto nerviosismo. ¿Porque vería a Eva? Allí estaba, en el confesionario. ¿Qué pecados se estaría confesando? Dejé de mirarla, no quería dejarme llevar por mis emociones. Bastante conflicto tenía ya.

Sumergida en mis reflexiones no me di cuenta de que me había llegado el turno para confesar. Me arrodillé en el confesionario sin saber por dónde empezar. Menos mal que don Emilio, como siempre, empezó a preguntarme si obedecía a mis padres, si discutía con mis hermanos, si robaba a los señoritos. Y la pregunta que me hacía sentir sucia: si me hacía tocamientos. ¿Qué debía decirle, aquello que sentía por Ana y por Eva?, ¿los enfrentamientos con mi padre?, ¿el beso de Felipe y mi reacción? ¿Y, sí, que *me hacía tocamientos*?

Me sentía impotente. ¿Por qué tenía que decírselo? ¿Acaso Jesucristo preguntaba por los pecados, o los perdonaba? Me daba la sensación de que había algo oculto en las preguntas sobre dichos pecados.

Empezó a presionarme. Que me diera prisa, que tenía que comenzar la ceremonia.

–Me arrepiento de todos los pecados porque no me acuerdo cuales son.

Se hizo un tenso silencio.

–Contigo es imposible, María. Anda, tus pecados te son perdonados, pero, como penitencia, reza quince avemarías y quince padrenuestros.

Y luego hablaba de la prohibición de la venganza. Me pasaría todo el tiempo con la penitencia. Él tendría la culpa si no le prestaba atención.

Al término de la misa, vi que Eva me buscaba con la mirada. Al sentir la de mi madre, desvié la mía. Cuando salimos de la capilla, mi hermana se alejó de nosotros. No había podido hablar con ella a solas.

–¡Soledad!

Se paró. Puso entonces sus dedos en mis labios.

–No digas nada, hermanita. Sólo serviría para hacer más profunda la herida. Mi deber es cumplir la voluntad de mi padre.

Sus ojos se hallaban surcados por enormes ojeras. Paralizada como estaba, la vi que se alejaba dirigiéndose hacia la casa de nuestro padre. Me invadió un profundo dolor. ¿Qué éramos realmente en la vida y qué estábamos destinados a ser?

Dirigí la vista hacía la capilla. En la puerta se encontraba mi padre hablando con don Alberto. Por su forma de gesticular, se apreciaba lo satisfecho que estaba. Seguro que le estaría diciendo lo del compromiso de mi hermana con el hijo del señor alcalde. La rabia, la impotencia y un odio hacia él que me asustaba me invadieron repentinamente.

Aquella noche mi hermana me deseó las buenas noches y no hizo ningún comentario acerca de la luz que tenía encendida para leer. Respeté su silencio y sentí esa tristeza que te embarga cuando comprendes que no puedes hacer nada. Abrí cuidadosamente aquel cuaderno.

Al analizarlo ahora, me doy cuenta de que fui manipulada para que estudiara la carrera de magisterio.

Mi hermano, sin embargo, se negó en rotundo a seguir estudiando.

Tomás me comentó en cierta ocasión que él quiso estudiar medicina. Ahora pongo en duda que esa fuera su elección.

Antes de terminar nuestras carreras, nuestros padres ya nos tenían reservadas las plazas. La mía, en el mismo colegio que mi madre. La de Tomás, en una clínica privada propiedad de un hermano de su padre.

Entramos en una especie de monotonía: trabajo, salidas puntuales y comidas familiares los domingos.

Tomás estaba siempre agotado, y a ello se añadí que era muy ordenado en todos los aspectos y estaba obsesionado con tenerlo todo controlado.

Uno de esos días que nos tocaba estar en el parque, observé cómo miraba absorto a un matrimonio que jugaba con su bebé.

De pronto salió de su abstracción y me dijo:

–Ha llegado el momento de casarnos.

Me quedé en silencio. Qué poco romántico era. Al recordarlo ahora, me duele y me pregunto: ¿por qué me casé con él?; ¿lo quería o confundí el deseo sexual con el amor?; ¿lo hice porque era el proyecto de mi padre?,

¿por qué era una pauta importante para mi religión, casarse y procrear?

Y nos casamos.

También controló nuestro matrimonio y, sobre todo, nuestras relaciones sexuales. Eran los sábados, y sin ningún tipo de método anticonceptivo.

Tardé en quedarme embarazada. En el fondo, agradecí a Dios que no fuera tan fecunda.

Llegó a nuestras vidas nuestra hijita, María Milagrosa, nombre impuesto por su padre, ya que ese era el nombre de su madre.

María Milagrosa era toda vitalidad, alegría y rebeldía. Era un reflejo de mi hermano, que la adoraba.

Mi hermano, que para disgusto de mis padres empezó a trabajar como agente comercial de una importante marca de productos de peluquería, siempre estaba viajando.

Cada vez que regresaba de uno de esos viajes le traía un juguete, un recuerdo.

Llegó su adolescencia, y con ella el momento de ir a la universidad. Aquella tarde nos encontrábamos solos Tomás y yo. Él, como siempre, leyendo aquellas revistas que trataban de investigaciones sobre los adelantos en la medicina. Yo, corrigiendo exámenes. Levantó la vista por encima de sus gafas y me dijo:

–Adela, hay que decirle a la niña que vaya preparando la documentación para ir la Universidad de Medicina

–Tomás –dije pausadamente para no enfadarle–, no sabemos si nuestra hija quiere ser médico.

–Mi hija estudiará lo que yo diga, para eso soy su padre y el que mantiene esta casa. Además, es lo que hice yo, estudiar lo que mi padre me dijo.

Iba a preguntarle si yo no contribuía con mi sueldo, pero sabía que obviaría mi pregunta. Entonces tuve la ironía de decirle:

–¿No me habías dicho que fuiste tú quien eligió lo que quería estudiar?

Ignoro lo que le había dicho.

–Dile que no se le ocurra decidir nada antes de consultarme.

Se levantó del sillón.

–Me voy al casino. He quedado con unos compañeros. Ha salido un nuevo medicamento sobre la demencia y vamos a ver de qué se trata.

Dejé de leer. Me sentía indignada. No entendía la forma de ser de Adela, una mujer culta, universitaria, con un puesto de trabajo. Esa sumisión suya, primero con sus padres y ahora con su marido. Un marido que había heredado el machismo de su familia. ¿Acaso los hijos recogían los testigos de sus padres? El sueño empezaba a nublar me la vista.

Comenzaron los preparativos para la boda. Mi padre decidió ir a la ciudad para comprarnos ropa adecuada para tan importante acontecimiento. Resultó sencillo comprar el traje de mi hermano y el de mi padre, que iba a ser el padrino.

Mi madre y mi hermana no encontraron los trajes que ellas querían y decidieron comprar las telas y confeccionárselos ellas mismas. Eran excelentes costureras. Soledad incluso tenía hecho un curso de corte y confección.

Yo me decidí por un traje de pantalón color azul pálido. El pantalón, ajustado. La chaqueta, estrecha, pegada a las caderas. Una camisa de lino blanco con un generoso escote que dejaba al descubierto el principio de mis pechos. Unos zapatos de alto tacón.

Me miré en el espejo: no me reconocía. Al salir del probador, mi hermana no pudo evitar sonreír.

–¡Qué guapa, María!

Los ojos de mi madre tenían una expresión de orgullo. Mi padre, por su parte, había aceptado todas las condiciones impuestas por el señor alcalde y el bruto de su hijo. No es que le considerase bruto por haber nacido en un pueblo (yo había nacido y me estaba criando entre las cercas de aquellas tierras), sino por su propia naturaleza. Daba la impresión de que mi hermana no tuviese ningún valor.

Ella mantenía un triste silencio. Mi madre no contradecía en nada a mi padre. Mi hermano parecía estar en su propio mundo. Y yo era la única que de vez en cuando soltaba un comentario sarcástico, lo que provocó que mi padre me diera más de una bofetada.

Llegó el día de la boda, para unos de gran alegría y, para otros, de una infinita tristeza. Soledad estaba muy hermosa, a pesar de su afligido semblante. Mi padre parecía un pavo real abriendo sus plumas. Mi madre, elegante y discreta. Y José, a pesar de que últimamente había adelgazado, estaba muy atractivo.

Por la expresión de los ojos de quienes me miraban, yo debía de estar muy guapa.

Al entrar en la iglesia, escuché la voz de Felipe entre los invitados.

–¡María! –Vino hacia mí sonriendo. – ¡Estas guapísima!

Me dio dos besos.

–Lo siento. No he podido evitarlo. Además, ¿no somos medio novios?

No pude evitar soltar una carcajada.

–Pero Felipe...

Puso sus dedos en mi boca para impedirme hablar. De uno de sus bolsillos sacó dos anillos de plata.

–Regreso a Madrid para seguir estudiando. Volveré en vacaciones.

Cogió mi mano y, sin darme tiempo a reaccionar, introdujo uno de aquellos anillos en uno de mis dedos y él se colocó el otro.

–Por favor, por favor, no te lo quites. Espera a que regrese. Prométemelo.

Mi madre me llamó.

–María, hija, vamos, entremos. La ceremonia va a comenzar.

Felipe esperaba con expresión de angustia mi respuesta. Sus ojos reflejaban el amor que sentía. Lo que hizo que se abriera en mí una sensación de cariño hacia él.

–Te lo prometo, Felipe.

Terminó la ceremonia. El cura se había explayado bien. Todos fueron comentarios de alabanza para la familia del novio. Parecía que nosotros no existíamos. Los familiares del novio estaban eufóricos, sin embargo, mi hermana mantenía una expresión seria. Su flamante marido se reía a carcajadas, diciendo que lo que le sucedía era que estaba asustada por la noche que la esperaba.

Estando en el restaurante, observé que mi padre hablaba con un hombre que estaba sentado al lado del alcalde. Tendría unos cuarenta años, muy atractivo. Por un momento, mi mirada se cruzó con la de él y sentí un escalofrío.

Iba a entrar en mi boca un trozo de aquel enorme chuletón de ternera, cuando sentí que alguien me tocaba en el hombro. Era mi padre.

–María, ven. Hay una persona que quiere conocerte.

–¿Qué persona? –pregunté mientras lo miraba con extrañeza.

–No preguntes –dijo con tono de fastidio–, y levántate.

–Lo siento, padre. No pienso ir a ningún sitio mientras no me diga quién es.

Mi padre me conocía y sabía que no me importaría montar un escándalo, sobre todo en aquellos momentos de la celebración de la boda.

–Es aquel hombre que está sentado al lado de don Braulio.

Sin mirar hacia donde me decía, le respondí.

–Si quiere conocerme, que venga él aquí.

Sentí cómo la presión de su mano sobre mi hombro me producía un fuerte dolor, pero no me moví.

–Está bien. Ésta me la vas a pagar.

Ya me daban lo mismo sus amenazas. Sentía, a lo lejos, la mirada de mi madre, pero la evité y seguí comiendo.

–Hola, María.

No había visto quién me saludaba, pero intuí que era el desconocido. Alcé mi vista y lo miré desafiante. Mi padre se encontraba a su lado.

–¿Le conozco?

Soltó una carcajada. Mi padre me fulminaba con su mirada.

–¿Sabes? Me gustas, eres brava. No me conoces, pero llegarás a conocerme. Me llamo Miguel.

Tendió su mano y le di la mía. Se la llevó a sus labios y la besó. Sentí el mismo escalofrío que me produjo su mirada.

–Un placer –dijo.

–Encantada –le contesté fríamente.

–Le he estado comentando a tu padre que he trabajado en el extranjero. He conseguido una pequeña fortuna con la que he comprado la finca que linda con la de don Alberto. Voy a necesitar gente joven que me ayude a administrarla y explotarla. Ya hablaremos.

Sin que me diera tiempo a responderle, se marchó por donde había venido. Mi padre, ni durante el festejo ni en el trayecto hacia casa, me explicó quién era realmente aquel extraño y de qué había hablado con él. Lo hacía para fastidiarme, porque sabía muy bien la incertidumbre que había causado en mí.

En el silencio y en la soledad de mi dormitorio, los pensamientos se cruzaban en mi mente. ¿Qué le estaría haciendo aquél animal a mi hermana? Felipe... Sentí una sensación de paz, de cariño. Y luego estaba aquel desconocido que intentaba entrar en mi vida de la mano de mi padre...

Decidí coger de nuevo aquel cuaderno.

Nada más salir mi marido, entró mi hija en casa.

–Hola, mami.

Venía como siempre, con la fuerza de la juventud, llena de vida.

–Hola, cariño. ¿No te has encontrado con tu padre?

–No. Voy a darme una ducha. He quedado con los amigos.

Me dio dos besos y me dijo riéndose.

–Mamá, vamos a ver si analizamos nuestras metas. Intentaremos ir preparando nuestro futuro.

–¿No deberías de hablarlo antes con tu padre? Le haría mucha ilusión que contaras con él para una decisión tan importante.

Me miró a los ojos.

–Esto significa que él ya te ha dicho lo que quiere que estudie. Que, por supuesto, lo sabemos. Que me matricule en la Facultad de Medicina. Mamá, no pienso hacerlo. Ya

no soy una niña. Ahora debo empezar a marcar mis propias pautas. Intentar sacar adelante mi proyecto, establecer mis metas. Quiero ser libre como esas gaviotas surcan los cielos y nos miran desde arriba, orgullosas de su libertad. Libertad para elegir dónde aterrizar, dónde poner sus nidos.

Su cara se iluminaba al hablar de libertad.

–No le juzgues tan duramente. Tu padre no es un manipulador. Sólo quiere lo mejor para nosotras.

–¿Lo mejor para nosotros o lo mejor para él? Mamá, a ti te tiene manipulada. Nunca acepta tus decisiones. Perdóname, no quiero ser cruel. Yo te adoro, pero ya no puedo, ya no quiero callar lo que hace años veo que se vive en esta casa. A ver, mamá, ¿qué capital tienes en el banco?, ¿tienes acciones o bonos?, ¿Qué es lo que hay en esta casa que tú hayas elegido? Si hasta te marca tu forma en el vestir.

Estaba desconcertada escuchando sus palabras. Era cierto, desconocía si teníamos acciones, bonos, fondo de pensiones. Sólo tenía a mi disposición una cartilla común donde se ingresaban nuestras nóminas. Nunca me fijé en los ingresos o salidas de dinero de la misma. Me limitaba a disponer del dinero que creía conveniente para cubrir ciertas necesidades del hogar y las que yo consideraba para mí y para mi hija.

Él tampoco me llamó la atención sobre dichas cantidades. También era cierto que no eran exageradas y muy fácil de localizar dónde se gastaban.

Indiscutiblemente que tendrían que existir otros capitales o depósitos, más de una vez tuve que ir con Tomás al banco a firmar documentos. Documentos que nunca me molesté en leer, porque daba por válido todo lo que él hacía.

Miré a mí alrededor, me fijé en los muebles de la casa. La mayoría de ellos habían sido elegidos por él. Siempre tuvo algo que decirme cuando íbamos a las tiendas a comprarme ropa.

Empezaba a sentir una sensación amarga y me pregunté qué había en mi vida que yo hubiera decidido hacer por mí misma.

Mi hija me sacó de mis pensamientos.

Deje de leer. Me encontraba en un estado entre la furia y la tristeza. Seguía sin entender cómo una mujer con inteligencia, cultura y alto nivel económico no hubiera tomado conciencia de la vida que vivía. Había cierto paralelismo con la vida de mi madre, sólo que ella no conoció otra vida que la que había vivido en aquel chozo y, más tarde, en una casa encerrada entre las cercas de la finca. Nunca fue a la escuela y jamás leyó un libro.

No lo acababa de comprender, algo se escapaba a mi inteligencia, a lo que no llegaba acceder. Lo que sí entendía es que yo sí sabía lo que me estaba ocurriendo y que, leyendo aquellas páginas, me daba cuenta de que no debía dejar que mis tiempos se hicieran dueños de mi vida. Ellos podrían marcar los segundos, minutos y horas, pero nosu contenido.

XII

Me despertaron los dolores del periodo. Me aseé y vestí con mi mono vaquero de estilo femenino. Me lo había comprado uno de los contados días que íbamos a la ciudad, con la oposición de mi padre, claro.

Cogí de la mesilla una pastilla para el dolor y me dirigí a la cocina. Mi padre y mi hermano se encontraban sentados ante unas humeantes tazas de leche. Miré hacia el sitio donde se sentaba mi hermana. Sentí una sensación que oscilaba entre la tristeza y la añoranza. Mi madre calentaba los bollos.

–Buenos días –dije en tono conciliador. No tenía deseos de comenzar el día discutiendo.

Mi madre y mi hermano me contestaron cariñosamente; mi padre me ignoró.

Sin saber cómo, dije:

–Padre, le pido que me conceda el permiso de tener libre algunas tardes.

Quiero sacarme el carné de conducir.

–¿Que te dé qué...?

Pensé que no había escuchado bien. Mi hermano salió en mi ayuda.

–María quiere que usted le deje libre las tardes hasta que pueda sacarse el carné de conducir. A usted le vendría muy bien, pronto llegará la época de las cosechas y ella podría hacerle sus mandados.

Venía observando últimamente que mi hermano, cuando mi padre no tenía la razón, no se la daba, sobre todo si ello me afectaba a mí. También venía dándome cuenta de su progresivo deterioro físico. No puede evitar pensar en lo que vi en la pérgola. ¿Sería por hacer aquellas cosas?

Se hizo un silencio. Mi padre sopesaba si podrían más sus necesidades o fastidiarme como de costumbre.

–Bien –dijo en tono triunfante–. Nos vendrá bien que tenga el carné, aunque yo creo que a ella más que a nosotros. El nuevo dueño de la finca que linda con la nuestra, te lo presente en la boda, ¿recuerdas? –Había dirigido su mirada hacia mí– Miguel, un primo hermano de don Braulio, que es de Segovia, me ha pedido que María trabaje para él. Necesita una persona de confianza que se haga cargo de la casa.

Sentí la sangre subir de golpe a mi cabeza. A mi madre se le cayeron los bollos del plato.

–Vaya, Dolores, tan torpe como siempre –dijo en tono de fastidio.

Me había quedado tan bloqueada que ni siquiera me indignó el comentario que hizo a mi madre. Tenía que reaccionar.

–Padre –dijo José–, usted no hará eso. María se encuentra bien entre nosotros y creo que ella no quiere terminar su vida en ninguna finca.

–María no se irá de estas tierras –más que hablar, gritaba–. Ella terminará casándose con uno del pueblo o de esta finca.

Ante sus palabras, reaccioné. Me incorporé de golpe de la silla. Con tono desafiante y amenazante le dije:

–Usted cree que va hacer conmigo lo mismo que ha hecho y hace con mis hermanos. Yo saldré de estas tierras. Ya soy mayor de edad, y si estoy aquí es por mi madre. Acuérdesese de lo que dijo don Alberto. No me obligue a hablar con él.

Sin darle tiempo a reaccionar ni de coger el bocadillo que todas las mañanas me preparaba mi madre, salí por la puerta dando un portazo. En lugar de andar, corría, camino al trabajo. Quería desahogar mi rabia, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Me juraba a mí misma que tenía que salir del dominio de mi padre y de aquellas tierras cuanto antes. Presentía que todo terminaría en tragedia.

Sin saber por qué, me vino a la mente Felipe. Me casaría con él, sería lo mejor, pero no debería hacer eso, no podía casarme sin antes estar segura de que le quería. Al llegar a los jardines, sentía el sudor resbalar por mi cuerpo. Las lágrimas se habían secado en mi cara. Marcial me miró con expresión de incertidumbre.

–María, chiquilla, ¿qué te ocurre?

Como tantas veces, me senté en la húmeda hierba. Mis palabras brotaban de mis labios, como las aguas de los manantiales. Le conté lo de Felipe, el encuentro con el desconocido, la discusión con mi padre. Le confesé las dudas, la indignación y el dolor que me hacía sentir las palabras escritas en aquel cuaderno.

–Cálmate, María. Hay cuestiones que no pueden analizarse en los momentos que suceden porque supondría dejarnos llevar por los impactos que causan en nuestros sentimientos, y no con la objetividad que requieren. El tiempo te irá dando las repuestas, que a veces no queremos ver. Felipe es un gran muchacho y lo sé, no por lo que tú me

cuentas, sino porque hace muchos años que conozco a sus padres y a él le he visto crecer. Pero ello no quiere decir que ése sea el motivo más importante para casarte con él. Tienes que amarlo, podría ocurrir que apareciera en tu vida esa persona de la que te enamorarás con toda tu alma y tampoco sería justo, ni para él ni para ti. Tú, que eres tan de verdad, tan justa y que odias las manipulaciones.

Tenía razón. Felipe no se lo merecía y yo no sería fiel a mí misma. Debía aclarar mis dudas, saber si estaba enamorándome y de quién.

–Sobre ese desconocido, tengo que decirte que el sábado fui al centro de salud, me encontraba resfriado. En la sala de espera, dos señoras hablaban de él. Parece ser que es la *comidilla* del pueblo. Es cierto lo que te ha dicho tu padre. Lo que quizás no sabe es que a Miguel lo echaron sus padres de casa por ser un golfo y un vago. Que regresó al pueblo con una mujer embarazada que murió al dar a luz a un niño. Están viviendo en el pueblo con sus padres, pero parece ser que está buscando una mujer para que los cuide y poder irse a vivir a la finca.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Entonces era eso lo que tramaba mi padre, que me casara con aquel hombre, con aquel desconocido, que hasta sus propios padres echaron de casa. Marcial tuvo que notar la angustia y la rabia reflejadas en mi cara.

–No te preocupes, María. Tu padre no podrá obligarte a hacer cosas que tú no quieras. No eres una incauta. Además, don Alberto no lo consentiría.

Sus palabras me tranquilizaron. Era cierto, don Alberto me protegería. No quería profundizar en los motivos. Marcial siguió hablando.

–Irás observando como todo va cambiando, cuando todo se profundiza y analiza desde la paz y el sosiego, aunque sea difícil conseguirlo. Te diré que el cuaderno debes de seguir leyéndolo. Hasta que no llegues al final de la historia no podrás darle el sentido y la realidad que verdaderamente tiene. Es una historia real y sucedió tan sólo hace unos años.

Poco a poco me había ido tranquilizando. El resto de la mañana estuvimos sembrando aquellas plantas que, agradecidas, eclosionaban en hermosas flores.

Al mediodía, ya se encontraban allí mi padre y mi hermano. Estaban sentados ante unos humeantes platos de sopas, plato que mi hermano, últimamente, dejaba a medias para disgusto de mi madre.

Saludé tímidamente. No quería dar motivos para que se reavivara la discusión. Fui al baño y, después de haberme lavado las manos, regresé y me senté a la mesa. Nadie se atrevía a romper un silencio que pesaba como el plomo. Estaba sorprendida. Había esperado, por parte de mi padre, una bronca. Terminamos de comer y dijo:

–Vámonos, José. Tenemos que ver cómo están los sembrados, para saber cuándo empezamos a recolectar.

Mi madre lo miró angustiada. Estaba preocupada por la salud de mi hermano y le dolía que mi padre no le dejara ni descansar unos minutos después de haber comido. Pero no se atrevió a decir nada. Permaneció en silencio. Si hablaba, él se comportaría más enérgicamente con mi hermano.

Me levanté, le di un beso a mi madre y me marché a los jardines. Marcial aún no había llegado, así que me tumbé de espaldas en la hierba, sentía su frescor. De pronto, apareció ante mis ojos el señorito Adolfo. Me asusté y me incorporé de golpe.

–Lo siento –sonrió forzadamente–. No pretendía asustarte.

–No se preocupe usted.

La delgadez extrema de su cuerpo hacía pensar que tenía que estar enfermo.

–Por favor, María. Dile a tu hermano que me marchó a Madrid y que no sé cuándo regresaré. Dile también que hago caso a lo que le dije y vaya a que le reconozca un médico.

Quedé confundida ante sus palabras. Sin que me diera tiempo a contestarle, andando de una forma que demostraba su cansancio, se alejó de mí. ¿Qué es lo que

verdaderamente sucedía entre mi hermano y él? ¿Estaban enfermos y padecían la misma enfermedad? La llegada de Marcial, me sacó de mis pensamientos.

–Hola, María, qué temprano has llegado.

Al ver la expresión de mi mirada me preguntó

–¿Qué te ha ocurrido, María?

Le conté todo lo que me había dicho el señorito Adolfo. Le dije que lo había encontrado muy desmejorado, como si estuviese enfermo. Cogió mis manos entre las suyas.

–María, creo que esto es muy serio. Debes decirle a tu padre que lleve a José al médico cuanto antes.

–¡Por Dios, Marcial! Me estás asustando.

–No, María, no quiero asustarte, pero debes hacer lo que te he dicho.

Aquella tarde se me hizo eterna. Llegué a casa antes que mi padre y mi hermano. Mi madre estaba sentada en la cocina, cosiendo unos pantalones de mi hermano.

–Hija, qué temprano vienes.

–Sí, madre. Hoy hemos terminado antes.

No quería decir nada hasta que ellos no llegaran. Me dirigía hacia el baño cuando mi madre me sujetó por el brazo.

–Hija, quería decirte algo. Este mediodía, unos minutos antes de que tú llegaras, vino don Alberto. Quería saber si estabas contenta en el trabajo o si habías cambiado de idea y deseabas ir a la universidad.

Ahora entendía el silencio de mi padre.

–Y, padre, ¿qué le ha dicho?

Mi madre bajó su mirada.

–No lo sé, hija, eso no lo escuché.

Sabía que mentía. Estaba segura de que mi padre le habría dicho que yo quería seguir trabajando. Me sentí impotente, furiosa. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Por, Dios hija, no le digas nada de esto a tu padre.

La abracé fuertemente.

–No se preocupe, madre, no llore, no lo haré. Si yo sigo en esta casa, es por usted.

–María, te lo pido por Dios. No te quedes en estas tierras por mí. Vuela, María, vuela detrás de tus sueños.

Nos quedamos calladas al sentir que la puerta de la calle se abría. Entraron mi padre y mi hermano. La cara de José estaba más blanca que la nieve

–Dale un caldo a tu hijo –dijo bruscamente mi padre–. Se ha mareado.

Los ojos de mi hermano reflejaban su inmenso sufrimiento. Yo no pude más y dije:

–No cree usted que debería llevar a José a que lo viera un médico.

Me miró. Sus ojos despedían chispas.

–Tú no eres quién para decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

Sin querer había empeorado la situación.

–No te preocupes, María –dijo mi hermano bebiéndose con mano temblorosa aquel caldo.

Ahora me daba cuenta de lo enfermo que estaba. ¿Cómo era posible que no hubiéramos tomado conciencia de ello? Nuestras conductas egoístas de pensar en nuestros sentimientos nos impedían ver los sufrimientos de los que estaban cerca de nosotros.

Me enfurecí conmigo misma. Ahora ya no lo consentiría.

–Si usted no hace nada, yo hablaré con don Alberto.

Vino hacia mí con la mano levantada. Mi hermano se la sujetó, a pesar de su debilidad.

–Padre, María es ya una mujer. No discutáis por mí. Me quedaré aquí. Madre me cuidará.

–No, José –dije–. Tenemos que saber qué clase de enfermedad es la que tienes. Madre, usted no puede consentir esto.

–Tienes razón, María. Si tú no haces nada, iremos hablar con don Alberto – dijo en un tono frío y contundente dirigiéndose a mi padre.

Por primera vez veía como mi madre se le enfrentaba. La expresión de los ojos de mi padre era de total sorpresa. Nunca se imaginó que mi madre tuviera el valor de enfrentársele de esa forma.

–María –dijo él fríamente–, ayuda a José. Iremos al hospital.

Mi madre se quedó en la casa. Nunca olvidaré el dolor que demostraban sus ojos al abrazar a mi hermano. Me monté con él atrás en el coche. Reclinó su cabeza en mi hombro. Llegamos al hospital y lo ingresaron por urgencias. Sólo podía entrar una persona como acompañante. Entró mi padre, ni siquiera por cortesía me preguntó si yo quería acompañarlo. La espera se me hizo eterna. Era la primera vez que pisaba la sala de urgencias de un hospital.

Se respiraba un ambiente de tristeza y de dolor. Hablaban de enfermedades, sobre todo de las de sus familiares ingresados. Sentía esa sensación de frío en la piel cuando apareció mi padre. En mis años de vida, nunca le había visto una cara tan descompuesta por el dolor y la ira.

–Vámonos.

–¿Y José?

–Él se queda ingresado.

–Pero ¿qué es lo que han dicho?

–No tengo por qué contarte nada más. Además, tu hermano no volverá a mi casa. Él ha dejado de ser mi hijo.

Quedé bloqueada. Me fijé que las personas que estaban en la sala nos miraban con expresión de asombro. Mi padre no había tenido la decencia de hablar en un tono más bajo. Nos salimos fuera. ¿Cómo podía ser tan animal?

–¿Qué enfermedad tiene mi hermano?

–Vamos al coche. Quiero irme de aquí cuanto antes.

–Yo sin José no me iré a ninguna parte –le dije en tono contundente.

Sonrió despectivamente.

–No te van a dejar verlo.

Me daban deseos de abofetear aquel rostro, a aquella persona sin corazón. Cogió el coche y se marchó dejándome allí. Me quedé sin saber qué hacer. Pero hay veces en la vida en que suele aparecer esa persona que generosamente te tiende una mano. Una enfermera que se encontraba en la sala, salió y se acercó a mí.

–No he podido evitar oír vuestra conversación. Hablaré con el doctor que lleva el expediente de tu hermano y, si él lo autoriza, te informará de la enfermedad que padece.

–Muchísimas gracias.

–¿Vives en la ciudad?

–No. Vivo en una finca que está a unos veinte kilómetros de aquí. Mis padres son sus guardeses. Me llamo María.

Le tendí mi mano. Ella la estrechó sonriendo.

–Yo Carlota.

Pasaron unos minutos hasta que apareció de nuevo. La expresión risueña de su mirada había cambiado.

–Ven conmigo, María. Tu hermano le ha dado autorización al doctor. Tienes que ser valiente. Cuando termines de hablar con él, búscame por el mostrador o pregunta por mí. Soy la única enfermera que se llama Carlota.

Llegamos al que tenía que ser el despacho del médico. Llamé a la puerta. Escuché una voz que daba permiso para entrar. El médico me miró con cara de sorpresa, tuvo que imaginarse que sería más mayor. Carlota nos dejó solos.

Se puso a ordenar los papeles de la mesa.

–Bien, bien, perdone, ¿su nombre para dirigirme a usted?

–María.

–Encantado, María, yo soy el doctor... Pero, siéntese, por favor.

Me daba cuenta de que no se atrevía hablarme de la enfermedad de mi hermano.

–Bien, María, su hermano está muy grave.

No pude evitar que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. Se levantó y salió del despacho. Regresó con un vaso de agua y una pastilla.

–Tenga, María, tómese la. Es un tranquilizante muy suave.

No me gustaba tomar medicamentos, pero esta vez no puse objeciones.

–La enfermedad que padece su hermano, como ya le he dicho es muy grave y contagiosa. Se llama sida o VIH. Es una enfermedad descubierta hace poco. Su hermano tiene afectado sus intestinos y también la piel. Su estado es crítico.

No había oído hablar nunca de esa enfermedad. En mi casa sólo teníamos una radio, y mi padre era el único que se consideraba con derecho a ponerla, la mayoría de las veces para escuchar las noticias del tiempo. En el instituto tampoco había escuchado nada sobre ella.

–Pero mi hermano nunca nos ha dicho que se encontrase mal o que estuviese enfermo. Yo sólo he visto que adelgazaba y se resfriaba, quizás, más de lo normal, pero no le di importancia, pensé que era a consecuencia de los cambios del tiempo y por el trabajo.

–Su hermano me ha comentado que tampoco consideraba que fuera grave lo que padecía. Creía que arrastraba resfriados mal curados. Él también desconocía la existencia de esta enfermedad.

–Creo que mis padres tampoco tienen conocimiento de ella. ¿Cómo se ha contagiado?

Me miró. Noté que dudaba de si decírmelo o no.

–Por transmisión sexual.

A pesar de que lo suponía, sentí un gran dolor y una profunda pena.

–María, no piense, no intente averiguar, no serviría de nada, sólo le produciría más dolor. Las cosas ocurren porque están escritas en nuestro destino. Quizás ni siquiera seamos culpables de ellas.

Sus ojos expresaban una infinita tristeza. Podría ser cierto lo que decía, quizás nuestro destino estaba ya escrito y, por mucha valentía, coraje y resistencia que tuviéramos, él siempre sería el vencedor.

–Gracias, doctor. ¿Puedo verlo?

–Sí, María, pero sólo a través de un cristal.

Caminaba por aquellos pasillos sin ver a nadie. Ya no recuerdo si subí por una escalera o por un ascensor, pero llegamos al final de un pasillo. Se acercó a una de las puertas y me dijo que mirara por una pequeña ventana de cristal. Allí, acostado en una cama, rodeado de tubos y máquinas, se encontraba mi hermano. Sus ojos estaban cerrados. Sentí una especie de mareo. El doctor me sujetó por la cintura.

–Vamos, María, tranquilícese. Su hermano no sufre. Está sedado.

Volvimos al despacho del médico.

–María, debería marcharse a su casa, con su familia. No puede estar al lado de su hermano. Él se encuentra muy vigilado y atendido. Tenemos el teléfono de su casa por si surgiera alguna novedad. Puede venir sobre las 12.30 de la mañana. Es la hora a la que damos información sobre los enfermos.

Nos estrechamos la mano. Le di las gracias y me despedí de él. No sabía qué hacer, si quedarme con mi hermano o regresar a casa. Entonces escuché la voz de Carlota, que me llamaba.

–María, ¿qué piensas hacer?

–No lo sé, no lo sé.

–Deberías irte con tu familia. Te lo habrá aconsejado el doctor. Dentro de media hora terminará mi turno. Yo te llevaré a la finca.

Qué buena persona tenía que ser. Daba gracias a Dios por haberla puesto en aquellos dolorosos momentos en mi camino. Montadas en el coche, le indiqué la carretera que tenía que seguir.

–María, no te aflijas, ya verás como todo se irá solucionando. Mañana es mi día de descanso. El resto de los días estaré trabajando, no dudes en preguntar por mí.

Llegamos a la casa. Había luces encendidas en la cocina.

–Siento no poder invitarte a entrar, pero no sé cómo se encontrará mi padre.

Sonrió.

–No te preocupes. Estoy muy cansada y deseando llegar a casa.

–Carlota... Yo...

–No seas tonta, ya nos veremos.

No entré en la casa hasta que el coche desapareció de mi vista. Fui hacia la cocina. Mi padre estaba sentado llenando su pipa de tabaco. Mi madre cosía de forma convulsiva unos pantalones de mi hermano. Ninguno de los dos me dijo nada.

Me dirigí a mi padre de forma desafiante.

–Bueno –dije dirigiendo mis palabras hacia él-, ¿qué es lo que piensa hacer usted?

Mi madre cogió un cazo lo lleno de leche y lo puso al fuego. Él ni contestó. Ella echó la leche en una taza, cogió unas magdalenas y las puso sobre la mesa.

–Come, María. Tendrás hambre.

–Gracias, madre.

Lo cierto es que no tenía ningunas ganas de comer.

–Le he preguntado, padre. ¿Puede usted, por favor, responderme?

–No pienso hacer nada. Yo no forjé un maricón en el vientre de tu madre. Él se ha hecho de esa forma, así que sólo él es responsable de ello. Dios le ha castigado con esa terrible enfermedad. Tendrá que darle cuentas de su pecado y arderá en los infiernos.

Al escuchar aquellas palabras, mi cuerpo temblaba. Los sollozos de mi madre se volvían cada vez más intensos. Recordé las palabras de Marcial: “Hay mujeres que aman a mujeres y hombres que aman a otros hombres”. Vinieron a mi pensamiento Ana y Eva. Sentía como mi cuerpo se desmoronaba. ¿Nos castigaría Dios con esa terrible enfermedad a los que amábamos de esa manera? Estaba confundida, aterrada. Entonces oí a mi madre.

–Mi hijo podrá tener esa enfermedad por hacer o ser eso que tú dices, pero sé que Dios jamás nos condenará ni por ese ni por otro pecado. Él envió a su hijo para redimirnos de nuestros pecados.

Miré a mi madre, y era como si la viera por primera vez. No dijo nada más y se volvió a sentar. Mi padre se quedó sorprendido, pero enseguida reaccionó.

–Pensad y decid lo que queráis, pero José no volverá a entrar en esta casa. Tan cierto como que hay un Dios. Él se lo ha buscado. Lo que si me gustaría saber es con quién ha estado.

De pronto me miró.

–¿Tú sabes algo?

Tragué saliva.

–No... Yo... No.

Con brusquedad, dejó su pipa encima de la mesa.

–He estado ciego. Con quien ha estado ha sido con el señorito Adolfo. Él venía y se lo llevaba alegando que lo necesitaba para uno que otro trabajo.

Se levantó y se dirigió al armario donde se encontraban las armas. Cogió su escopeta de caza y unos cuantos cartuchos.

–Ni ese desgraciado ni su familia me harán más daño. Ese maricón tenía que conocer esa enfermedad. Viajaba mucho a Madrid y seguro que la cogería de algún marica que conociera por allí.

Mi madre se puso en medio de la puerta, impidiéndole salir. Toda su fragilidad había desaparecido.

–Antes de salir de esta casa, tendrás que matarme. No voy a consentir que arruines nuestras vidas más de lo que ya están. A pesar de que estoy segura de que ha sido el señorito quien ha contagiado a nuestro José, matándole no conseguirás devolverle la salud a nuestro hijo.

No reconocía a mi madre. Jamás me la hubiera imaginado comportándose de esa manera. Era como esa hembra que saca sus fauces para proteger a sus crías. Mi padre volvió sobre sus pasos y se sentó.

–Ahora recuerdo que se han llevado a ese degenerado a Madrid. Seguro que es porque también estará enfermo.

–Olvídalos, José. Lo primero que tienes que entender es que es tu hijo. Por un hijo se da la vida, sea lo que sea y tenga lo que tenga. Sí tú no lo haces, lo haré yo, pero quien saldrá de esta casa serás tú. No me obligues hablar con don Alberto. No hagas más daño a mis hijos porque sería capaz de matarte.

Yo ya no sabía ni qué pensar. ¿Estaba soñando? ¿Cómo podíamos transformarnos, ser totalmente distintas a como somos, cuando nos encontramos en situaciones límites? La más límite debía de ser cuando está en juego la vida de un hijo. Mi padre se levantó y sin decir nada se dirigió a su dormitorio. Estaba totalmente derrotado.

–María, hija, ve a dormir. Mañana iremos al hospital a ver a tu hermano y hablaremos con el doctor.

No me salían las palabras. Le di un beso y le deseé las buenas noches. Ya en mi cuarto me fijé en la cama de Soledad. Dios mío, ¿cómo reaccionarían su marido y su familia? Abrí la ventana.

El cielo estaba nublado, era como si las estrellas se negaran a ser testigos de lo que estaba ocurriendo en la tierra. Cogí aquel cuaderno y me metí entre las sábanas. Nuevamente, y con mucho cuidado, abrí sus páginas.

–Mamá, despierta. He llegado a pensar que no tenías iniciativas propias, inquietudes, esperanzas. Eres una mujer inteligente, culta, mucho más que mi padre. ¿Por qué entonces mamá? Si tú has elegido esta forma de vida, lo respetaré, porque será tu decisión. Pero si vives por vivir, sin darte cuenta de tu realidad, ha llegado la hora de tu despertar, de enfrentarte a tu situación, de comenzar de nuevo. Hazlo por mí. Yo no aceptaré una vida marcada por las pautas de mi padre ni de ninguna otra persona.

El dolor oprimía mi pecho. No la culpaba por tener aquellos pensamientos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y sabía que lo estaba diciendo para hacerme ver cómo era mi vida. Tuvo que haber sufrido mucho hasta haber llegado a aquellas conclusiones. Yo no si quiera me había dado cuenta. ¿Por qué? ¿Por qué prefería vivir ignorando como vivía? ¿Era porque desde niña estaba ya acostumbrada a caminar por caminos marcados por mi padre y la Iglesia y ahora, ya metida en esa espiral, lo seguía viviendo con mi marido, considerándolo normal?

Mi hija secó sus lágrimas y me abrazó.

–Perdóname, mamá, quizás no tenía que haberte dicho todo esto. A lo mejor no ha sido el mejor momento.

–No, cariño. Los momentos no los elegimos nosotros, llegan sin darnos cuenta y hay que aceptarlos. Eso sí, deberíamos analizarlos para saber cómo deberíamos vivirlos. No te preocupes. Te quiero más que a mi vida. Tú estudiaras lo que desees. Anda, dúchate y ve con tus amigas.

Después de ducharse entró en el salón.

–Mamá, respetaré lo que tú hagas y decidas, pero yo haré lo que deseo hacer. No me esperéis para cenar.

Me abrazó, me dio un beso y salió de la casa. Cogí un cigarrillo de la cajetilla que llevaba oculta en el bolso. Mi marido me tenía prohibido fumar. Lo encendí, aspiré el humo y lo dejé salir por mis fosas nasales. Abrí las ventanas para evitar que se quedara el olor del tabaco.

¿Por qué tenía que respetarle en eso? En eso y en cuantas cosas más de las que ni siquiera tenía conciencia.

Estábamos comiendo, y era como si presintiéramos que ocurriría algo que cambiaría nuestra forma de vivir. Mi marido se limpió la boca con la servilleta –qué correcto era– y miró a mi hija.

–Bien, María Milagrosa, ¿cuándo piensas ir a la universidad para matricularte?

–Papá, sabes que yo prefiero que me llames Mila. ¿A qué universidad te refieres, papá? –Preguntó mi hija en tono desafiante.

–De sobras lo sabes. A la de medicina.

Ella dejó la cuchara en el borde del plato.

–Lo siento, papá, pero no voy a ir a ninguna universidad, porque voy a ir a la Escuela de Diseño y Moda, en Madrid.

–No quiero ser grosero y tampoco quiero enfadarme, pero no te voy a consentir que me faltes al respeto. Iras a Madrid a la Facultad de Medicina.

Mi hija se levantó de la mesa.

–Por el hecho de decirte lo que quiero estudiar no te estoy faltando el respeto. Creo que eres tú quien me lo está faltando a mí, queriendo planificar mi futuro sin que yo esté de acuerdo con ello.

Los ojos de mi marido despedían chispas. Por un momento creí que perdería el control, pero ello hubiera sido faltar a los cánones de conducta que él predicaba y a la educación de la que alardeaba tener.

–Muy bien, María Milagrosa, me imagino que, ya que vas a estudiar lo que tú crees conveniente, tendrás autonomía propia para costeártelo.

Al hablar lo hacía desde la satisfacción y el placer de la victoria. Mi hija lo miró.

–Muy bueno, papá, siempre dispuesto a noquear a tu adversario. No te...

No la dejé terminar de hablar.

–Por supuesto, Mila tiene la autonomía que le dará su madre, toda. No hace falta que sigamos hablando más de ello. Mila, irás a Madrid a estudiar diseño de moda.

Ni yo misma daba crédito a la forma como había respondido. Lo que si me notaba es que nunca me había sentido tan plena y tan segura.

Nunca olvidaría la expresión de los ojos de mi marido.

–¿Cómo, Adela...? ¿Que tú qué...?

En la forma de hablar se notaba su agresividad. Miré a mi hija.

–Mila, por favor, puedes dejarnos solos. Ya hablaremos.

Los ojos de mi hija expresaban la sorpresa y la alegría, por la forma como había reaccionado. Cuando salió de la habitación, me dirigí a él.

–Creo que me has oído perfectamente.

–¿Sabes lo que has hecho? Me has quitado la autoridad delante de mi hija y no te lo voy a consentir.

Sentía por primera vez que en mi interior empezaba a fluir mi rebeldía.

–¿Y qué vas hacer al respecto?

Le pregunté sarcásticamente. Mi ego subía cada vez más, al contrario de lo que le ocurría a él. La situación se le empezaba a ir de las manos. Se levantó y tiró la servilleta encima de la mesa.

–No voy a seguir hablando más contigo. Puede ser que algún día te arrepientas de lo que estás haciendo, y podría pasar que entonces fuera ya demasiado tarde.

Escuché el portazo que dio al salir de la casa.

Me hice un café. Cogí un cigarrillo y lo encendí. Esta vez no abrí las ventanas.

Cerré el cuaderno. Los párpados me pesaban como el plomo. Por unos momentos me había evadido de mi trágica realidad. Apagué la luz. Las nubes habían desaparecido y las estrellas brillaban con intensidad, desafiando a la oscuridad.

Pensaba en Adela. Había actuado como mi madre, sólo que Adela lo había hecho cuando vio peligrar el futuro de su hija y mi madre cuando vio peligrar nuestras vidas.

XIII

Me despertó mi madre tocándome el brazo.

–María, hija, despierta. Tu padre nos va a llevar a ver a tu hermano. Ha ido hablar con Marcial, para que en su ausencia se haga cargo de la finca.

Noté en la habitación cierto olor a quemado. La miré con expresión de interrogación.

–He quemado parte de la ropa de tu hermano, sábanas y mantas. Cambiaremos su colchón, no sea que se haya impregnado de todo de ese virus tan maligno y vuelva a infectarse mi José.

Mientras hablaba, iba de un lado para otro de la habitación, colocando y recolocándolo todo. Me levanté y la abracé fuertemente.

–Madre, tranquilícese.

–Pero, hija, si yo estoy muy tranquila. Mi José es un muchachote muy fuerte y ese infernal virus no va a poder con él. Mi hijo regresará. Anda, hija, vístete o llegaremos tarde.

Tenía mi corazón encogido por el dolor. Hasta qué punto el sufrimiento puede distorsionar la realidad. También estaba asustada, aquella terrible enfermedad parecía ser que quienes la padecían eran homosexuales.

Montados en el coche, ninguno de nosotros nos atrevíamos a hablar. Íbamos inmersos en nuestros pensamientos. Yo no acababa de entender cómo mis padres habían dado semejante giro en sus comportamientos. Intentaba encontrar respuestas. De qué manera ante situaciones de gravedad los débiles se hacen más fuertes y los que alardean de su valentía, de su fuerza y su coraje se vuelven más vulnerables y cobardes. Eso era lo que les había ocurrido a mis padres.

Llegamos al hospital a media mañana. Mi madre se dirigió al mostrador de la entrada. Una enfermera nos llevó al despacho del doctor que llevaba el historial de José. El médico nos saludó amablemente.

–Tengo que decirles que José no ha mejorado, pero tampoco ha ido a peor. Está en estado de máxima gravedad, pero hay que perder las esperanzas.

Miré a mi padre. Sus ojos carecían de expresión. Mi madre parecía no haberle escuchado.

–Bien, doctor, ¿cuándo le dará el alta?

El médico primero miro a mi padre y después a mí.

–Mire...

–Dolores, me llamo Dolores, señor.

–Mire, Dolores –dijo cariñosamente–, aún es pronto para saberlo. Les acompañaré para que puedan verlo. Sólo podrán a través de una pequeña ventanita de cristal.

Yo habría preferido que no lo hubiesen visto, pero sabía que eso era imposible. Al mirarla, ahora me daba cuenta del intenso amor que siente una madre. Cuando se asomó por aquella ventana, se tambaleó. El médico la sujetó.

–Dolores, ¿quiere sentarse?

–No, señor, gracias. Ya se me ha pasado.

Mi padre no quiso verlo. Yo sí miré por aquel cristal. Seguía en la misma posición y con los mismos tubos del día anterior. Qué profundo dolor y qué gran impotencia. ¿Habría sido él el culpable de infectarse de semejante virus? ¿Amaba al señorito Adolfo o eran sólo deseos sexuales? Realmente, ¿qué valor tenía todo eso a las puertas de la muerte? Sabía que Dios tendría un sitio en el cielo para él. José no había sido malo, su único pecado quizás fue amar o haberse dejado llevar por unos instintos que todos llevamos dentro.

El doctor nos dijo que teníamos que retirarnos. Había un protocolo para visitar a los enfermos que se encontraban en ese estado de gravedad. Regresamos a su despacho y allí siguió informándonos.

–Hay una sala de espera donde ustedes pueden pasar todo el tiempo que deseen. No deben preocuparse, les informaremos por teléfono del mínimo cambio que José tenga en su estado.

Por unos minutos le vimos dudar antes de seguir con el protocolo.

–Bueno, en fin, sería aconsejable que, para evitar posibles dudas, se hicieran una analítica.

Se hizo un tenso silencio.

–Muchas gracias, señor –contestó mi madre–. Mañana por la mañana vendremos a hacernos la analítica que usted considere.

Salí de aquel despacho con la sensación de estar viviendo un mal sueño. Durante el trayecto hacia nuestra casa el silencio era angustiante. Entramos y nos dirigimos a la cocina. Mi padre encendió su pipa y dijo mirando a mi madre:

–Date cuenta en lo que nos ha metido ese hijo tuyo. Podríamos estar contagiados de esa terrible enfermedad por culpa de sus pecados y sus vicios.

Mi padre empezaba a recobrar su soberbia y su crueldad.

–¿Por qué lo juzgas? ¿Qué sabes realmente de la enfermedad de tu hijo y de cómo se ha contagiado?

La miró con una expresión de furia contenida.

–Nuestro hijo no, tu hijo. Mi hijo ha muerto. Desde luego que no conozco esa enfermedad, no soy un maricón para conocerla. Pero sí sé que podría pagar un precio muy alto por algo que no he cometido y de lo que no he tenido la culpa.

–¿Estás seguro de que no has tenido la culpa? Tu hijo ha sido siempre tu sombra. ¿No deberías haberte preocupado más por él? Cuando se iba con el señorito Adolfo, ¿no tendrías que haberle preguntado qué era lo que hacían, haberlos vigilado? Tú no eres tonto, José. Sabes que por el pueblo han circulado historias terribles sobre ciertos hombres.

Miraba a mi madre. Me parecía una persona que no conocía. Jamás imaginé que pudiera reaccionar de una forma que, quizás motivada por el sufrimiento, llegaba a ser cruel. La expresión del rostro de mi padre había cambiado.

–Nunca te has preocupado de tus hijos, como no fuera para obligarlos hacer lo que tú has querido y deseado. Lograste que Soledad se casara con un hombre al que no amaba. A María no la dejaste ir a la universidad, aunque de sobras sabías que era una niña muy inteligente y que no te hubiera faltado dinero para pagar sus estudios. Ahora, cuando tu hijo está enfermo, quieres eludir tu responsabilidad y, lo más triste, cierras tu corazón al amor hacia tu hijo. ¿Qué derechos crees tener? ¿Todavía no he pagado?

Mi padre se levantó de la silla, se tambaleó y se fue hacia la puerta de la casa. Salió y el ruido de la puerta ahogó el grito de dolor del corazón desgarrado de mi madre. Miré sus ojos, que tenían una expresión entre el dolor y la rabia. ¿Era yo también culpable

por haberme callado lo que vi aquella noche en la pérgola? ¿Cómo iba yo a saber...? De pronto, a mi madre le tembló su cuerpo.

–¿María, tu padre...?

Sin saber por qué nos dirigimos hacia el cobertizo. Al abrir la puerta nos encontramos a mi padre colgado de una soga por el cuello. Mi madre se desmayó. Intenté reanimar a mi padre mojando su cara con agua, aunque sabía, por el color violáceo de su rostro, que ya no se podía hacer nada. En aquellos instantes maduré de golpe y comprendí que ahora sería yo quien tendría que tomar las riendas de lo que quedaba de mi familia.

Mi madre recuperó su consciencia y entre las dos descolgamos a mi padre. Ella no decía una palabra, su cara no tenía ya expresión. Por unos instantes pensé a lo que nos tendríamos que enfrentar si se conociera el suicidio de mi padre.

–Madre, volvamos a casa.

Entramos en la casa. Cogí la escopeta que él había dejado encima de la mesa. Mi madre se sentó en una silla. Regresé al cobertizo, puse la escopeta entre las manos de mi padre y apreté el gatillo. Coloqué en el suelo, cerca de él, los utensilios y los aceites que usaban para limpiar las armas. Quería que diera la impresión de que se le había disparado mientras la limpiaba.

Mi madre parecía estar en estado de *shock*. Marcial vino a mi pensamiento, iría a buscarle, él me ayudaría. Al salir de la casa lo vi venir.

–María, por Dios, ¿qué ha ocurrido? He oído un disparo.

Lo abracé mientras los sollozos hacían temblar mi cuerpo.

–Vamos, chiquilla, tranquilízate.

Le conté todo lo que había ocurrido. La enfermedad de José. El duro enfrentamiento entre mis padres. El suicidio de mi padre, lo que yo había hecho para ocultar la verdad. Él me miraba, creo que pensaba que me había vuelto loca,

pero la expresión de mis ojos le hizo comprender que lo que estaba diciendo era cierto.

–María, mi pobre niña. No sé qué decirte. A pesar de estar destrozada, estás teniendo mucha entereza y actuando con mucha lógica.

Sonreí sarcásticamente y le dije:

–Ni siquiera he tenido tiempo de reflexionar, mis instintos me han hecho reaccionar más que pensar.

Entramos en la casa. Mi madre seguía en la misma posición.

–Marcial –le dije mirándole a los ojos–, por Dios, ayúdanos.

Y me ayudó. Me aconsejó que hiciéramos todos los trámites del entierro de mi padre en el pueblo. Él tenía mucha amistad con el médico de allí y no pondría en duda su palabra, que mi padre había muerto de forma accidental. Así fue, después de escuchar a Marcial y haber visto del cadáver de mi padre, no puso ninguna objeción de certificar que mi padre había muerto de dicha forma. Otra cuestión era tener que hablar con el sacerdote para la celebración del funeral.

–Marcial, ¿tendremos que decirle al cura la verdad de lo que ha sucedido?

–Lo siento, María, eso debes de decidirlo tú. Tienes que saber que la Iglesia no considera lo mismo un suicidio que una muerte por accidente. La Iglesia interpreta que la vida es un don de Dios y sólo él tiene derecho a quitárnosla.

En aquellos instantes no tenía ni la claridad mental ni la templanza suficientes para saber analizar lo que era bueno o lo que era malo y si las interpretaciones de la Iglesia eran las correctas. Pedí perdón a Dios y decidí ocultar la verdad al sacerdote.

Después de todos los trámites, fuimos a ver a Soledad.

–María, será mejor que vayas tú sola a ver a tu hermana –dijo Marcial–. Ella no tiene conmigo la misma confianza que tú.

Cuando Soledad me abrió la puerta, vi que estaba más guapa y en sus ojos brillaba la alegría. Nos abrazamos.

–María, ¡qué sorpresa! Entra. Estoy sola.

Conforme le iba contando lo sucedido, la expresión de su rostro se hacía más dolorosa. Me abrazó con los ojos llenos de lágrimas cuando terminé mi relato.

–Es todo tan terrible, tan imposible de entender. Cuánto habrás sufrido, hermanita.

–Sabes, Soledad, estoy en ese momento de la vida en el que no se sabe distinguir entre lo que te hace reír o llorar, entre lo que es amor y es odio. Con una impotencia que me corroe por dentro.

–El tiempo, hermana, será ese bálsamo que curará las heridas abiertas, y Dios será esa mano que lo ponga en ellas. Estaba en un momento de mi vida muy feliz, no me preguntes por qué, y de nuevo vuelve a golpearme el destino. Es cierto que por nuestro padre sólo siento tristeza, que Dios lo perdone, y nos perdone a todos si nos creemos con derecho a juzgarlo. También es cierto que, si no me hubiera obligado a casarme con Crisanto, no hubiera conocido la felicidad que conozco ahora. Mi hermano me produce un inmenso dolor. Desconozco ese mundo en el que él parece haber vivido. Nuestro padre tuvo que tener sus motivos para actuar como actuaba, quizás ni él mismo llegó a tener conciencia de ellos, por lo que, cuando se enfrentó a su realidad, ha decidido quitarse la vida.

Sus ojos estaban brillantes por las lágrimas. Me sentía sumergida en los mismos sentimientos de mi hermana. No pude evitar pensar en Crisanto, ¿era quién la hacía feliz? Pero respeté su petición y no se lo pregunté. Soledad llamó a su marido por teléfono y le contó que mi padre había tenido un accidente mortal al disparársele la escopeta mientras la limpiaba. Que mi hermano estaba ingresado en el hospital con un virus y que ella se venía con nosotros a la finca. Él le dijo que lo sentía muchísimo, tenía mucho trabajo y no podía acompañarla en aquel momento, pero que iría al entierro acompañado de su familia.

Cuando llegamos a casa, nos encontramos a nuestra madre haciendo la comida. Nos miró y nos dijo:

–Tenemos que alimentarnos para estar fuerte y poder cuidar a tu hermano cuando regrese a casa.

Soledad me miró, se fue hacia ella y la abrazó. Ninguna de las dos se dijo nada. Marcial se quedó acompañándonos. Después de cenar, nos pidió unas sábanas para amortajar a mi padre; los de la funeraria no tardarían en llegar con el féretro. Mientras Soledad buscaba las sábanas, llame al hospital para ver cómo se encontraba mi hermano. No se había producido ningún cambio, seguía estando grave.

Amortajamos el cuerpo de mi padre. Al verle postrado y con la cara destrozada, sentí pena y lástima. Marcial se estuvo con nosotras toda la noche y mi madre no paraba de rezar un rosario tras otro. Nosotros nos manteníamos en silencio, sumergidos en nuestros pensamientos.

La muerte de mi padre no me producía ningún sentimiento de dolor. En estos trágicos momentos me daba cuenta de que no sentía ningún cariño hacia él. ¿Tenía yo la culpa de ello? ¿Tan perversa era? Realmente, ¿fue un padre para mí? No recordaba que me hubiera dado un beso o un abrazo. ¿Me odió? ¿Qué fue lo que ocurrió al nacer yo? Esta pregunta permanecería en mi corazón hasta encontrar su respuesta. ¿Qué opinarían mis hermanos de él? Con ellos fue más afable, pero tampoco excesivamente cariñoso.

Quería dejar de recapacitar, pero mis pensamientos se agolpaban en mi mente. ¿En qué situación quedaríamos mi madre y yo? ¿Qué sería ahora de nosotras? El sueño terminó por vencerme.

Me despertó Marcial al cabo de unas horas.

–María, despierta, está amaneciendo. Creo que, al estar aquí tu hermana, es el momento para ir haceros la analítica.

Nos disgustaba tener que dejar solo el cadáver de mi padre, pero tenía razón. Quizás no volveríamos a tener otra oportunidad de hacernos la analítica sin despertar sospecha.

Cuando terminamos de hacernos la analítica, le pregunté la hora a Marcial. Ya no nos quedaba tiempo para ver a mi hermano. El entierro era a las 11.30. Marcial se dio cuenta de mi expresión de disgusto.

–No te preocupes, María. Si tu hermano sufriera algún cambio en su estado, os lo comunicarían por teléfono.

Cuando llegamos a casa, no había llegado ninguna persona. Sobre las once empezaron a aparecer los trabajadores de la finca. A los pocos minutos llegó don Alberto, quien disculpo a doña Virginia, que se encontraba enferma. Nos dijo que contáramos con él para todo lo que necesitásemos.

Ninguna de nosotras derramó ni una sola lágrima. Éramos incapaces de fingir lo que no sentíamos. Lo único que sentíamos era pena. Pena al pensar cómo habrían sido nuestras vidas si mi padre hubiera tenido otro carácter. Tampoco resultaba justo juzgarlo ahora, no tenía derecho a hacerlo, máxime cuando no sabía cuáles fueron los motivos de sentir lo que sentía y por qué actuaba como actuó.

Cuando íbamos a montarnos en los coches para ir al cementerio, apareció el desconocido, Miguel.

–Lo siento, María –me dijo al tiempo que me soltaba dos besos–. Si puedo hacer algo por ti... Me pasaré por la finca cuando todo termine, quiero hablar contigo.

Iba a decirle que no se molestara. Sin esperar mi respuesta, se dirigió hacia mi hermana.

Me fijé en la cara de Soledad, en la expresión de sus ojos: los tenía como iluminados. Mientras la besaba para darle el pésame, observé el temblor de su cuerpo. Mi hermana me miró y vino hacia mí.

–Estoy trabajando para él. Cuido de su casa y de su hijo. Es primo de Crisanto y me pidió que lo ayudara. Me paga muy bien.

¿Cómo era posible que su marido, además de bruto, fuera bobo? En el cementerio, estuvieron con nosotros Marcial y Crisanto solamente. Terminada la misa, la familia de Crisanto, como el resto de las personas que nos habían acompañado, pusieron una disculpa y se marcharon.

No entendía cómo enterrábamos a las personas en aquellos recintos cerrados y tan lúgubres. Había visto en el cine que, en el extranjero, existían ciudades donde las tumbas estaban en la tierra, en parques abiertos por donde las personas paseaban.

A la salida del cementerio nos despedimos de mi hermana.

–Cuéntame cualquier alteración en el estado de José –me dijo al tiempo que me abrazaba–. Cuando vayas a verlo, dímelo para que te acompañe. No quiero que Crisanto pueda enterarse de lo que realmente le ocurre.

Asentí con un movimiento de cabeza. Ella me miró a los ojos.

–Y, por Dios, María no me juzgues, no saques conclusiones. Ya hablaremos.

–Soledad, nadie es quién para juzgar a nadie, y mucho menos a una hermana a la que además han obligado a casarse con una persona que no amaba. Ten mucho cuidado, tengo miedo por ti.

Sonrió.

–No te preocupes, María. Diariamente te enfrentas a situaciones donde sólo tú debes decidir y tener esa valentía que quizás en otro tiempo no afloró.

La miré mientras pensaba en cómo cambiamos nuestras percepciones, nuestra forma de vivir la vida, al enfrentarnos a situaciones trágicas, donde entran nuevamente en juego nuestros sentimientos.

Mientras mi hermana se alejaba, me fijé en que había cambiado hasta en su forma de caminar.

–Vámonos, María –me dijo Marcial–. Podemos llegar a tiempo al hospital y preguntarle al médico por tu hermano.

Miré a mi madre y la cogí del brazo para llevarla hasta el coche. Se mantenía en esa especie de silencio con el que buscas evadirte de la realidad.

Entramos en el hospital. Marcial prefirió quedarse en la sala de espera. Me acordé de Carlota y pregunté por ella. Al poco, la vi venir hacia nosotras. Su semblante era de preocupación.

–Lo siento, Carlota. No hemos podido venir antes. Acabamos de enterrar a mi padre.

Nos abrazó cálidamente.

–¡Dios mío! ¡Cuánto lo siento! ¡Vamos a llamaros ahora. Entremos en este despacho. Quiero hablar contigo, antes de que lo haga el doctor.

Ya dentro del despacho cogió mis manos entre las suyas.

–María, tu hermano ha empeorado. No responde ya al tratamiento.

Mi madre se cubrió el rostro con sus manos. Sus sollozos hacían temblar su cuerpo. La rodeé con mis brazos intentando calmarla. Decidimos permanecer allí hasta tener más noticias de la evolución de José. Pero a las pocas horas del funeral, mi hermano falleció. Era como si mi padre no quisiera dejarlo en libertad y, como tantas otras veces, mi hermano le obedeció.

Nunca pensé que la vida pudiera golpear tan terriblemente, sin ni siquiera darte tiempo a asimilar, a aceptar lo que te estaba ocurriendo.

El doctor me dio unas pastillas para mi madre y me aconsejó que la llevara a su médico de cabecera. Yo sabía que mi madre ya no se recuperaría jamás, que no habría médico ni fármaco que curara su dolor.

Mi hermano se enterró al día siguiente como había sido enterrado mi padre, acompañados de las mismas personas que estuvieron con nosotros en su sepelio. A excepción de Miguel, lo que me produjo un gran alivio. Don Adolfo esta vez no nos dijo nada, no tuvo ni la valentía de mirarnos a los ojos.

Gracias a las pastillas del doctor, mi madre estaba más sosegada. Sus lágrimas fluían de forma silenciosa. Mi hermana me miró a los ojos, su mirada expresaba rabia y dolor.

–¿Sigues creyendo en Dios, María?

Mantuve su mirada y le contesté con cierta crudeza.

–¿Por qué no voy a creer? Creo en Dios, en quien no creo es en la Iglesia y en ciertos seres humanos. ¿Por qué echan la culpa a Dios de todo lo que nos ocurre, sobre todo de lo *malo*? Él ha hecho un mundo donde la existencia de la vida está basada en la existencia de la muerte. No puede existir la una sin la otra. Esto es algo que deberían de enseñarnos desde que tenemos uso de razón.

La expresión de los ojos de mi hermana estaba entre la sorpresa y la extrañeza.

–Soledad, perdóname, quizás no sean los mejores momentos para hablar de esto. ¿Irás a la finca a ver a nuestra madre?

–Claro que sí, María –su mirada se había dulcificado–. Yo no puedo ayudarte todo lo que quisiera, pero, desde luego, no os voy a abandonar.

Marcial nos llevó de vuelta a nuestra casa. Al despedirnos, mientras nos besábamos, me dijo:

–María, tómate unos días de descanso. Intentaré arreglar todo el papeleo, para que tu madre empiece a cobrar cuanto antes la pensión. Eso sí, tienes que buscar los cuadernos de tu padre donde iba apuntando todo lo concerniente a su trabajo en la finca. Le di un abrazo.

–Marcial, yo...

–No tienes que decirme nada, María. Yo era amigo de tu padre y a ti, durante todo este tiempo, te he cogido un gran cariño. En mi vida había conocido a una niña y más tarde a una mujer tan valiente y con tanto coraje como tú.

En aquellos momentos sus palabras fueron un bálsamo para mis heridas. Le dio un abrazo a mi madre, se montó en su coche y desapareció en el camino. Mi madre me miró.

–Es un amigo, María. Nuestro único y gran amigo.

Me quedé sorprendida ante las palabras de mi madre. Ella cogió mi mano y siguió hablándome.

–Vamos, hija, entremos en casa.

Nos sentamos en la cocina.

–Hija mía, he estado rogando a Dios que me diera fuerzas para reaccionar, para no dejarte sola.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Lo único que he hecho en mi vida ha sido obedecer todo lo que se me ha ordenado. Cometí un pecado y creo que lo he pagado con creces, aunque su consecuencia fuese unas de las cosas más maravillosas que me ha ocurrido en la vida. No me considero responsable de la muerte de tu padre. Le dije la verdad y no supo afrontarla. Cuando te miro a los ojos, siento vergüenza y dolor por haber estado consintiendo que hayas pagado por un hecho que tu no cometiste. Por eso le pido a Dios que me dé fuerzas para vivir hasta que ocupes el lugar que te pertenece y te sea dado lo que es tuyo.

Estaba dolida al ver cómo reaccionaba mi madre ahora, al ser golpeada tan cruelmente por la vida. Esa reacción y ese coraje tenía que haberlos demostrado en vida de mi padre.

Yo no tenía deseos ni fuerzas para saber la verdad. Una verdad que tantas veces anhelé conocer y por la que en aquellos momentos sentía pánico al tener enfrentarme a ella.

Empezaba a darme cuenta de que las verdades duelen y nos desafían a unos con otros.

Mi madre me hizo volver a la realidad.

–María, hija, yo no sé lo que hacía tu hermano, cuáles eran sus sentimientos, si amaba o sólo eran deseos impuros. Sólo sé que lo parí inocente,

que Dios le dio su espíritu y lo dotó de sentimientos. Jesucristo lo perdonará. Él entrego su vida para redimir nuestros pecados. Mi pobre hijo, cuyo padre y esa terrible enfermedad se han llevado sin dejarle ser libre, mi José, él también se terminará llevando al señorito Adolfo.

Se quebró su voz.

–Madre, por Dios, no diga usted esas cosas. Cállese, ya no se puede hacer nada. Debemos alimentarnos, debemos estar fuertes y tener la esperanza de que el tiempo cierre nuestras heridas y abra nuevos caminos por donde poder caminar en libertad.

Por primera vez preparé yo la comida. Ella no habló hasta que terminamos.

–María, acompáñame a mi dormitorio.

Estuvimos trasladando todas sus cosas al dormitorio de mi hermano. Sólo hablábamos de la ropa que había que tirar o guardar. Sin darnos cuenta, llegó la noche. Terminada la cena, acompañé a mi madre a su nuevo dormitorio. Era la primera vez que compartía con mi madre esa intimidad. Cogió su rosario y se metió en la cama.

Besé su frente y le deseé buenas noches. Ella puso en mis labios un crucifijo y lo besé.

–María, no te olvides de que Jesucristo siempre estará a nuestro lado. Que todo lo que ocurre en esta vida, por muy terrible que se presente, podría ser aún peor. La vida tenemos que aceptarla tal como es, sin intentar comprenderla porque en nuestro egoísmo podríamos distorsionar su verdad.

Comprendí que lo que decía era cierto al demostrar una entereza que sólo Dios podía darle. En mi habitación, abrí como tantas noches la ventana de mi cuarto. Miré aquel inmenso cielo llenos de estrellas y, recordando las palabras de mi madre, me puse de rodilla y dejé que las lágrimas fluyeran de mis ojos. Fui tranquilizándome mientras mi corazón se vaciaba de dolor.

Me tumbé en la cama. Ya era toda una mujer. Una mujer de veinticinco años. Una mujer que se iba dando cuenta de que sus tiempos se consumían sin haber comenzado a

realizar sus sueños. Era como si las raíces de aquellas tierras me enredaran en ellas y me impidieran salir a la superficie. Llegaba el momento de tener que tomar las riendas de mi vida, de intentar conseguir lo que anhelaba, lo que yo deseaba de mi futuro. Aunque sabía que, si sacaba a mi madre de aquellas tierras, sería llevarla a la muerte.

Decidí entonces volver leer de aquel cuaderno. Intentaba encontrar en aquellas páginas las respuestas que la vida no lograba darme.

Mi hija se marchó.

Se llevó como equipaje un montón de sueños y la esperanza de un bonito futuro.

Mi marido no volvió a hablar de ella. Abandonó el dormitorio conyugal alegando que tenía que hacer informes de su trabajo y que prefería hacerlo en el silencio de la noche.

Aunque eso sí, cuando creía conveniente, demandaba el derecho del macho sobre la hembra.

Yo lo aceptaba, unas veces porque necesitaba desahogarme sexualmente y otras porque llegamos al acuerdo de que, cuando estuviera con nosotros nuestra hija, él regresaría al dormitorio conyugal. Por supuesto, cambiamos la cama de matrimonio por dos individuales.

Una de las veces que ella vino a vernos, me preguntó los motivos de haber comprado dos camas.

Alegué que hacía tiempo que lo teníamos planeado debido a que yo era mucho más friolera que su padre y siempre andábamos discutiendo por las mantas. No volvió a preguntarme más.

Yo no quería que ella se sintiera culpable de nuestra separación.

Ante familiares y amigos actuábamos igual que siempre. En la intimidad de nuestro hogar, nos alejábamos cada vez más.

Observaba que él sentía un rechazo hacia mí que se iba haciendo cada vez más profundo.

Estaba segura de que se hubiese divorciado si no hubiera sido por sus férreas ideas cristianas, por sus padres y por miedo a perder a sus amigos.

Desde que discutimos por los estudios de mi hija, empecé analizar todo lo que había ocurrido y ocurría a mí alrededor.

Quería encontrar respuestas. Respuestas para conocer si lo que vivía era lo que yo quería vivir.

Profundizar en el carácter de mi marido, en el de mis padres, incluso en el de mis amigos.

Llegué a la conclusión de que eran personas radicales, autoritarias, convencidas de tener esa verdad absoluta, a través de la cual ven lo que ellos quieren ver.

Recordé: no hay más ciego que aquel que no quiere ver.

No dejaba de ser curioso que su mundo invadiera el mío e intentaba absorberlo. En las infidelidades y mentiras eran pioneros. Aferrados a sus parejas, a las que ya no deseaban y rechazaban, como era mi caso, antes de ir en contra la Iglesia y de sus convicciones. Convicciones heredadas de sus familias. Sin ni siquiera, no ya comprender, sino intentar escuchar a los demás.

Hombres que mantenían alejados de sus conversaciones a sus mujeres. Mujeres que nos dedicábamos a criticar a las celebridades y no celebridades, envidiando hasta sus sufrimientos.

Que no manteníamos conversaciones profundas, que tampoco compartíamos nuestros problemas, porque no nos fiábamos unas de las otras y porque todas nosotras alardeábamos de que en nuestras vidas toda funcionaba magníficamente.

Mis apetitos sexuales se fueron enfriando.

Cambié mi forma de ser. Adquirí más libertad.

Renové mi vestuario. Fumaba en los sitios que podía hacerlo delante de Tomás. Mis nuevas maneras en el vestir tuvieron que mejorar bastante mi físico, por las expresiones de las caras de algunas amistades de él.

No tomaba la decisión de divorciarme por no causar sufrimiento a mi hija. También sabía que él nunca me concedería el divorcio y me haría la vida imposible.

Analizaba lo que estaba leyendo y me daba cuenta de que aquellas vidas tenían un paralelismo con las nuestras, aunque con ciertas diferencias. Adela fue valiente y se posicionó desde el primer momento a favor de su hija y tuvo el coraje de enfrentarse a su realidad. Mila supo luchar y vivir la vida que ella quería vivir. El sueño terminó venciéndome.

XIV

Mi madre movía suavemente mi hombro.

–María, despierta, hija. Ha venido Marcial.

Me incorporé de la cama.

–¿Cómo se encuentra, madre? –le pregunté mientras la besaba.

–Bien, María, bien. Anda, hija, apresúrate. Marcial parece tener prisa.

Cuando entré en la cocina, Marcial estaba sentado ante una humeante taza de café.

–María, siento molestarte. Ha llegado la señorita Eva y quiere verte. Llévate los libros de tu padre donde lo llevaba todo apuntado.

–Buenos días, Marcial, tú nunca molestas. No te preocupes. Sé dónde tenía mi padre guardado esos libros.

Después de desayunar nos despedimos de mi madre. Montados ya en el coche, le pregunté:

–¿Sabes qué es lo que quiere de mí?

–No lo sé. Parece ser que ella se hará cargo de la finca. Sus padres siguen cuidando del señorito Adolfo.

Por unos instantes deseé la muerte del señorito Adolfo. Él seguía viviendo mientras mi hermano estaba ya enterrado. Me arrepentí de aquellos pensamientos y pedí perdón a Dios.

Marcial llamó a la puerta de aquel despacho donde tiempo atrás estuvimos mi padre y yo. Al entrar y verla allí sentada en aquella mesa, su pelo tan rubio recogido en una coleta, aquellos ojos de azul intenso, no pude evitar sentir algo muy profundo dentro de mí.

–Siento lo de tu padre y tu hermano, María. Seré lo más breve posible. Mi padre no puede hacerse cargo de la finca y, por desgracia, al haber fallecido el tuyo, nos hemos quedado sin guardeses. He pensado que Marcial tome las riendas de todo y que tú lo ayudes.

Me quedé confundida y sorprendida.

–Señorita Eva –dijo Marcial–, yo estoy ya mayor para tanta responsabilidad. Mejor será que sea María quien se haga cargo y que yo la ayude.

Mis pensamientos se mezclaban. ¿Hacerme cargo de la finca? Aunque Marcial me ayudara, era una terrible responsabilidad. Además, yo odiaba aquellas tierras. No, de ninguna manera podía consentirlo.

–Está bien, si tú consideras que se pueda responsabilizar, por mí no habrá ningún problema. Aunque yo creo que no está lo suficientemente capacitada y no aceptará.

Tras sus palabras, sentí una especie de calor motivado por mi indignación. En parte tenía razón, pero lo que me indignó fue que lo dijera con aquella prepotencia, como con desprecio. Sin saber cómo surgieron mis palabras.

–Por supuesto que acepto. Sé que Marcial me ayudará y también cuento con los libros, donde mi padre, lo llevaba todo apuntado y controlado.

La miré a los con expresión altanera.

–Desde luego, no era mi perspectiva de futuro, pero lo aceptaré hasta que usted se encuentre preparada para tomar las riendas de estas tierras.

Fulminándome con la mirada, se levantó de golpe de aquel sillón.

–Lo ve, Marcial, es una insoportable contestona y rebelde.

–Por Dios, señorita Eva, piense usted en sus padres, en los momentos que están atravesando. Y tú, María, piensa en tu madre. Si ahora te la llevas de estas tierras, la hundirás más en el sufrimiento.

–Lo siento –dije ya más calmada–. Acepto la responsabilidad, Eva.

La llamé de tú, y aquella sería una de mis condiciones para trabajar con ella. Se dio cuenta de mi desafío, al haberla tuteado.

–Gracias, María. Y, por supuesto, puedes llamarme Eva. A pesar de nuestras desavenencias, confío plenamente en ti.

La miré. ¿Estaba siendo agradecida? ¿Intentaba un acercamiento? Al salir de aquel despacho, sentí de nuevo como si aquellas tierras me enredaran entre sus raíces, haciéndome prisionera de ellas.

Cuando le dije a mi madre que ocuparía el lugar de mi padre, en su cara confluyeron la alegría y cierta tristeza.

–Mi pequeña... –dijo mientras me daba un fuerte abrazo.

Se apartó de mi lado y, mirándome a los ojos, me dijo

–María, no renuncies a tus sueños. Tienes coraje, hija mía, y eres muy valiente. Lucha por que se hagan realidad.

Escuchaba sus palabras y sentía una punzada de dolor. Mis sueños, el más hermoso, escribir un libro. Ya ni recordaba la última vez que había terminado uno de mis poemas. Me estaba dejando llevar por los acontecimientos que sucedían en

mi vida sin luchar por lo que yo verdaderamente deseaba. Ahora tampoco podía hacer nada. ¿Cómo dejar a mi madre o cómo llevármela? Alejarla de aquellas tierras sería ahogarla más en su dolor.

Como tantas noches, la ayudé a desnudarse y ponerse su camisón. Observaba cómo ella luchaba por mantener una serenidad y una entereza digna del coraje de las mujeres valientes. Después de darle un beso de buenas noches y besar su crucifijo, me dirigí a mi dormitorio. Abrí la ventana y me fijé, como tantas veces anteriores, en aquel cielo limpio, en aquellas estrellas. Me daban paz y sosiego.

Cogí de nuevo aquel cuaderno y me deslicé entre las sabanas, dispuesta a leerlo hasta que el sueño me venciera.

Aquella tarde nos reuníamos en el piso de un compañero de Tomás, Leandro, muy atractivo y un gran profesional como psiquiatra. Teníamos proyectado hacer un retiro espiritual. Todos los años programábamos uno.

Se encontraba entre nosotros, para ayudarnos en los preparativos, el padre Damián, sacerdote de nuestra parroquia. Todo eran risas, una felicidad que, quizás, en mi caso, era fingida.

Al ultimar los detalles, uno de ellos encendió el televisor.

–Perdonadme, tengo curiosidad. Están televisando la fiesta del orgullo gay. A usted, padre, ¿no le molestará?

–No, hijo, no, los pobres bastante desgracia tienen con llevar la cruz de la homosexualidad.

–A propósito, don Damián, ¿qué dice la Iglesia sobre la homosexualidad?

–Bueno, hijo, la verdad es que la Iglesia hace ya bastante en reconocer la homosexualidad desde la castidad.

–A mí, en el fondo, me dan pena –dijo otro–. Hay personas que los aceptan cara al público por intereses partidistas y luego, en la intimidad, los desprecian.

–Creo que estáis tratando con desprecio los sentimientos de personas que ni siquiera conocéis –dijo Leandro–. ¿No creéis que, tanto presumir de ser cristianos, deberíais demostrar un mínimo de comprensión?

Nos quedamos todos en silencio al ver cómo empezaban aparecer en la pantalla las imágenes de la fiesta. De pronto, ocupando toda la pantalla, apareció mi hija, que portaba una bandera gay. Iba de la mano de otra chica.

Se hizo un tenso silencio, podía cortarse con la hoja de un cuchillo. Leandro, queriendo desviar la atención, dijo:

–Llenemos las copas, se me ha secado la garganta

–No me extraña –dijo Paulina, una de aquellas mujeres.

Todas éramos conocedoras de las infidelidades de su marido. Marido que ocupaba el cargo de director del hospital en el que trabajaba la mayoría de los presentes, entre ellos, Tomás.

Ella miró a mi marido.

–Tomás, ¿no has visto a tu hija? ¿No tienes nada que decir?

–¿Qué hija? Yo no tengo ninguna hija.

Sentí un mazazo en el corazón. Paulina me miró a mí.

–Adela, ¿tú tampoco tienes hija?

La miré fríamente.

–Sí, una hija maravillosa. Acaba de salir ahí en la pantalla del televisor, en la fiesta del orgullo gay con su pareja, que es una mujer.

La mirada de mi marido me traspasaba. Leandro levantó su copa y me hizo un guiño con sus ojos. Nadie se atrevía a decir nada. Ni el cura se pronunciaba. Pero Paulina siguió metiendo el dedo en la llaga.

–¿Tú sabes que tu hija está condenada a los infiernos?

–Por favor, Paulina –dijo Leandro–... No creerás...

Ella lo fulminó con la mirada.

–¿Pones en duda que existe el infierno? ¿No crees en el pecado?

Antes de que Leandro pudiera pronunciarse, respondí:

–¿Qué infierno, Paulina? El infierno es el que viven muchos... No digo ya adultos, sino niños en el mundo, sufriendo enfermedades y desnutriciones. ¿Qué pecado, el nuestro, que lo consentimos mientras llenamos nuestros estómagos de succulentos manjares regados con magníficos vinos?

El color de su cara se tornó de color rojo. Daba la impresión de que de un momento a otro iba a salir fuego de sus ojos. Leandro intercedió.

–Por Dios, dejémoslo ya.

Ella se recuperó y atacó de nuevo.

–No voy a contestar a semejantes palabras, tan necias y absurdas. Tú tienes la obligación de hacer cambiar la actitud de esa hija tuya. Nos estas quedando a todos en una situación muy delicada. Sois nuestros amigos y mi marido es el jefe del tuyo.

Sería cínica. No sólo no contestaba a mis preguntas, sino que me estaba amenazando. Iba a contestarle, pero recordé a mi hija. ¿Cómo se tomaría ella todo lo que estaba ocurriendo, que su padre se quedara sin trabajo? Me tragué mi orgullo, mi autoestima y de forma suave le dije:

–No me considero con derecho de juzgar a nadie, y mucho menos de hacer cambiar los sentimientos de mi hija.

–¿Sentimientos? –dijo cínicamente ella.

Antes de que pudiera seguir hablando intercedió Leandro.

–Creo que esto se nos está yendo de las manos. Os propongo, apelando a la generosidad de Paulina, tan erudita en la materia, y nosotros tan profanos en un tema tan delicado y desgarrador, que lo tratemos en nuestro retiro espiritual y desglosándolo en tres partes: la homosexualidad en la doctrina católica; la homosexualidad en los textos bíblicos y la homosexualidad vista desde sus entrañas, como las de tu hija, Adela. Creo que Paulina, mujer sabia, inteligente y dada a sus amigos, estará de acuerdo.

Ella se había quedado descolocada. No sabía cómo reaccionar. Al ver que todas las miradas se dirigían hacia ella, dijo:

–Por supuesto. Se hará como tú dices, Leandro.

Mi marido tenía la cara totalmente desencajada.

–Adela, creo que deberíamos marcharnos ya.

Nos despedimos de ellos, pero no como otras veces, con una cortesía fingida por parte de todos nosotros, a excepción de Leandro. No intercambiamos ni una sola palabra durante el trayecto a nuestra casa. Cuando entramos, Tomás se dirigió al dormitorio. Yo me quedé sentada en el salón.

Después de leer aquellas páginas me preguntaba: ¿qué era realmente la homosexualidad para que hubiera personas que la odieran de esa forma? Personas cuyas creencias y convicciones eran más fuertes que los propios sentimientos de amor hacia sus hijos.

Qué coraje el de Adela, cómo se enfrentaba a todos, a la propia vida, para defender a su hija, sin saber siquiera lo que su hija sentía. Mila, qué valiente, plantarse ante un mundo donde la mayoría de las personas y la propia Iglesia estaban en contra de sus sentimientos. Mis ojos se cerraban lentamente. Cerré aquel cuaderno y lo dejé encima de la mesilla.

XV

Al mirar aquellos folios escritos con mis poemas, me dije a mí misma que volvería a escribir. No pude evitar recordar a mis amigos del instituto, a Ana... ¿Qué habría sido de ellos? Nuestras promesas de volver a encontrarnos, de contactar de nuevo, se habían quedado en el aire. Ese aire cuyas ráfagas jamás vuelven a ti.

Ana, ¿qué es lo que realmente sentí por ella? ¿Por qué nos alejamos de esas personas que se cruzan en nuestros caminos, con las que quisiéramos estar

y, sin embargo, nos acerca a otras a las que ni siquiera hubiéramos querido conocer?

Ahora tenía más responsabilidades, pero más libertad para disponer de mi tiempo. Aprobé los exámenes de conducir. Empecé a coger el coche que había sido de mi padre, ello me permitió poder ir a la ciudad y comprarme ropa, libros...

Los sábados, mi madre y yo visitábamos a mi hermana. Estaba cada vez más guapa y con una alegría desbordante. Prefería no preguntarle los motivos.

Otra de las cosas que había aprendido era montar a caballo. Aquella mañana decidí recorrer la finca montada en uno de ellos. De pronto, apareció en el camino un coche. Paró y bajo del vehículo el conductor. Sentí un vuelco en mi corazón: era Felipe. Me bajé del caballo y corrí hacia él. Me rodeó con sus brazos.

–¡María, mi María! ¡Qué hermosa estás!

Sin que me diera tiempo a reaccionar, besó mis labios. Sentí una sensación de cariño que no sabía definir. Se separó de mí y me miró de arriba abajo.

–¡Qué cuerpo tienes, María! ¡Qué novia tan guapa tengo!

No sabía qué decirle al ver cómo sus ojos expresaban el amor que sentía.

–María, perdóname. No he podido llamarte durante todo este tiempo porque nada más llegar a Madrid cogí un virus desconocido y estuve hospitalizado. Sentí mucho lo de tu padre y tu hermano. Quise esperar y venir personalmente a decírtelo. ¡Cuánto habrás sufrido, mi niña!

–Gracias, Felipe. Ya no soy una niña, y tengo que enfrentarme a los caprichos del destino.

Besó mis manos. Su semblante adquirió una expresión de preocupación.

–María, dime una cosa, ¿no te ha comentado tu hermana lo que se comenta en el pueblo?

Le miré sorprendida. Me vino el recuerdo de la muerte de mi padre, de mi hermano, de Adolfo.

–¿Tú qué crees? –Le pregunté con esa altanería de estar a la espera de una contestación que podría ser desagradable.

Cogió mis manos entre las suyas.

–Yo no pienso nada, María. Yo pienso lo que tú quieras que piense y, además, no tienes que decirme nada sobre ello. Sé que esto te hace sufrir, dejémoslo.

Reconocía su generosidad, su gran corazón. Sonrió queriendo quitar importancia y me cogió por la cintura, con la intención de volver a besarme. Yo lo esquivé y soltó una carcajada.

–Tan esquivas como siempre. Eso es lo que más me gusta de ti. María, quedemos esta noche en mi casa. Lleva a tu madre, formalicemos nuestro compromiso. Mi padre va a comprarme una licencia de farmacia y ya ha adquirido un local en Madrid. Quiero que nos casemos dentro de dos años.

Estaba confundida, asustada. ¿Cómo era posible que hubiéramos llegado a semejante situación? Casarme, y con Felipe, dentro de dos años. Él lo daba por hecho. ¿Tenía yo la culpa de todo lo que estaba ocurriendo? ¿Había dado yo pie para que él pensara semejante cosa? Lo que sí sabía es que en aquellos momentos no tenía fuerzas para decirle lo que estaba pensando. Intentaría ganar tiempo.

–Felipe, hoy me es imposible acudir a tu casa. Quedemos mañana, pero tú y yo solos.

–Está bien, lo acepto. Sellémoslo con un beso.

Dejé que me besara, pero me aparté rápidamente. Felipe se echó a reír y se dirigió a su coche. Al entrar en él, me saludó con la mano y desapareció de mi vista. Me monté en el caballo y me marché hacia la casa de los dueños.

En la puerta se encontraba Marcial.

–María, el señorito Adolfo murió ayer. Vienen de camino los señores y la señorita Eva para enterrar sus cenizas en la finca.

Recordé las palabras de mi madre, sentí un enorme escalofrío.

–Gracias, Marcial, por avisarme. Voy a guardar el caballo. Sinceramente, no tengo ningún deseo de encontrarme con ellos. Por favor, recíbelos tú. Estaré con mi madre, por si me necesitas.

De regreso a mi casa, los pensamientos se cruzaban en mi mente. Sospechaba que el señorito Adolfo había sido el culpable de la muerte de mi hermano. José nunca salió de estas tierras. Cuando llegué a mi casa, mi madre estaba sentada en una silla en la puerta con el rosario en sus manos.

–Qué pronto llegas hoy, hija.

La besé en la frente mientras le decía:

–Hemos terminado antes. Voy a aprovechar para escribir mis poemas.

Había reconvertido la habitación que de mis padres en un sencillo despacho donde escribía y escuchaba música. No habría pasado ni una hora cuando escuché el sonido del motor de un coche. Me asomé a la ventana y era Marcial. Cuando salí del cuarto, vi que mi madre estaba en la cocina. Salí a la puerta para recibirlo, no quería que mi madre escuchara nuestra conversación.

–Marcial, perdona que te reciba aquí, pero me imagino que me vas a contar alguna cosa sobre el entierro y no quiero que mi madre pueda escuchar nuestra conversación.

–No te preocupes, María. Es cierto, vengo a decirte que los señores quieren que asistáis al entierro tu madre y tú.

–Lo siento, Marcial, yo iré, pero no pienso hacer pasar a mi madre por esos momentos para que sufra más y recuerde a mi hermano.

–Te entiendo, María, pero tenía que decírtelo.

–Gracias, Marcial, ya lo sé.

Nos despedimos con un abrazo. Me di una ducha para tranquilizarme. Me puse unos pantalones ajustados y una camisa con un generoso escote y me calcé unos zapatos de altísimo tacón. Pinté mis ojos y mis labios. Alboroté mis ensortijados pelos con mis dedos y me dirigí hacia la cocina para despedirme de mi madre.

Me miró sorprendida mientras iba hacia la puerta.

–Hija, qué guapa te has puesto. ¿Es que ha vuelto Felipe? –me soltó. Y yo que había pensado que mi madre no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

–Sí, madre, ha venido a verme esta mañana. Pero ahora no voy a verlo a él. Tengo una cita con unos ganaderos que quieren comprar unos terneros –le respondí con una sonrisa dibujada en mis labios.

–Ten mucho cuidado, hija, no te puedes fiar de los hombres.

–Tendré cuidado. Ya no soy una niña. No me espere para cenar.

No sé por qué me puse nerviosa al llegar a la puerta de aquella casa. Una de las doncellas me abrió la puerta y me condujo hasta el salón. Doña Virginia tenía en sus manos una urna, la presionaba contra su pecho. Eva estaba de espaldas, mirando por los ventanales, y don Alberto apoyaba su cuerpo en una de las esquinas de la chimenea. Se podía sentir un silencio doloroso.

Doña Virginia me miró. La expresión de sus ojos era de furia contenida.

–¿Y tu madre?

–No ha podido venir, no se encontraba bien.

–No me extraña. Estará enferma por saber que es la madre de un asesino.

Me quedé helada. ¿Cómo era posible que tuviera el cinismo de decir semejante cosa? Sentía que la rabia me invadía. Pero qué se habría creído aquella soberbia y orgullosa mujer. Iba a responderle, pero se adelantó don Alberto.

–Por Dios, Virginia, ten respeto por las cenizas de tu hijo y no digas barbaridades.

–Cómo tiras por tu sangre –contestó ella con desprecio.

–No empecemos, Virginia.

–¿Y por qué no empezar? Aquí, ante las cenizas de nuestro hijo, antes de que sean enterradas. ¿Por qué no sacar las miserias que hay en nuestras vidas? Quizás, si hubiéramos sido sinceros y nos hubiésemos portado con nobleza mucho antes, ahora no estaríamos todos atravesando unos momentos tan dolorosos.

Yo estaba totalmente desconcertada. Se estaba volviendo visible lo que yo en el fondo de mi corazón sabía y no quería reconocer. Lo que nunca me imaginé es que saldría a la luz de la forma en que estaba sucediendo.

La expresión de Eva era de total confusión.

–Mamá, papá, ¡por Dios! ¡Queréis dejar de decir barbaridades!

–No son barbaridades, hija. Son realidades. Tu hermano a muerto por culpa de un miserable, y ayudado por tu padre, que no quería ver lo que estaba sucediendo.

Ya no pude aguantar más.

–No voy a decir lo que yo pienso de todos ustedes por respeto a esas cenizas. Aquí el único culpable ha sido su hijo, con esos viajecitos a Madrid. Mi hermano jamás salió de estas tierras. Si alguien tiene la culpa de sus muertes, es su hijo.

Ella se levantó, la furia que sentía hacía temblar su cuerpo.

–Alberto, ¿vas a consentirle que nos hable de esa manera? ¡Claro no deja de ser tu hija!

Por esa forma tan brusca en que escuché sus palabras, aquella verdad contenida, sentí una punzada en mi corazón. No pude evitar recordar a mi padre, entender sus motivos para comportarse como se lo hizo.

–Anda, dile a tu hija, a María, el romance que tuviste con su madre.

Se empezaban a aclarar mis dudas. Mi madre no había sido violada, se había enamorado de él. La seduciría con sus modales y promesas. Quería encontrar motivos

para disculparla, me resultaba difícil reconocer que ella podría haber tenido parte de culpa.

–Sí, Alberto, díselo. Dile lo golfa que fue su madre.

Me dirigí hacía ella dispuesta a abofetearla, pero don Alberto se adelantó con la mano levantada. Eva se puso en medio.

–¡Por Dios, papá! ¡María...!

–Eres una víbora –dijo don Alberto–. Ya que estamos descubriendo las verdades, ¿por qué no le dices tú a tu hija quién es su verdadero padre?

Eva se tambaleó.

–Qué miserable eres, cómo me atacas.

–Tú eres quien ha empezado. Dile a tu hija Eva que Marcial es su padre. Que te vengaste liándote con él, lo sedujiste y quedaste embarazada.

Estaba tan bloqueada que era incapaz de pensar. Creí que Eva se desmayaría, estaba más blanca que la nieve. Me levanté y les dije:

–Creo que ya está bien, que ya no nos podemos hacer más daño. Pensemos en esas cenizas y enterrémoslas, y con ellas nuestros rencores. Llegarán los días en que, desde la calma, se pueda aclarar, si es que así lo deseamos, todo lo que aquí se ha dicho.

No sé cómo pude decir aquellas palabras, pero hicieron su efecto. Doña Virginia, don Alberto y Marcial, que ignoraba todo lo que había ocurrido, se montaron en uno de los coches. Eva prefirió venirse en mi coche. Nos dirigíamos hacia la pequeña loma. A la mitad del camino, ella rompió a llorar. Paré el coche para dejar que se desahogara. A veces el llanto nos trae esa calma que tanto necesitamos.

–Lo siento –dijo secándose las lágrimas.

–Por Dios, Eva, no te disculpes. Yo no sé ni cómo puedo conducir.

Puse de nuevo el coche en marcha y nos dirigimos hacia el lugar donde se enterrarían aquellas cenizas. Cuando llegamos, Marcial estaba haciendo un pequeño hoyo a los pies de uno de los árboles. Doña Virginia volcó la urna. Marcial lo cubrió de nuevo y puso encima una pequeña planta que con el tiempo daría sus flores. Nadie decía nada. Dentro de mí, sin embargo, sentía la necesidad de dar luz a mis sentimientos.

–Que Dios, en su misericordia, perdone sus pecados y lo recoja en su seno.

Don Alberto me miró con expresión de orgullo. Terminado el sepelio, todos se montaron en el coche, a excepción de Eva, que decidió permanecer conmigo.

Comencé a desnudarme. Primero me quité los zapatos, después la camisa, los pantalones, las bragas y el sujetador. Me quedé desnuda y me tumbé en aquellas hierbas.

–María, qué salvaje eres –dijo Eva.

–Por eso soy salvaje: necesito sentir el palpitar de la tierra y el frío de la hierba.

Ella se desnudó también y se tumbó a mi lado. Permanecemos así hasta que la noche llegó. La luna iluminaba nuestros cuerpos y resaltaba su blancura.

Tímidamente, Eva tocó las aureolas de mis pechos. Me volví hacia ella y la rodeé con mis brazos. Nuestras manos recorrían cada partícula de nuestra piel. Nuestras bocas bajaban por nuestros pechos, nuestros pubis hasta nuestros sexos. Enlazamos nuestras piernas para aquietar los temblores de los orgasmos. Sellamos nuestros labios para ahogar los gemidos del placer.

Nos miramos a los ojos. Ella plegó su cuerpo al mío, yo la estreché contra mi pecho. Ahora ya lo sabía, ya sabía lo que sentía. La amaba más que a mi vida, la amaba a ella y, al relacionarnos sexualmente, había sentido un placer tan profundo que hasta mi alma se desgarró en él. Ni siquiera uno de los besos de Felipe me había hecho sentir lo que había experimentado con el solo tacto de las yemas de los dedos de ella.

Me quedé dormida escuchando su suave respiración. Me despertó la claridad del alba.

Mi cuerpo estaba cubierto por mis ropas. Eva se había marchado. No quería pensar, no quería dejarme llevar por la felicidad que me embargaba. Tenía que ser cautelosa, la vida me demostraba que nada sucede como nos imaginamos que va a suceder. Sentía dentro de mí el calor de su cuerpo y en mis labios, el dulce sabor de los suyos. Sentí frío, ¿qué ocurriría ahora?

Me había olvidado de mi madre. Seguro que estaba preocupada al no haber regresado. Me monté en el coche y me dirigí hacia la casa. Entré en mi casa, mi madre estaba en la cocina, tenía la cabeza recostada en la mesa. Le di un beso y le dije suavemente:

–Madre...

Ella abrió los ojos.

–Hija mía, me tenías preocupada. No sabía ni qué pensar ni qué hacer.

–Perdóneme, madre, al final me quedé a dormir en la casa de los señores.

Me duché y me tumbé en la cama. Me tomaría unas horas de descanso. Quería evadirme de todo, y para ello decidí coger de nuevo aquel cuaderno.

Jamás me imaginé, ni siquiera llegué a pensar, que mi hija pudiera ser homosexual. Ni mis padres ni Tomás hablaron nunca sobre la homosexualidad. Yo lo único que sabía sobre ella eran comentarios despectivos y que incluso se llegó a considerar que era una enfermedad. No me preocupaba, al ser una cosa que a mí no me afectaba.

No dejaba de tener su sarcasmo. Mi marido apareció en el salón con la maleta en la mano.

–Es nuestro final, Adela. Te advertí que tú tendrías que asumir las consecuencias de darle tanta libertad a tu hija. Yo no voy a pasar por esto. Me

siento avergonzado de vosotras. Saber que mi hija es una perversa y que tú la apoyas.

Me incorporé con intención de abofetearle. Sujetó mi brazo con fuerza, sabía que me hacía daño.

–Ten cuidado, Adela, que te la puedo devolver.

¿Cómo podía actuar con tanta crueldad? ¿Qué es lo que realmente había sentido por nosotras?

–Mis abogados se pondrán en contacto contigo. Espero que tengas la valentía de ir al retiro espiritual y llevar a esa hija tuya. Veremos si ella se atreve a ir.

Tras el portazo de la puerta, fue como si el mundo se abriera bajo mis pies y cayera en esos infiernos de los que ellos hablaban.

¿Cómo afrontar todo aquello? ¿Por dónde empezar? No podía acudir a mis padres, ellos con sus creencias y convicciones religiosas se posicionarían del lado de mi marido.

Y mi hija, ¿cómo reaccionaría al saber que había sido el motivo de nuestra separación?

Rogué a Dios que me ayudara, que me hiciera ver la luz. Y Dios me ayudó.

Sonó el teléfono, era mi hermano.

–¿Cómo estás, hermanita? ¿Has visto a tu hija en la televisión?

–Sí, he visto a mi hija.

–Adela, no te dejes amedrentar por nada de lo que te digan o veas. Ponte guapa y reúnete conmigo dentro de una hora en el restaurante que tanto le gusta a nuestra Mila.

Tenía razón, tenía que aceptar lo que vida me mandaba y demostrar al mundo que estaba incondicionalmente al lado de mi hija. Me puse uno de los vestidos que últimamente me había comprado y que marcaba mis curvas. Me maquillé.

En la cafetería, mi hermano me estaba esperando sentado en una de las mesas del fondo. Se levantó nada más verme, me dio un abrazo y dos besos.

–¡Qué guapa!

Nos sentamos, cogió mis manos entre las suyas.

–¿Cómo te encuentras, Adela?

Sonreí tristemente.

¿Cómo quieres que esté?

–¿Nunca viste cómo era realmente tu hija?

La miré a los ojos.

–¿Tú lo sabías?

Sonrió.

–Claro que lo sabía. Ella me lo dijo hace ya tiempo.

–¿Y por qué no se lo dijo a su madre?

–No te enfades, Adela, ¿por qué no te preguntas tú cómo es que no te diste cuenta?

–Un golpe muy bajo por tu parte.

–No –besó mi mano–, pero no quiero que la culpes a ella. Mila sí os conocía, sobre todo a su padre y a sus férreas ideas cristianas de las que alardeaba. Ella no quería ser motivo de discordia entre vosotros, sabía que tú te posicionarías a su lado, confiaba en el amor que sentías por ella.

No pude evitar que las lágrimas fluyeran de mis ojos.

–Mi querida hija... Somos tan egoístas, incapaces de ver más allá de lo que queremos ver. Involucrándonos solamente en lo que nos afecta directamente. Quizás si hubiéramos sido más generosos, humanitarios y solidarios y tenido la humildad de pensar que lo que hoy afecta a unas personas mañana nos puede afectar a nosotros, no estaría ocurriendo lo que está pasando ahora.

–No te culpes, Adela. El mundo es cómo es. ¿A quién culpar de ello? ¿A los que establecen las bases y los cimientos? ¿A los que nos dejamos manipular? Todos tenemos una parte de culpa. Tu hija ha demostrado su valentía y su coraje y no lo está consintiendo. Ella se dio cuenta de que sus sentimientos eran diferentes a los de las demás chicas y quiso saber qué era lo que le ocurría. Tuvo

la suerte de que una de sus amigas estudiaba psicología, Paloma. Ella la escuchó, la ayudó y se enamoraron. Es la chica con la que ha salido en la televisión. Los padres de Paloma conocen la relación de ellas y no sólo lo aceptan, también quieren mucho a Mila. Tu hija quería que tú lo supieras y que no tuvieras que pasar por el trance de tener que decírselo a la familia o a los amigos, por eso decidió visualizarse ante todo el mundo a través de la fiesta del orgullo gay.

Mi hermano había ocupado el puesto que yo como madre había debido ocupar.

Acaricié su cara con mis manos mientras le decía:

–Nunca te agradeceré lo suficiente lo que has hecho por mi hija y por mí.

–Por Dios, Adela. Yo os quiero con toda mi alma, tú lo sabes. Reconozco que soy irresponsable y mujeriego, pero por mi niña y por mi hermana, la vida.

Durante unos momentos nos quedamos en silencio.

–A propósito –dijo él–, ¿cómo ha reaccionado Tomás?

No quería que supiera la reacción de mi marido, que pudiera enfrentarse a él.

–Perdóname, prefiero no hablar de eso.

–Cómo tú desees, hermanita. Ten paciencia, tu hija te llamará.

La vida siguió su curso. De Tomás no había vuelto a saber nada. Mis padres tampoco me habían llamado. Estaba segura de que él les habría contado lo ocurrido y ellos se habían puesto a su favor.

A pesar de que mis compañeros tenían que haber visto a mi hija en las noticias, ninguno de ellos me hizo ningún comentario. Unos no lo harían porque no querían complicársela vida por algo que no les afectaba y otros, por ser considerados.

Aquella tarde, mientras leía un libro, sonó el teléfono. Era el abogado de mi marido. Quería que nos entrevistásemos para empezar los trámites del divorcio. A pesar de todo lo sucedido, había albergado la esperanza de que mi marido no llegaría a semejante situación, no ya por mí, sino por sus padres y amigos.

En el fondo, yo ya no quería seguir estando atada a él, pero temía por el sufrimiento que esto podría causarle a mi hija.

Nada más colgar, el teléfono sonó de nuevo.

–Hola, Adela, soy Leandro. ¿Qué tal te encuentras?

Me extrañó que se atreviera a llamar a la que el resto del grupo consideraría una maldita.

–Leandro, qué sorpresa más agradable. Ahora mismo no me encontraba muy bien, acabo de hablar con el abogado de Tomás.

–Ese es uno de los motivos por los que te llamo. Me han comentado que Tomás había contactado con ese abogado, que, por lo visto, es una especie de hiena. Divorciado por unos motivos de cuernos de su mujer, perdona la vulgaridad. Quiero darte el teléfono de un magnífico abogado, gran amigo mío, a quien ya he dicho que contactarás con él.

–Leandro, muchísimas gracias por tu generosidad. No quiero que tu ayuda pueda suponerte algún tipo de problema.

Escuché su risa.

–Ya hablaremos de eso, Adela. Además, no lo hago de forma gratuita, sino a cambio de que asistas al retiro espiritual. Ése era el otro motivo.

–Vaya, quieres que acaben machacándome –le dije bromeando.

–Por supuesto que no. Tengo un tocho de información sobre la homosexualidad. Te llamo en unos días, ahora tengo que dejarte, voy a empezar la consulta.

Le di las gracias al mismo tiempo que se las daba a Dios por ponerlo en mi camino y me demostraba que todavía existían personas en el mundo con un gran corazón y generosidad, que tendían sus manos para sacar de las profundidades de los pozos a los que otros habían metido en ellos.

No habría transcurrido ni una semana desde que hablé con Leandro cuando apareció Mila. Al abrir la puerta y verla, no puede contener mis lágrimas.

–¡Mila, hija mía, qué alegría!

–Mamá, tenía muchísimas ganas de verte.

Nos abrazamos y nos besamos.

–Mamá... He tardado en venir, no me atrevía... Yo

–Ya hablaremos, cariño. Dúchate, nos iremos a comer a tu restaurante favorito.

Sentadas ya a la mesa, y a la espera de que nos trajeran los platos pedidos, observé que la expresión de alegría de sus ojos se había tornado en tristeza.

–¿Dónde está papá?

Me llevé la copa de vino a los labios, quería darle sensación de tranquilidad. Después de haber bebido, la deposité encima de la mesa.

–Verás, hija... En fin... Nos vamos a divorciar.

–Por mi culpa, ¿no, Mamá?

–No, Mila, no –miraba sus ojos para darle más veracidad–, aunque pudiera ser –dije sonriendo– que me abrieras los ojos en aquella conversación que mantuvimos. Me hiciste ver la vida que vivía. Una vida marcada, primero, por mis padres y, más tarde, por mi marido.

Ella me miraba sin decir nada. Había parte de verdad, pero el detonante más fuerte fue su homosexualidad. Eso no se lo diría, no dejaría que mi hija se sintiera culpable,

–Tú, hija, me demostraste con tu comportamiento que hay que ser valientes y tener coraje para darnos cuenta de cuál es la vida que vivimos y, si no es la nuestra, luchar por vivirla y hacer realidad nuestros sueños.

Acarició mi cara con sus manos.

–Me siento muy orgullosa de ti, mamá. Yo no me he lanzado al vacío. Desde el instituto empecé a darme cuenta de mis sentimientos hacia una de mis compañeras. No encontraba respuestas. Llegó un momento en que lo que escuchaba y leía sobre ello no

lo controlaba; unas personas hacían unos análisis que eran contradichos por otros. Dios, mami, porque yo sigo creyendo en él, aunque no en la Iglesia, puso en mi camino a Paloma. La conocí de forma casual. Me dijo que estaba terminando la carrera de psicología. Ella secó mis lágrimas y me hizo ver todo lo que rodeaba a todo este mundo. No sólo me ayudo, me dio su amor. La amo más que a mi propia vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Hija, por favor, no llores.

–Quería hacértelo saber, nunca encontraba el momento. Tenía mucho miedo, y sobre todo miedo a que no me aceptaras. Decidimos visualizarnos ante todo el mundo, sobre todo para evitarte que tú tuvieras que decírselo a los demás. Los padres de Paloma lo saben y nos quieren mucho a las dos. Ya verás, mamá, como tú también cogerás cariño a Paloma.

–Claro que sí, cariño. Por el hecho de que ella te quiera, ya la quiero yo a ella. Mila, verdaderamente sé sobre la homosexualidad lo que ahora estoy conociendo, pero, aunque no acabe de entenderlo, sí entiendo que eres mi hija, sangre de mi sangre. Yo te he parido y te he parido con la forma de ser que sientes. Nada ni nadie nos separará jamás. Aunque físicamente no estemos juntas, lo estarán nuestras almas. Considero que nadie tiene derecho a juzgar a nadie, esto consta hasta en la Biblia, y tampoco se debe utilizar la palabra aceptar para referirse a las personas.

Besó mis manos.

–Mamá...

–Anda, cariño, comamos. Además, tengo que decirte algo que seguro que te va a causar alegría. Voy asistir a un retiro espiritual a defender la homosexualidad.

Sin que mi hija se enterara, llamé por teléfono a su padre con la esperanza de que estuviera más calmado y comprensivo. Le dije que su hija había venido a

verme.Él me recalcó: “Tu hija”. Que lo sentía, pero que lo pillaba en mal momento por la acumulación de trabajo que tenía. Que no les dijera nada a sus padres porque estaban de viaje.

Sentí una punzada de dolor en mi pecho. Sus padres tenían que saberlo y seguro que su respuesta era la misma que la de él. Recordé a los míos. Posiblemente tendrían que saber, también, de ello. Ahora me daba cuenta de que hacía semanas que no contactábamos.

Me llamó Leandro para preguntarme cómo me encontraba en aquel momento. Al enterarse de que estaba Mila conmigo, me dijo que quería conocerla. Quedamos en vernos en uno de los mejores restaurantes de la ciudad para tomar unas copas. Cuando llegamos, estaba dentro esperándonos sentado en una de las mesas. Resaltaba por su forma tan elegante de vestir.

–¡Qué guapísimas! ¿Mila?

–Sí, mi hija, Leandro –le respondí sonriendo.

Intercambios besos.

–La televisión no te favorece. Eres mucho más guapa en persona.

–Gracias –le contestó tímidamente Mila.

Allí delante, de nuestros mojitos, hablábamos de cosas intrascendentes

–Bien –dijo él en tono más serio, y cogió entre sus manos unos cuadernos que estaban encima de la mesa–. Aquí están escritas las interpretaciones que la Iglesia católica ha hecho sobre los textos sagrados referidos a la homosexualidad. Hay también interpretaciones efectuadas por eruditos en la materia. Tengo plena confianza en ti, Adela, te considero una mujer no sólo valiente, sino inteligente. Por ello, te pido que hagas tus propias interpretaciones. Yo llamaré a ciertas puertas y conseguiré que todo esto sea tratado en el retiro espiritual.

Tuvo que darse cuenta de la expresión de incertidumbre y pánico que expresaban mis ojos.

–Por favor, Adela. Tú puedes con ello y con más. Tendrás que hacerlo por tu hija y por mí. Soy gay.

Estuve a punto de verter el café. Leandro homosexual. Era muy exquisito en las formas y en el vestir, también no se le conocía pareja, pero nunca hizo un gesto o dijo algo que lo delatara. Mila se echó a reír al ver la expresión de mi cara.

–Siento causarte este impacto, no motivado, por supuesto, por rechazo...

–Por Dios, Leandro, claro que no... Es que...

–La verdad es que no he dado muestra de ello. Tu hija tiene la culpa –dijo sonriendo–. Ella ha abierto la veda al visualizarse públicamente. Yo no iba a ser menos.

En el silencio de la noche, sentadas las dos delante de la mesa del salón y ante dos humeantes tazas de café, comenzamos a leer aquellos cuadernos.

XVI

Escuché unos golpes en la puerta.

–María, hija, ha venido Marcial.

–Ahora voy, madre.

Cerré aquel cuaderno. Me había sumergido en la historia de Adela y no tomé conciencia del tiempo. Era curioso cómo somos capaces de cambiar nuestros sentimientos, nuestras formas de ser, cuando las personas a las que amamos están siendo dañadas por ello.

Me vestí y me dirigí al pequeño saloncito. Marcial estaba de pie, esperándome.

–Hola, María, perdóname que interrumpa tu descanso. Don Alberto quiere verte.

–No te preocupes, Marcial, pensaba ir a verte. ¿Sabes por qué motivos quiere verme?

–No lo sé, María. Lo que te puedo decir es que he visto marcharse muy temprano a la señorita Eva.

Sentí como si me golpearan en el pecho. Ella se alejaba sin dar ni una explicación, sin decir ni una palabra sobre lo ocurrido, cuando había sido ella quien lo había provocado. ¿Por qué? ¿Estaba jugando conmigo? ¿Era yo un capricho? Sentía una mezcla de dolor y de odio.

Por la expresión de mis ojos, Marcial tuvo que notar que algo me ocurría.

–¿Ocurre alguna cosa, María? ¿Te encuentras mal?

–¡Oh!, no, Marcial, gracias. Hasta hace unos momentos he tenido un terrible dolor de cabeza. Vámonos, no perdamos más tiempo.

Nos despedimos de mi madre y nos dirigimos, cada uno en nuestros coches, hacia la casa de los señores. Ya allí, Marcial me sugirió que sería mejor que entrara yo sola al despacho. Al entrar vi a don Alberto de espalda, mirando a través de los ventanales. Se giró de repente y me miró a los ojos.

–¿Cómo estás, María?

–Bien, gracias, don Alberto.

–¿No crees que deberíamos de dejarnos ya de tanto protocolo? Por favor, llámame por mi nombre –dijo sonriendo.

–Lo siento –dijo tajantemente–. No puedo. No estoy acostumbrada.

–Bueno, bueno, cómo tú quieras –dijo al ver mi frialdad–. ¿Quieres sentarte? Mira, María, Eva piensa irse a Inglaterra con un grupo de profesores a dar clases de español a las universidades de una de sus ciudades. Ella me ha confesado que no quiere saber nada de la finca –al escuchar aquellas palabras sentí un profundo dolor: Eva jamás regresaría para quedarse–, y he pensado que tú, como heredera, te hagas cargo de todo lo que conlleva.

El destino quería de nuevo envolverme, seducirme. Si aceptaba aquellas tierras, me quitarían mi libertad y el recuerdo de Eva terminaría con mi vida.

–Lo siento de veras, don Alberto, pero mis proyectos son otros.

Me miró sorprendido. Creo no esperaba semejante respuesta.

–María, yo ya no puedo con todo esto, y Marcial está ya muy mayor. La finca se irá a la ruina.

En aquel momento, me levanté y vino a mis labios la más dura de las ironías.

–Ese es su problema. Ha llegado tarde, don Alberto. Voy a casarme con Felipe cuando él termine la carrera de farmacia, y nos iremos a vivir a Madrid.

No sé cómo pudieron brotar de mi boca semejantes palabras. ¿Casarme con Felipe? ¿Es que esa idea estaba en mi subconsciente? ¿Acaso era la única salida que tenía para escapar de las prisiones de mi vida?

Por unos instantes, aquel hombre al que no reconocía como padre todavía quedó sin saber qué decirme. Después, la expresión de sus ojos se tornó en tristeza.

–Me alegro por ti, María. Te deseo que seas muy feliz. Me recuerdas a mi madre, tu abuela, una mujer tan hermosa y valiente. Tú has heredado su belleza y su valentía. ¿Podré algún día llamarte *hija*?

–No lo creo –contesté con rotundidad y levantándome del sillón–. Yo sólo soy hija de mi madre. Tengo que marcharme, hay mucho trabajo por hacer.

¿Por qué estaba siendo tan dura? ¿Por qué hacer leña de ese árbol caído? Sentía pena por él y por mí. Marcial me estaba esperando y me miró a los ojos al verme salir.

–María...

–No te preocupes, Marcial. Vamos, salgamos de esta casa.

Nos fuimos hacia los jardines y, como tantas veces antes, nos sentamos en aquellos arriates. Le conté todo lo que había sucedido desde la llegada de las cenizas de Adolfo, pero no quise confesarle lo de mi encuentro con Eva y que ella era su hija.

–No sufras, María. Desde el comienzo de tu vida, el destino ha empezado cebándose contigo, pero te dejará libre, ten confianza. Algún día te llegará tu ansiada libertad y, con ella, tu felicidad. Sé que te has callado algunas cosas para no hacerme

sufrir, entre ellas que Eva es mi hija. Hubo un tiempo en el que doña Virginia se encontró sola, abandonada y engañada por don Alberto, y se refugió en mis brazos. Yo me enamoré locamente de ella. Se quedó embarazada, y sabía que lo que llevaba en su vientre era mi hija, Eva. Lo sabía porque ella me contaba que durante el tiempo que pasó conmigo su marido no la llegó ni a tocar. Fue la época más maravillosa y feliz de mi vida. Cuando dio a luz, su marido volvió a ella, y entonces me abandonó. No sé cómo no me echó de estas tierras... La verdad es que no sé bien por qué no me fui yo. Aún sigo esperando a que me diga por qué actuó con aquella crueldad.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

–Yo también fui culpable, María. Nunca debí dejarme llevar por mis sentimientos de aquella forma tan sin control, sin ni siquiera pensar. Perdí totalmente la razón, y cuando la razón se pierde podría ser que con ella perdamos no sólo nuestra vida, sino nuestro sentido de vivir.

Cogí sus manos entre las mías.

–No te culpes, Marcial. Cuando amamos, no hay barreras que no deseemos saltar ni cielos a los que no queramos llegar.

Durante el resto del día nos dedicamos a ver los sembrados, el ganado y a hablar con los trabajadores.

Al anochecer, ya en casa, desnudaba a mi madre cuando ella besó mis manos.

–¿Qué sería de mí si no estuvieras tú, hija mía? ¿Quién me iba a decir que tú me cuidarías?

–No diga eso, madre. Yo no la cuido, usted se cuida sola. Además, tiene también a mi hermana.

–Mi pobre Soledad, bastante tiene con su marido. Aunque últimamente se la ve muy feliz.

–Claro que sí, madre. Poco a poco todo irá recobrando su tranquilidad.

No quería decirle que ya conocía el secreto que aquel día no quiso contarme. Sólo habría servido para hacerla sufrir más. Tampoco le conté lo que le había dicho a don Alberto, que me iba a casar con Felipe. A ella le bastaba con meterse en la cama y coger su rosario, y era justo que así fuera. Como siempre, puso el crucifijo en mis labios, lo besé y, a continuación, la besé a ella deseándole buenas noches.

En mi dormitorio, abrí la ventana y alcé la mirada al cielo. Las estrellas estaban ocultas por unas nubes oscuras. Luchaban por intentar salir, por dar luz a la noche. ¿Por qué dije a don Alberto que me iba a casar con Felipe? ¿Quizás porque tenía la esperanza de que Felipe me llevaría hacia mi libertad, que podría refugiarme en sus brazos, olvidar a Eva y salir de aquellas malditas tierras?

De pronto, como un misterio, aquellas nubes desaparecieron y las estrellas surgieron de la oscuridad de la noche. Cual cortejo de doncellas, acompañaban a la luna, guardiana de los enamorados. Era como si me mandaran un mensaje que decía: “Lucha, que al final conseguirás hacer realidad tus sueños. Entonces me metí entre las blancas sábanas. No quería pensar más, así que cogí de nuevo aquel cuaderno y me sumergí en la historia de Adela.

Disfrutábamos estando juntas. Nos íbamos de compras, a comer, al cine. Tomás no llamaba. Por la noche, ante nuestras tazas de un delicioso café, y con la Biblia en la mano, leíamos aquellos textos sagrados.

Nuestras interpretaciones no coincidían con las que hacía la Iglesia. Por supuesto, no tenían que ser las nuestras las correctas, pero creo que, dado que éramos personas afectadas por ellas, teníamos derecho a que la Iglesia nos diera una respuesta y, si no lo hacía, nos quedaría el orgullo de que nuestras voces podrían ser oídas por muchas personas que lograrían cambiar sus criterios sobre ello.

Se aproximaba el día del retiro espiritual. Para poder asistir, Mila tuvo que solicitar unos días de vacaciones.

Terminábamos de corregir nuestros escritos con la satisfacción de que el Dios plasmado en aquellos textos era nuestro Dios, cuando sonó el teléfono. Era Leandro.

–¿Qué tal estáis, amigas mías? ¿Cómo van esos textos?

–Por una parte –le respondí–, orgullosas de haber encontrado unas respuestas en estos textos bíblicos que ya esperábamos; y, por otra, tristes y con mucho dolor, al haber comprobado que quizás nuestro Dios no es el mismo Dios de la Iglesia católica.

Se escuchó una carcajada.

–Parece mentira. Lo de tu hija tiene un pase, pero, a tu edad, no haberte dado cuenta de ello... Me alegra mucho, querida, el que yo haya sido quien os haya abierto vuestros hermosos ojos. Os llamaba también para preguntaros si queréis veniros en mi coche o vais en el tuyo.

–Gracias, Leandro, prefiero ir en el mío. Al final no sé si llevaré a Mila. Tengo miedo de que puedan insultarla.

–No creo que se atrevan. Ya he aclarado yo con la organización y también con mis amigos, ya no tuyos –se escuchó otra carcajada–, puntos muy importantes. No olvides que yo estoy en el mismo barco que tu hija. Es muy importante que este tema sea visualizado por todos los medios posibles, y a este retiro acudirán personas de todas partes de España.

–Confío en ti, Leandro. Eres el único amigo que me queda.

–Eso es cierto, Adela. Tú tienes uno en mí y yo tengo otra en ti. Tenemos que estar muy orgullosos de ello. Los amigos ya no existen, y pronto también dejarán de existir hasta los conocidos. Nos veremos a la entrada del pueblecito que hay antes de llegar al monasterio. Te llamaré para quedar a una hora determinada.

Nos encontrábamos ante las puertas de aquel monasterio. Estaba rodeado de inmensos jardines, y se respiraba paz y tranquilidad. Leandro, al ver la expresión de los ojos de Mila, sonrió.

–No te preocupes, Mila, que no va a salir a recibimos la Santa Inquisición.

Ella dibujó en sus labios una sonrisa, pero se la veía preocupada. Nos abrió la puerta un sacerdote, al que no hubiéramos reconocido como tal si no hubiera sido por su alzacuello. Nos llevó a nuestras habitaciones. Mi hija y yo íbamos a compartir la misma.

–Dentro de una hora, en el jardín, se celebrará una misa de bienvenida –nos dijo sonriendo.

El lugar estaba lleno de personas de distintas edades. Miraba, disimuladamente, hacia todas las partes, intentando ver si habían venido Tomás y sus amigos. Mi hija apretó mi brazo.

–Mamá, si me viera Paloma, se moriría de la risa. Yo aquí, a la espera de que se celebre una misa.

–Anda, Mila. Olvídate del sacerdote y piensa sólo en Dios.

En esos momentos se nos acercó Leandro.

–Creí que no llegaba a tiempo.

Acercándose a mi oído, para que no lo oyera mi hija, siguió hablándome.

–Mira hacia tu derecha: acaban de entrar todos tus ex.

Soltó una carcajada, pero preferí no mirar. Después de la celebración de la misa, nos dirigimos al comedor.

–Adela, resérvame un sitio a vuestro lado. Voy a saludar a unos conocidos –dijo sonriendo maliciosamente.

Lo vi dirigirse hacia el grupo donde se encontraba Tomás. Al regresar, su semblante era de preocupación. Sentado al lado de Mila, sin embargo, cambió su expresión, se hizo más alegre.

–Vamos a ver, Mila, qué comida nos han preparado estos monjes.

Cuando mi hija se levantó para ir al lavabo, Leandro confesó sus temores.

–Le he dicho a Tomás que estabais aquí. He tenido la sensación de que no le ha agradado mucho. Me ha dicho que ya habrá tiempo para saludaros.

Sentí entonces una pena infinita por Mila.

–¿Cómo es posible que sea tan cruel, que no tenga el valor de venir a ver a su hija?

–Déjalo, Adela, quizás sea lo mejor.

Nos callamos al ver que ella regresaba. No tuvo que haberse dado cuenta de que su padre estaba allí, porque en la habitación me preguntó por él.

–Quizás al final haya preferido no venir –le mentí–. Anda, demos un repaso a los apuntes. Mañana, después de la presentación, nuestro tema será el primero que se tratará.

A la mañana siguiente fuimos a la sala donde el resto de asistentes se encontraba. Era enorme y estaba llena en su totalidad.

Nosotras nos encontrábamos en una plataforma, sentadas ante una mesa. Esperábamos a que se terminara la presentación de los temas que se tratarían y a que nos dieran entrada a nosotras. Recuerdo que la expresión de los ojos de Mila era entre el temor y la incertidumbre. Entonces llegó nuestro turno. Coloqué el micrófono a la altura de mis labios y comencé hablar.

–Para mí es un placer estar hoy aquí, con todos vosotros –permitidme que os tutee–, en este retiro espiritual, para hablar de un tema tan doloroso y polémico como es la homosexualidad.

Vi cómo se ponían de pie Tomás y el grupo de sus amigos.

–Queremos dejar claro que, aunque respetemos la decisión de los organizadores de este retiro, los que estamos levantados consideramos que este es un tema que, más que tratarse aquí, debería hacerse en la sala de un hospital psiquiátrico –dijo Tomás.

En aquel momento vimos cómo se levantaron unas cuantas personas más. Mi hija se levantó y se dirigió hacia la salida. Leandro la seguía. Iba entonces a seguirles, cuando lo pensé mejor. No lo conseguirían, no iban a silenciarnos.

–No me parece correcto –dije dirigiéndome a mi marido– sus formas de proceder, máxime cuando todos ustedes, con total libertad, y sabiendo el tema que íbamos a tratar,

han decidido asistir a esta reunión. De todas formas, pueden retirarse, si lo desean. Yo hablaré sobre la homosexualidad, ya que estoy viendo que hay más personas sentadas que levantadas.

No dejó de ser curioso que todos aquellos que se habían levantado se habían vuelto a sentar.

–Bien, como les decía, para mí es un gran placer estar aquí ahora, con ustedes. Mi hija, la mujer que se acaba de marchar, tiene una pareja que es otra mujer, Paloma. Las dos se quieren y se adoran, pero ella no ha tenido la suficiente fuerza para quedarse, después de haber oído a su progenitor decir lo que él considera que son los sentimientos de ella –se escuchó un murmullo–. Pero yo sí, yo puedo oír eso y mucho más. Empezaré diciendo que todo lo que a continuación voy a decir son mis consideraciones, mis interpretaciones. No quiere ello decir que estas sean ciertas o no. Eso es algo que se lo dejo a los criterios de ustedes y, por supuesto, a los de la Iglesia, a la que humildemente pido desde aquí que, si considera que estoy totalmente equivocada, me saque de mis posibles errores. Las consideraciones que hace la Iglesia, según mi interpretación, son: la homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante hacia personas del mismo sexo... Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en las Sagradas Escrituras, que los presenta como depravaciones graves (Gen. 19 //Rm. 1-24.27//Co.6.9-10//1 Tm. L.10//), la tradición ha declarado siempre que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados. Son contrarios a la ley natura. Cierran el acto al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual.

¿Cómo puede enjuiciarse y juzgarse algo de lo que permanece en gran medida inexplicado en su origen psíquico? La historia y el día a día nos han demostrado y nos demuestran que hay parejas del mismo sexo que se han amado y se aman.

Depravaciones graves. El Génesis dice que todo un pueblo, jóvenes y ancianos, sin excepción, pidieron a Lot que les entregara a unos hombres. Eran ángeles en forma de hombres que Dios había enviado con el fin de destruir la ciudad.

Yo interpreto que abusar es violar. Habría que considerar, también, ¿cómo era posible que todo un pueblo fuera homosexual? No podría interpretarse que fueran homosexuales, sino que posiblemente fueran heteros llevados por el vicio y la lujuria. Por otra parte, en el Génesis, se nos dice que el clamor que llega contra Sodoma y Gomorra es ciertamente grande y su pecado es en verdad muy grave. No se tipifican los pecados.

Donde sí se tipifican es en Ezequiel (siglo VII antes de Cristo), quien nos dice: “Te juro, dice el señor Dios, que tu hermana Sodoma y sus hijas no fueron tan perversas como tú y tus hijas. Este fue el crimen de Sodoma y Gomorra: soberbia, exceso de comida y pereza, no socorrieron al pobre, al indigente, sino que ensoberbecieron y cometieron abominación ante mí”. La abominación es algo digno de ser condenado, figura en el Deuteronomio(7-25//12-37//13-12//22-5).

Pero considero que, antes de remitirnos a las consideraciones que hace san Pablo, deberemos ver lo que dice Dios en el Levítico (18) –quiero volver aclarar que estas son mis interpretaciones–: “Yo soy Yavé, vuestro Dios, no haréis lo que se hace en la tierra de Egipto [...] Se prohíben las relaciones sexuales entre familiares y entre animales”. Y dice: “No te acostarás con un hombre –se referirá a otro hombre– como se hace con una mujer” Y yo me pregunto: ¿no se referiría Dios a personas del mismo sexo o distinto sexo llevadas por la lujuria y el vicio?

Hecho curioso es que, a diferencia del episodio anterior, Dios consienta las relaciones sexuales entré Abran y Sara, que eran hermanastros. Desde luego motivadas para la procreación. Pero más curioso resulta que permitiera, después de las prohibiciones, las de Tobías y Sara, en las que Tobías le dice: “Me caso con ella no por lujuria, sino por elevados sentimientos”. Tuvieron descendencia. Y consideremos también

que en Egipto había, parece ser, un gran libertinaje en el sexo, probado por las prohibiciones que hace Dios.

Dejé de leer. Estaba agotada. Dirigí mi mirada hacia todos ellos. Había un silencio que nadie se atrevía a romper. Yo sentía un nudo en mi garganta. Al haber verbalizado todos aquellos apuntes que habíamos hecho mi hija y yo era como si hubieran tomado vida propia y entraran en nuestros corazones.

–Muchísimas gracias por haberme escuchado. Gracias, de corazón. Con todo mi respeto, me retiro. Concluiré el próximo día.

Me quedé sentada esperando a que se vaciara la sala. Entonces recordé a mi hija, y no sé por qué sentí cómo mi cuerpo temblaba. Mientras salía de la sala vi a Leandro dirigirse hacia mí.

–Adela –su expresión era de angustia–, cuánto siento no haber podido estar ahí contigo, pero tu hija se ha marchado. Me ha pedido que te diga que la perdones por haberte quedado sola, pero que ella no tiene fuerzas para aguantar todo esto, sobre todo sabiendo lo que su padre siente y piensa sobre los sentimientos que ella posee. Que se ha dado cuenta de que se lo habías ocultado por todo lo que la amas y que, por favor, no abandones, no sólo por ella, también por Paloma y por todos los que sienten como ellas.

Los ojos de Leandro brillaban por unas lágrimas que él impedía fluir libremente. De pronto aparecieron dos guardias civiles acompañados de uno de los sacerdotes. Mi hija había tenido un accidente y había fallecido. Perdí el conocimiento. Cuando lo recobré estaba rodeada de personas que no conocía. Leandro me agarró del brazo y me incorporó.

–Gracias a todos –les dijo–. Soy médico y familiar, me hago responsable de ella.

Pero ya o veía ni escuchaba nada de lo que sucedía a mí alrededor. Sentía un profundo dolor en el pecho y era incapaz de llorar.

Dejé el cuaderno encima de la cama. Estaba confundida. Empezaba a ver cómo la homosexualidad era considerada según los cristales con los que se la miraba. Había algo que subyacía en el fondo, una especie de odio profundo que conseguía que fuera atacada por personas que, al abrigo de la palabra de Dios, habían llevado a los homosexuales a las hogueras del fuego y ahora los llevaban a otras hogueras, intentando destruir sus mentes.

Sentí un escalofrío y me arrullé entre las sábanas. Cerré mis ojos y le supliqué a Dios que abriera las mentes y los corazones a una humanidad cada día más pérdida.

XVI

Como la mayoría de los sábados, decidí ir al pueblo a ver a mi hermana y a Felipe. Los llamé para decírselo. Soledad se puso muy contenta, estaba deseando verme, tenía que darnos una maravillosa noticia. Felipe me echó la bronca cariñosamente por no haber ido antes a verlo; que esta vez no me libraría, que me presentaría a sus padres.

Me miré en el espejo. Me había puesto unos pantalones pegados a mis muslos y una camisa ajustada a mis pechos. Pinté mis ojos haciendo resaltar su profundidad y perfilé mis labios de colores suaves. Mi madre, al verme, no pudo ocultar cierta expresión de orgullo en sus ojos.

–¡Qué hermosa eres, María!

Conduciendo en dirección al pueblo no dejaba de pensar en Felipe. ¿Debería casarme con él?, ¿buscar refugio en sus brazos y en su amor? ¿Olvidaría a Eva? Sabía, por su forma de comportarse, que nunca llegaríamos a estar juntas. Ella nunca se enamoró de mí, sólo se dejó llevar por los momentos. No quería seguir pensando, terminaría por perder la razón.

Llegamos al pueblo y, como siempre, mi hermana y su marido nos esperaban en aquel bar. Nada más entrar en la plaza vi a Felipe, al lado de la fuente. Me sentí orgullosa

de que un chico tan guapo estuviera tan colado por mí. Le sonreí y le hice un gesto con la mano, para que me esperase.

Soledad nos abrazó y colmó de besos. Se la veía exuberante.

–¡Qué alegría veros!

–Nos tienes en ascuas, hermanita. ¿Cuál es esa fantástica noticia?

–Estoy embarazada. Voy a tener un bebé.

No sé por qué, me tensé. Mi madre la abrazo de nuevo.

–¡Hija mía, qué alegría!

–Y tú, María –dijo ella–, ¿no dices nada?

–¡Oh, claro que sí! Enhorabuena, hermanita

–¿Y a mí qué, no me dices nada? Yo, que he sido quien la ha preñado –dijo Crisanto.

No se podía ser más animal. Mi madre le dio un beso y lo felicitó. Yo sólo me atreví a felicitarlo también.

–Disculpadme, he quedado con Felipe.

Al ver que me levantaba de la silla, Felipe vino hacia mi encuentro.

–María, qué guapa... Estás para comerte.

Solté una carcajada. Iba a abrazarme, pero me adelanté y le di un fugaz beso en la cara.

–¡María! –dijo riéndose.

–Por favor Felipe, nos están viendo muchas personas.

–¿Y qué? Que se enteren de que eres mi chica.

Entonces recordé lo que me comentó sobre los rumores que se decían en el pueblo.

–Felipe, ¿siguen aquellas murmuraciones que me comentaste?

Se puso serio.

–No. Alguien tuvo que acallarlas, y no creo que fuera por el alcalde.

Pensé que, dado que afectaban a don Alberto, habría sido él quien lo habría movido. Felipe también ayudaría a ello. Entonces vino a mi pensamiento Manoli.

–Felipe, ¿y Manoli?

Felipe sonrió con cierta desgana.

–De ella prefiero no comentar.

No quise seguir profundizando más. El cogió mi mano. Sus ojos expresaban una gran alegría.

–Anda, vamos. Vas a conocer a mis padres.

A medida que nos acercábamos a su casa, me iba poniendo cada vez más nerviosa. Me daba cuenta de que me estaba dejando llevar. ¿Por qué? A quien yo amaba era a Eva. No podría definir lo que sentía por él.

Entramos en su casa. Los muebles eran de un estilo clásico y debían de ser muy caros. En el salón se encontraban sus padres, quienes se levantaron nada más vernos. Eran muy mayores para tener un hijo tan joven. Felipe era hijo único. La madre resultaba muy atractiva y reflejaba una gran personalidad. Felipe tenía gran parecido con ella. Nos besamos efusivamente.

Tomamos café con pastas. Después de tener una conversación informal, Felipe dijo en tono solemne:

–Bueno, papá, mamá, tenemos que anunciaros una gran noticia: María y yo nos casaremos en cuanto termine mi carrera, que será como vosotros ya sabéis, aproximadamente, dentro de dos años.

Su madre me miró directamente a los ojos. Yo esquivé su mirada. Mi mano temblaba al coger aquella taza de café para quitarle trascendencia a lo que había dicho él. Ella entonces se levantó y, acercándose a mí, me dio un fuerte abrazo.

–Me alegro mucho por vosotros. Ahora eres mi hija política.

Por la expresión de su mirada y la forma de abrazarme, sentí como si me estuviera diciéndome: “Estás mintiendo a mi hijo. Pero eso no es lo peor, lo peor es que te estás mintiendo a ti misma”.

De regreso a casa, mientras conducía, era incapaz de concentrarme.

–María, hija, ¿te ocurre algo?

–No, madre, no se preocupe. Estoy cansada.

Como todas las noches, ayudé a mi madre acostarse. Ya en mi habitación, abrí como tantas veces la ventana. Era como ese huequecito hacia la libertad de las estrellas. Debía enfrentarme a lo que me sucedía, ver mi realidad con la valentía y el coraje que siempre me había caracterizado. Huir nos puede llevar a pozos más terribles y profundos. No sabía por qué, me estaba dejando envolver en una espiral y terminaría pagando un precio que nunca imaginé. Ya no podía seguir pensando más, y cogí aquel cuaderno.

Mi hija fue llevada a mi casa. Mi hermano llegó y nos abrazamos llorando, pero ninguno fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. A continuación, mis padres. Se dirigieron primero al féretro donde yacía mi hija y después se me acercaron. Me dieron un abrazo. Mi madre se retiró sin decirme nada, pero mi padre empezó hablarme.

–Lo sentimos muchísimo, hija, pero...

Lo miré fríamente. Me imaginaba lo que diría a continuación. Se quedó confundido. No dijo nada más. Aun así, permanecieron con nosotros durante unas horas y se marcharon.

Ni Tomás ni sus padres vinieron al velatorio. Se quedaron acompañándome mi hermano y Leandro. Terminé quedándome dormida en el sillón. Leandro me había puesto un tratamiento que me mantenía sedada. Me despertó el beso de mi hermano.

–Buenos días, Adela. Despierta, se aproxima la hora del entierro.

La Iglesia estaba totalmente llena. Me sentía mareada, incapaz de concentrarme en las caras de los que allí estaban. Sí, me di cuenta de que, al fondo, junto a los

confesionarios, se encontraban Tomás y sus padres. Sin embargo, en el cementerio estuvimos solamente mis padres, mi hermano, Leandro y yo.

Nada más terminar de enterrar a mi hija, a la salida mis padres me ofrecieron su ayuda y su calor. Me dieron dos besos y se marcharon. En aquel momento me di cuenta de que entre nosotros se había hecho un profundo abismo.

Antes de montarnos los tres en el coche, Leandro cogió del brazo a mi hermano y le dijo con un tono de cariño:

–No te preocupes por tu hermana. He pensado que se puede quedar a vivir una temporada conmigo. A mí me viene muy bien, me voy encontrando muy solo.

Me fui a vivir con Leandro. No sé lo que me hubiera ocurrido si no hubiera sido por él.

Mis padres me llamaban en contadas ocasiones, para preguntarme cómo me encontraba. De Tomás ni de su familia sabía nada.

Una mañana sonó el teléfono. Era Paloma, se había enterado por mi hermano, que fue personalmente a decirle lo del fallecimiento de mi hija. En mi interior di gracias a mi hermano por semejante detalle. En el fondo, me sentía mal, pues era yo quien debería habérselo dicho, y así se lo conté a ella. Lo comprendía. No pudimos evitar echarnos a llorar las dos. Me contó que vendría a verme, que tenía grandes deseos de conocerme, de conocer a la madre de la mujer que ella había amado y seguiría amando siempre. Aquella conversación trajo cierta paz a mi alma.

Dos semanas después de que enterráramos a mi hija, Leandro llegó una tarde y me dijo:

–Adela, me ha llamado uno de los organizadores del retiro espiritual. Aún no lo han clausurado. Me ha pedido que te diga que, por favor, vayas a terminar lo que tu hija y tú empezasteis. No solamente por ella, sino por ti y por todas las personas que tienen los mismos sentimientos que ella.

Nuevamente me encontraba, como se dice vulgarmente, a los pies de los caballos, pero con la esperanza de que mis palabras fueran esa llave que abriera las mentes y los corazones de los que allí estaban.

El día que estaba prevista mi charla, la sala estaba abarrotada de público. Con gran sorpresa por mi parte, allí se encontraban Tomás y sus amigos. El silencio resultaba profundo y triste.

–De nuevo con vosotros. No voy a contaros en el estado en que me encuentro, porque supongo que vosotros os haréis una idea. Pero estoy aquí también por alguien muy especial: mi amada hija Eva. Sé que ella lo hubiera querido y sé también que ella estará al lado de mi Dios, ayudándome.

Entonces comencé mi exposición:

–Si os parece, retomaremos la charla desde donde la dejamos la vez anterior. Según sostiene el Levítico (18), no te acostarás con hombre –refiriéndose a otro hombre– como se hace en cama de mujer. Si quería condenar las relaciones homosexuales, ¿no habría dicho –y pido perdón a Dios por mi atrevimiento– no te acostarás con hombre como se hace en cama de mujer, por atracción sexual o por amor? ¿Cuál habría sido la respuesta de Dios si dos mujeres o dos hombres le hubieran pedido su bendición por su unión y relación sexual, si hubieran alegado lo que alegó Tobías? ¿No se debería considerar también que en el Deuteronomio, que parece ser que es la culminación del Antiguo Testamento, creo que en sus Maldiciones, no conste que se maldiga a los homosexuales?

Se asegura que cierran el acto sexual a la vida. ¿Se pronuncia Dios en que sólo se tendrían que tener relaciones para la procreación? De ser así, los estériles no podrían relacionarse sexualmente. Recordemos a Abrahán y Sara: ella era estéril, pero se relacionaba sexualmente con Abrahán. Cuando ya muy entrada en años, ya sin ciclo menstrual, le anunciaron que iba a ser madre dijo: “Después de haber envejecido he de conocer el placer...”.

En las cartas de san Pablo a los Corintios, encontramos: “Bien está al hombre no tocar mujer, pero, para evitar fornicación, tenga cada uno a una mujer y cada mujer su marido. El marido dé el débito a su mujer, y lo mismo la mujer al marido. No os privéis el uno del otro si no es de común acuerdo y de cierto tiempo para dedicaros a la oración, después volved de nuevo a lo mismo [...]”. ¿Cómo interpretar estos pasajes? ¿Actos contra natura? ¿Dónde figura en la Biblia que Dios tipificara relaciones sexuales de esta manera?

Acto contra natura sería obligar a una persona a que amara a otra que su propia naturaleza rechazara.

Y, para terminar, san Pablo: “Por tanto, examinaos cada uno vuestra propia conciencia, entonces coma el pan y beba el vino”.

Por su parte, según san Mateo, Jesucristo tomó el pan y lo dio a sus discípulos. Y tomó el cáliz, dio gracias, y se lo dio a beber a todos.

El mismo san Lucas recoge este episodio. Jesús se puso a la mesa con sus discípulos. Luego tomó pan y dijo: “Este es mi cuerpo”. Tras finalizar la cena, Jesús volvió a dirigirse a sus discípulos y les dijo: “Este es mi cáliz. [...] Pero ved que la mano que me entrega está conmigo sobre la mesa”.

Un acto que también encontramos en san Marcos: “Llegó él con los doce y, estando en la mesa comiendo, dijo: “En verdad os digo que uno de los doce que come conmigo en la mesa me entregará”. Y mientras comía, tomó el pan, lo bendijo y lo partió. Tomando el cáliz, dio gracias se lo dio a ellos y bebieron de él todos”.

Según San Juan: “Durante la cena, cuando ya el diablo había metido en el corazón de Judas la traición, echó el agua en un barreño y comenzó a lavar los pies de sus discípulos. Dijo Pedro: “Jamás. Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Después de lavarles los pies, tomó sus vestidos y se puso de nuevo a la mesa: “En verdad que uno de vosotros me entregará”. “Señor, ¿quién es?” “Aquel a quien yo dé un bocado mojado”. Lo

tomó y se lo dio a Judas. Tras el bocado, entró Satanás en él. El señor le dijo: "Lo que tengas que hacer hazlo pronto". Y tomando el bocado salió enseguida, era ya de noche".

¿Dio entonces Jesucristo su cuerpo y su sangre a un pecador que lo recibía sin haberse confesado ni arrepentido, y cuyo pecado ha sido el más grave cometido por ser humano, llevar al Hijo de Dios a la cruz? ¿Podemos, teniendo claridad de que nuestra conciencia está suficientemente capacitada a través de nuestros conocimientos, confesarnos a nosotros mismos? A vosotros sólo me queda daros las gracias desde mi corazón y pedir os que, por favor, analicéis todo lo que he expuesto. Y no ya desde vuestras propias almas, también desde la razón. También diré que no todo lo expuesto e interpretado podría ser lo correcto. De modo que pido a Dios perdón si así fuera, a la Iglesia y a vosotros también. Pero me permito daros un consejo: jamás analicéis ni interpretéis nada que no provenga de las propias fuentes, de las aguas vivas. Gracias, y hasta siempre.

Hubo unos instantes de total silencio, que se rompieron por los aplausos de la mayoría de las personas que se habían puesto de pie.

Después de aquello, retomé mi vida. No de la misma forma como había vivido hasta entonces, puesto que el dolor que sentía por la muerte de mi hija permanecería siempre dentro de mi alma y tendría que aceptarlo y vivir con él. El descubrimiento que ella y yo hicimos sobre las interpretaciones de los textos bíblicos me hizo ver todo desde otros puntos de vista y tener que considerar criterios muy distintos de los que tuve.

Me aparté de la Iglesia, por supuesto. No de mi Dios, a quien adoraba cada día más y le pedía en mis oraciones que nos hiciera ver su verdad.

Observaba cómo iban apareciendo en mi rostro pequeños surcos. Mis ojos expresaban el vacío de mi corazón. Hubo momentos en los que creí perder la razón.

Paloma no vino a verme, creo que nunca tuvo fuerzas para hacerlo. Nos seguimos llamando por teléfono, cosa curiosa, siempre por las Navidades.

Las relaciones con mis padres se fueron deteriorando cada vez más. Con mis suegros no volví a contactar. A Tomás sólo lo había visto en los trámites del divorcio. Un divorcio, la verdad, amistoso.

Leandro y mi hermano eran los pilares donde me apoyaba para seguir viviendo. Mi hermano envejeció mucho a partir de la muerte de Eva. Tuvo la suerte de conocer a una mujer encantadora con la que empezó a convivir, con la que me llevaba muy bien. Solía irme a comer con ellos y a ciertos eventos.

Por su parte, Leandro seguía viniendo a mi casa a comer, a ver alguna película. Me contaba alguna de sus historias con el género masculino, pero sin llegar a nada serio.

Una mañana Tomás me llamo por teléfono. Me extrañó semejante gesto.

–Hola, Adela. ¿Qué tal te encuentras? Tengo algo muy importante que decirte. ¿Comemos juntos?

Iba a darle un no rotundo, pero recordé a mi hija: ella no habría aprobado mi conducta. Quedamos entonces en vernos en uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Me puse un vestido que volvía mi cuerpo muy sensual. Pinté mis ojos y mis labios para estar más atractiva. Quería dar sensación de seguridad.

Al abrir la puerta de aquel restaurante, le vi al fondo. Se levantó al verme. El paso del tiempo lo había vuelto más atractivo. Una barba incipiente de color grisáceo le daba una cierta personalidad. Sonrió con cierta tristeza, al mismo tiempo que extendía su mano para estrechar la mía.

–Un placer verte, Adela. Permíteme que te diga que estás cada vez más hermosa.

Sonreí complacida.

Sentados a la mesa, acudió el camarero, quien nos ofreció la carta. Tomás la dejó encima de la mesa. Pedí una ensalada de la casa, un solomillo con salsa a la miel y un rioja. Tomás dejó su carta y pidió lo mismo que yo. Lo miré extrañada: ¿qué significaba aquel gesto?, ¿tanto había cambiado? Él, que incluso me decía a mí lo que tenía que comer.

Cogió el tenedor y, pinchando la ensalada, antes de entrársela en la boca dijo:

–Enhorabuena, Adela. Me han comentado que estás teniendo mucho éxito con tus charlas. Incluso piensas escribir un libro.

–Gracias, Tomás. Sí, es un proyecto muy deseado. Y, bien, ¿qué es eso que quieres decirme y que es tan importante?

Me miró a los ojos y me dijo:

–Quiero darte las gracias porque en el retiro espiritual me hiciste ver que, para llegar al conocimiento real de las cosas, debemos ir a sus fuentes, a sus aguas vivas. Sin embargo, nos dejamos llevar por intermediarios, que a su vez se dejaron llevar por otros intermediarios.

Intentó coger mi mano que tenía sobre la mesa, pero yo la retiré.

–Me he apartado de la Iglesia. Creo que su Dios no es mi Dios. No te voy a decir cómo me he sentido y cómo me siento después de la muerte de nuestra hija.

Lo miré con frialdad.

–Perdóname, Adela, si te estoy hiriendo, pero, por Dios, no me juzgues...

Corté sus palabras.

–Yo no juzgo, no soy quién. Tampoco tengo derecho a hacerlo.

–Lo siento. Sé que no tengo derecho a decirte estas cosas y que te estoy haciendo daño. Por favor, trata de comprenderme. Siempre actué con los principios y normas que me habían inculcado en mi familia y siempre pensé que eran los correctos y lo mejor para mi familia.

Lo miré y le dije con sequedad:

–¿No crees que fuiste un egoísta, egocéntrico y prepotente? Incapaz de dejar libertad a las personas que te amaban. No pensaste que ellas también consideraban que lo que ellas hacían y sentían podría ser lo correcto.

Por unos instantes se quedó con la mirada pérdida.

–Ahora..., ahora si lo veo Adela, antes no lo vi. No me preguntes el porqué, no sabría decírtelo.

Sus ojos reflejaban una gran tristeza. Brillaban por unas lágrimas que él intentaba sujetar. Se hizo un doloroso silencio mientras terminábamos de comer.

Ya en los postres me dijo:

–Me voy a África, con una oenegé. Para ayudar a los niños que tienen sida.

Me quedé helada. ¡Con lo insolidario y sibarita que había sido siempre! Sentí un escalofrío.

Una vez escuché a una buena amiga mía decir: “Siempre hay que ponerse en la otra orilla... El profesor, en la del alumno, y el alumno, en la del profesor... Intentaba ponerme en la orilla de Tomás.

Terminamos aquellos postres en silencio. Después de que Tomás pagara la cuenta, salimos a la calle. Allí se acercó y besó mis labios fugazmente.

–Perdóname, no he podido evitarlo. Si algún día me necesitas, aunque sé que no lo harás, llámame. Nunca te olvidaré, amor mío. Hasta siempre.

No me dio tiempo a decirle nada, se giró y se marchó. Le vi alejarse. Ya en mi casa no pude evitar que las lágrimas fluyeran de mis ojos. ¿Somos inocentes o culpables? ¿Nos movemos desde nuestras raíces ocultas por el agua viva con la que nos riegan los demás?

Después de aquel encuentro con Tomás, el tiempo fue deslizándose cada vez más rápido. Nunca lo llamé. Murieron mis padres y murieron sus padres, pero Tomás no vino a ninguno de los entierros. Las noticias que me llegaban sobre él era que estaba haciendo una gran labor con los niños africanos.

De nuevo, cogí el portarretratos con la foto de Mila y la besé mientras decía: “Mi querida y amada hija, pronto volveremos a estar juntas”.

Dejé aquel cuaderno encima de la mesilla. Tras haber terminado aquella conmovedora y dramática historia, me daba cuenta de que yo dejaba algo de mi vida en ella. Sentía un dolor y una pena infinitos en mi corazón. Todo lo que en la historia de Adela había sucedido estaba pasando en mi propia vida.

No importa la planta, si importa el lugar, la tierra, el agua que las riega, el sol que las calienta y la luz que ilumina sus noches.

Importa tus raíces, importa donde nazcas, donde te crieres, como te aman, como alimentan tu corazón, tu alma y tus conocimientos.

Pensé en la responsabilidad de la Iglesia ante el mundo. Me daba cuenta de que un odio muy profundo yacía en el interior de ciertas personas hacia la homosexualidad. ¿Por qué? En ciertas épocas la Iglesia llevó a los homosexuales a las hogueras. ¿Sus únicos motivos eran creer que cumplían los mandatos de Dios?

XVII

Me desperté con dolor de cabeza y un gran cansancio. La historia de Adela hacía temblar mi cuerpo. Me había dado una gran enseñanza: saber que las interpretaciones que hacía la Iglesia sobre la homosexualidad, basadas en los textos bíblicos, podían ser interpretadas de otra manera; la de comprender que nadie es quién para juzgar a nadie, y mucho menos si no conoces sus raíces ni los entornos familiares y sociales en los que ha sido criado y educado.

No quería seguir pensando más y me dirigí a la cocina. Mi madre me estaba preparando el desayuno. Le di un beso.

–Buenos días, María. ¿Has dormido bien? Tienes cara de cansancio.

–Es que me duele la cabeza, pero se me pasará.

Estaba desayunando, y no tenía deseos ningunos de irme a trabajar.

–María, ¿por qué no vas a ver a tu hermana? Me da el palpito de que nos está ocultando algo.

Qué instinto tenía. Yo también pensaba lo mismo, pero mentí para no preocuparla.

–Vamos, madre, son imaginaciones tuyas. No se preocupe. Iré a verla para que se quede tranquila. Terminé de desayunar y me despedí de ella dándole un beso.

Cuando llegué al cortijo, me dirigí hacia una parte de aquella enorme casa, habilitada como habitaciones para los empleados, y donde se encontraba el despacho que utilizábamos Marcial y yo para recibir a los trabajadores.

Como siempre, Marcial me esperaba en la puerta.

–Buenos días. Parece mentira, Marcial. Tienes llave, deberías esperarme dentro.

–Buenos días, María. Me agobian los despachos.

Acomodados los dos en el despacho, nuestra conversación fluía como de costumbre. Sentía ganas de hablar del cuaderno de Adela.

–Gracias de corazón, Marcial, por haberme hecho ver a través de la historia de Adela lo que es realmente la vida. Aunque tengo que reconocerte que, mientras la leía, supe cuál es mi verdad. Lo que todavía no sé es cómo vivirla.

–Mi querida María, creo que todos nosotros estábamos abocados a luchar por lo que sentimos, pero la fuerza del destino nos impide hacerlo. Quédate con el cuaderno. Léelo cuando te encuentres perdida. Cada vez que lo hagas encontrarás nuevas aguas donde saciar tu sed.

–Marcial..., yo... Eres muy generoso. Hay una cosa que quería preguntarte: ¿tú sabes por qué Adela nunca puso nombre a su hermano?

–Quizás –contestó– porque él lo quiso de esa manera.

Al mirar sus ojos, lo único que vi es el brillo de unas lágrimas que pujaban por fluir. Nos quedamos por unos instantes en silencio. Comprendí que no debía profundizar más.

–Bueno, Marcial –le dije intentando restar importancia a nuestras palabras previas–, quería pedirte que te hicieras cargo durante unas horas del trabajo. Quiero ir a visitar a mi hermana.

–No te preocupes –me respondió–. Hoy no hay previstas cosas importantes. Tómate todo el día si quieres.

Mientras conducía el coche iba pensando en Soledad. No podía evitar tener la duda de que el hijo que llevaba en su vientre pudiera ser de aquel sinvergüenza, de Miguel. Llamé a la puerta de su casa y salió muy sonriente a recibirme. Me dio, como siempre, un abrazo y muchos besos.

–¡Qué alegría, hermanita! Entra, estoy sola.

Sentadas, y ante unas tazas de café, cogió mis manos. Su mirada era directa.

–No me juzgues por lo que te voy a contar, María.

Recordé entonces las palabras de Adela.

–Soledad, yo no soy quién para juzgar a nadie, y mucho menos a una hermana.

–El hijo que llevo dentro de mi vientre no es de Crisanto, es del hombre al que amo más que a mi propia vida: Miguel.

No me importaba que la criatura no fuera de Crisanto, pero que pudiera ser de aquel personaje, para mí tan oscuro y siniestro, me producía una sensación extraña, de miedo. Aunque no tuve el valor de decírselo a ella.

–Dime, María, ¿debería sentirme culpable y pecadora?

–No sé cómo lo considerará Dios, que es lo que verdaderamente nos debería importar. De la Iglesia, a mí me da igual lo que pueda considerar, yo ya no creo en ella. No debes de sentirte culpable, tu padre te obligó a casarte con un hombre al que no amabas. Suele suceder que hay veces en que la vida sigue su curso y no encuentras a esa persona que verdaderamente era la que tú deseabas, la que estaba en tus sueños. Entonces, tu vida seguirá igual. Lo doloroso viene cuando esa persona se cruza en tu camino. ¿Fue padre culpable? Él se limitó a cumplir sus tradiciones.

Mientras hablaba con mi hermana tomaba conciencia de que quien hizo de padre para mí y fue el verdadero padre de mis hermanos podía tener motivos justificados para actuar como lo hizo. Posiblemente, todos podríamos tener motivos para justificar nuestras

acciones y no ser culpables de ellas, sobre todo si estaban motivadas por tradiciones familiares. Mi hermana me sacó de mis pensamientos.

–Tus palabras me han hecho mucho bien, María. Quiero divorciarme. No tengo el alma en paz. Miguel me dice que espere a que nazca el bebé. Tiene miedo a la reacción de Crisanto y de su padre.

¿Miedo?, pensé yo. Si él es el mismísimo diablo...

–No te precipites, Soledad. Y no por las posibles reacciones de Crisanto o de su familia, sino por las consecuencias que pudiera, sobrevenirnos a ti y a lo que llevas en tu vientre.

De regreso a la finca, sentía pena por mi hermana. Yo también tenía otro palpito: el de que mi hermana jamás se casaría con aquel hombre.

Encontré a Marcial hablando con un grupo de trabajadores. Me saludaron respetuosamente, y aquello me hacía sentir más segura.

–¿Qué ocurre, Marcial?

–Hablábamos de cosechar o no el trigo. Auguran fuertes lluvias para los próximos días.

Miré a uno de aquellos trabajadores, Bonifacio. Era nuestro hombre del tiempo. Él no necesitaba libros. La propia naturaleza era su maestra.

–Y tú, Bonifacio, ¿qué dices?

–Yo, señorita Eva, con todos mis respetos, digo que podíamos esperar unos días más.

–Entonces, hagamos caso de Bonifacio y esperemos –dije sonriendo al ver su cara de satisfacción por haberle dado la razón.

El tiempo seguía deslizándose. Mi madre se iba consumiendo poco a poco. Más de una vez la vi cosiendo pantalones de mi hermano. Yo también lo añoraba. Ni siquiera consideraba ya lo que vi aquella noche en la pérgola o los motivos de su muerte. Y por el que fue mi padre lo único que sentía era lástima.

Nació el bebé de Soledad, un niño, gracias a Dios, fiel reflejo de ella. Aquel niño vino a darnos, sobre todo a mi madre, una inyección de alegría y de esperanza. Todos los sábados ella me pedía que la llevara a ver a su nieto.

Me sentía cada vez más enterrada en aquellas tierras. Las cartas de Felipe me llegaban a diario. En ellas me decía cuánto me echaba de menos y cuánto me amaba. Por otra parte, el recuerdo de Eva me acompañaba hasta en mis sueños.

Una tarde me llamó don Alberto. Ahora ya me recibía en el salón.

–Siéntate, María –me dijo cariñosamente–. ¿Quieres tomar algo?

–No, gracias, don Alberto.

Él sonrió ante mis formas tan protocolarias.

–Me siento muy orgulloso de ti, de cómo estas llevando esta finca.

Le corté.

–No olvide que Marcial me ayuda a ello.

–Sí, María, eso lo sé. Pero quiero que empieces a llevarte unos beneficios en todo lo que concierne a la finca.

–Gracias, no es necesario. Considero que con mi sueldo estoy muy bien pagada.

–No seas orgullosa, chiquilla Por favor, hija, deseo que esto sea así. Además, tú eres, junto con Eva, heredera de todo lo que poseo.

A pesar de sentir una dulce sensación al oírle nombrar a Eva, lo miré fríamente. Aunque no podía contradecirle, al fin al cabo yo era su verdadera hija.

–De acuerdo, don Alberto, pero considere que Marcial tiene también derecho a parte de esos beneficios. Él hace una gran labor.

–No te preocupes, María, ya he pensado en él. Tengo que decirte que Eva me ha llamado. Por lo visto, tiene pareja, uno de los profesores que se fue con ella a Inglaterra, piensan irse un tiempo a Estados Unidos. Me ha confirmado que ella jamás se hará cargo de estas tierras.

Sentí como si golpearan mi corazón. Por la expresión de su cara tuvo que darse cuenta de mi dolor. Por unos momentos, sus ojos reflejaron sorpresa, pero no dijo nada.

–Bien, don Alberto –dije intentando recuperar el aplomo–, hay mucho trabajo. Si no quiere nada más, me marcho.

–Gracias, María. Ya seguiremos hablando.

Salía de aquella habitación con la certeza de que Eva jamás regresaría para quedarse. Ella ya había hecho su proyecto de vida. No sabría definir lo que sentía en mi interior, a pesar de que yo había pensado en casarme con Felipe, lo cierto era que no lo había vuelto a pensar. Me casaría con él. Felipe me daría el amor y la libertad que yo tanto anhelaba. Qué equivocada estaba.

Le dije a Marcial la conversación que habíamos mantenido don Alberto y yo. No le quise decir la decisión que había tomado, no tenía fuerzas para debatirla con él. Marcial no dio mucha importancia a lo de recibir beneficios.

Nada más llegar a casa, como queriéndome ratificar en lo que había decidido, le dije a mi madre que me casaría con Felipe. Me abrazó.

–Me alegro mucho por ti, hija mía –su semblante se entristeció–, aunque sé que todo cambiará.

–No se preocupe, madre, usted se vendrá a vivir conmigo.

–No, María, yo sólo serviría de estorbo. Tú debes de llevarme a un asilo.

–Nunca me estorbará, y jamás la llevaré a un asilo.

Observaba que Marcial me estaba mirando mientras hablaba con los trabajadores para programar el trabajo. Tenía que haberse dado cuenta de que *algo* en mí había cambiado. Estaba más sería. Era como si me hubiera hecho más madura.

–¿Qué te ocurre María? Percibo que me estás ocultando alguna cosa –me preguntó, ya solos.

Le sonreí.

–No –lo pensé, no tenía derecho a mentirle–... Bueno, he tomado la decisión de casarme con Felipe.

–¿Por qué te casas con él, María?

Me sorprendió su pregunta.

–¿Cómo que por qué me caso con él?

–Sí, María y no quieras ganar tiempo. Si algo te ha caracterizado siempre ha sido tu sinceridad. Cuando tomas una decisión tan importante que hará cambiar tu vida, tienes que estar muy segura de los motivos por los que la has tomado.

Tenía razón y además odiaba la mentira.

–Creo que es lo mejor para mí.

–Eso no es motivo que la justifique. ¿Tú quieres a Felipe?

Me quedé en silencio.

–María –insistió–, ¿estás enamorada de ese muchacho?

–No sé lo que siento por él, Marcial.

–Pero sí sabes lo que sientes por mi hija.

Me derrumbé y dejé mis lágrimas fluir.

–Perdóname, perdóname –dijo quitando mis manos de mi cara–. No quiero causarte más dolor, pero creo que tu decisión te podría meter en pozos más profundos.

Sequé mis lágrimas.

–Ella jamás volverá para quedarse.

–Sí, María, pero las heridas del corazón deben cerrarse para que éste quedé sanado y pueda amar de nuevo.

Me recuperé intentando adquirir cierta frialdad.

–Podría ser cierto, Marcial, pero también se dice que un clavo quita otro clavo. Felipe será para mí esa luz que alumbrará mi oscuridad y que hará desaparecer mis demonios.

El cogió mis manos.

–Sí, chiquilla. También es cierto que hay personas que se han casado sin amar a sus parejas y al final han llegado a amarlas, como también personas que se han casado amándolas y al final dejaron de amarlas.

Tras la conversación con Marcial, empleaba gran parte de mi tiempo fijar mis pensamientos en Felipe. Él me llevaría en sus brazos a mis metas, a escribir mis poemas, a editar mis escritos. Me daría su amor. Tal vez estudiaría en la universidad a distancia. Pero sin darme cuenta me introducía en el mundo de los sueños, con las ilusiones y esperanzas de hacerlos realidad.

Don Alberto se quedó sorprendido cuando le dije que se acercaba el momento de casarme con Felipe.

–Pensaba que lo habías olvidado, que era un capricho. ¿Has pensado que será de la finca si tú te marchas?

Me indigné por su egoísmo y le dije con cierto sarcasmo.

–Y usted, ¿ha pensado en mi felicidad?

Por unos instantes se quedó confundido y en silencio.

–Tienes razón, hija. Ante todo, tu felicidad. Cuenta con mi ayuda, María, para todo lo que necesitas, para todo. Te lo pido por Dios.

–Gracias. –No quise llamarle don Alberto, pero tampoco quería decirle *padre*–. Marcial y yo pensamos buscar unos nuevos guardeses para que se hagan cargo de la finca.

–Te lo agradezco, María. No quiero ofenderte, pero me gustaría que aceptaras un cheque. No ya sólo porque te lo mereces por tu trabajo, sino porque, aunque tú no quieras aceptarlo, eres mi hija.

Lo miré con cierta ironía. Tuve deseos de decirle que ahora, en el crepúsculo de su vida, me consideraba su hija. Al mirar sus ojos, sentí pena, quizás porque mi sangre me llamaba a ello, al fin y al cabo era mi padre.

Abrió el cajón de su mesa y, sacando su chequera, rellenoó uno de los cheques y me lo extendió.

–Por favor, hija. Acéptalo.

Por unos instantes dudé en cogerlo. No quería hacerle más daño y lo tomé con cierto temor.

–Espero no causarle problemas con doña Virginia.

–Tranquila, María. La señora Virginia ha caído en una especie de demencia senil desde que murió nuestro hijo y no toma conciencia de nada de lo que le rodea. También creo que tengo derecho a dar a mi hija lo que yo quiera darle, máxime cuando Eva está recibiendo más que tú.

No quise pronunciarme más.

–Si no tiene nada más que decirme, vuelvo al trabajo. Me está esperando Marcial.

–No, María. Por supuesto que puedes irte. Sé que no tengo derecho ni siquiera a llamarte hija, aunque yo siempre procuré que no te faltara de nada y mis deseos fueron que hubieras ido a la universidad. No quiero profundizar más en las heridas. Espero que algún día puedas perdonarme y considerarme como lo que soy, tu padre.

Preferí no seguir ahondando más, y salí de aquella habitación. Quedé algo perpleja al ver la cuantiosa suma que figuraba en aquel cheque.

Dado que mi madre estaba con el luto y mi hermana debía cuidar de su bebé, me encontraba sola para los preparativos de mi boda. La madre de Felipe se ofreció para ayudarme y vino conmigo a la ciudad para comprarme ropa y todo lo que conllevaba el ajuar.

Lo que más ilusión me hizo fue el traje de novia. Después de probarme unos cuantos, al final me decidí por uno muy sencillo. No pudo evitar la madre de mi prometido que sus ojos reflejaran la admiración que sentía.

—María, ahora comprendo que la persona es la que hace bonito al traje.

Ella intentaba ser cariñosa, intuía que lo hacía por amor hacía su hijo. Percibía que en el fondo albergaba un cierto sentimiento de rechazo hacía mí. Y tenía razón: yo no era capaz de arrancarme del todo la imagen de Eva. Había veces en que, en el silencio de las noches, su recuerdo desgarraba mi corazón.

Empecé a llenar todos mis espacios. Comencé de nuevo a leer la historia de Adela. Quería encontrar nuevas respuestas. Yo me resistía a tener que desplazarme a Madrid, así que Felipe tuvo que encargarse de amueblar el piso. Tenía tal ilusión que no le importaba.

Tuvimos una gran suerte al encontrar un matrimonio joven que se encargara de la finca como guardeses. Él había trabajado como jornalero en la finca tiempo atrás, y destacó su seriedad y lo trabajador que era.

Marcial parecía envejecer más aprisa de lo normal. No me volvió a decir nada sobre mi boda y evitaba que yo hiciera cualquier comentario, pero yo ya no podía soportar seguir estando enterrada en aquellas tierras y prisionera del recuerdo de Eva.

Pasaron los meses y se aproximaba el gran día. Mi hermana se había ofrecido a romper la tradición y llevarme del brazo. Pero una de las mañanas previas me encontraba en compañía de don Alberto viendo las cosechas y los árboles frutales cuando, sin darnos cuenta, llegamos a la pequeña loma. Sentí entonces sobrecogerse mi corazón. No podía controlar mis recuerdos.

Don Alberto se arrodilló ante aquella planta florecida, donde estaban enterradas las cenizas de Adolfo. Recordé a mi madre, cuando la llevaba al cementerio a ver los nichos de mi padre y de mi hermano. Ese día apenas comía y se lo pasaba rezando el rosario. Sin embargo, yo sentía un dolor bañado en la tranquilidad de que ya habían descansado. No pude evitar recordar que fue allí donde Eva y yo hicimos el amor por primera vez.

Don Alberto se incorporó. Me fijé en los profundos surcos de su cara, y no sé cómo surgieron de mi interior aquellas palabras.

—¿Quiere ser mi padrino, padre?

Por unos instantes, pareció tambalearse. Se acercó a mí y me abrazó. Sentía temblar su cuerpo por los sollozos.

Tras entrar en la casa, vi que mi madre se encontraba en su lugar preferido, la cocina.

—Madre, Soledad ya no va a ser mi madrina.

Me miró con expresión de interrogación.

—Será mi padre.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa, y de su boca salió una especie de apagado grito.

Me abrazó.

—Dios te bendiga. Y que Él sepa perdonarme, y tú también, hija mía.

La apreté contra mi pecho.

—Él la habrá ya perdonado, madre. Yo no tengo nada que perdonarle

XXI

Llegó para mí ese momento de dar un paso a un futuro lleno de ilusiones, dejando atrás un doloroso pasado y un triste presente. Por la forma en que me miraban, tenía que ir guapa con aquel vestido blanco y el ramo de flores entres mis manos. Se escuchaba un murmullo seco a mi paso. Y no sólo sería por eso, sino por mi padrino, mi padre, que,

elegantemente vestido, con la cabeza muy alta y una expresión de orgullo en sus ojos, me llevaba del brazo hacia la Iglesia.

Mi madre, elegante, discreta, al lado de mi hermana, que estaba preciosa, y de mi sobrino, muy lindo. Junto al altar, esperándome, estaba Felipe, guapísimo, con su madre, que demostraba su elegancia y su atractivo. Los ojos de él rebosaban la alegría que sentía. Los de su madre no tenían la misma expresión que los de su hijo.

Al estar allí, de rodillas, en el altar, y delante del sacerdote, no pude evitar recordar lo que la Iglesia decía sobre la homosexualidad ni las preguntas que él me hizo al confesarme. Yo le dije que no había creído ver en la Biblia que Jesucristo preguntara por los pecados, él los perdonaba. Al final decidió absolverme, sin habérselos dicho.

Sentí una revolución interior y unos deseos terribles de levantarme, marcharme y decir que no me uniría en matrimonio. Que viviría en pareja. No sé por qué mi mirada se dirigió hacia la imagen de Jesús en la Cruz. Entendí su mensaje: yo sólo tenía que verlo a él, pensar en él y comprender cómo dio su vida por redimir nuestros pecados, sin tener en cuenta ni el sitio ni el lugar donde se hallara.

Todo resulto maravilloso. No hubo ningún contratiempo desafortunado. Cuando nos despedíamos de nuestras familias, mi padre me abrazó y me dijo.

–Gracias, hija mía, por haber sido tan generosa y haberme hecho partícipe de un día tan importante para ti, por concederme el lugar que no me merezco –sus ojos estaban brillantes por las lágrimas–. Para mí ha sido uno de los días más felices de mi vida. No te olvides de mí, María, ni te olvides de que eres también una de mis herederas.

Preferí no pensar, no recordar.

Marcial no me dijo nada. Cuando me abrazaba sentí como si en aquel abrazo intentase darme toda la energía que le quedaba.

Mi madre se quedaría con mi hermana hasta que yo regresara de la luna de miel. Soledad me abrazó y me besó, haciendo que me besara también su marido.

–No te preocupes por madre –me dijo sonriendo–. Ella estará bien con nosotros.

Mientras me despedía de ella y la abrazaba, sentí un escalofrío. Una infinita pena me embargó. Era como si presintiera que nunca volvería a verla.

XXII

Felipe bromeaba mientras conducía el coche en dirección a una ciudad de las costas andaluzas. Yo había visto el mar sólo en documentales y películas.

–No te rías –le decía yo–. ¿Dime qué sentiste cuándo viste el mar por primera vez?

Soltó una carcajada.

–Lo vi cuando era un niño. Lo único que recuerdo es la ilusión de bañarme en aquellas inmensas aguas.

Entrábamos en la ciudad. Me miró mientras aspiraba por la nariz el aire que entraba por la ventanilla del coche.

–¿No te llega un olor especial? –me preguntó.

–Sí –le contesté–. Es una mezcla de plantas, peces y sal.

Aparcó en una de aquellas calles. Cogió mi mano y corrimos en dirección a la playa.

De pronto, apareció ante nosotros el mar en toda su plenitud. Me quedé paralizada y empecé andar lentamente. Mis ojos no abarcaban aquella inmensidad de arenas y aguas. Unas aguas azules, fiel reflejo de unos cielos con pinceladas de nubes blancas.

El sol a lo lejos expandía, como una aureola de fuego, sus rayos, como intentando aprisionar aquellas aguas, penetrándolas como amante celoso.

–Vámonos, María –me dijo Felipe sacándome de mis pensamientos–. Vayamos al hotel a ponernos nuestros bañadores.

Cuando llegamos, me quedé sorprendida ante aquella enorme edificación. El vestíbulo era precioso, todo lleno de espejos y flores. La habitación, con todo lujo de detalles. En una pequeña mesa nos esperaba una botella de champán con dos copas y

una nota en que nos daba la enhorabuena. Felipe descorchó la botella y llenó las copas. Brindamos entre risas.

Se acercó y me besó mientras intentaba desabrocharme la camisa. Yo me retiré avergonzada.

–Vamos, María, soy tu marido –dijo sonriendo.

–Felipe, dame tiempo, me da mucha vergüenza.

Él entonces me echó sobre la cama suavemente.

–María, amor mío, déjame hacer a mí.

No podía evitar mirar sus ojos, cuya expresión era de un ardiente deseo. Sentía como me embargaban sensaciones que no eran de deseo físico. Cerré mis ojos para prepararme para lo que vendría. Me di cuenta de que no podía penetrarme. Se apartó, gotas de sudor resbalaban por su cara.

–No sé lo que me ocurre. No tengo erección –dijo sin mirarme.

–Lo siento, a lo mejor soy yo la culpable –respondí, pero no me respondió.

Empecé acariciarle, a besarle. Me encontraba con el deber de satisfacer sexualmente a mi marido. Sintiéndolo en mi corazón, me imaginé que lo que tocaba y acariciaba era el cuerpo de Eva, y el deseo se apoderó de mí y así se lo transmití a él. Su cuerpo empezó a temblar y su boca buscaba desesperadamente la mía. Intentó penetrarme de nuevo, pero no lo consiguió.

Lo que tendría que haber sido unos días maravillosos empezó a convertirse en unos días trágicos. Felipe seguía sin tener erecciones, no era capaz de penetrarme. Una mañana, desesperado, decidió hacerlo con sus dedos. Dejé volar mi imaginación y pensé que era Eva quien lo hacía. Aquello propiciaba que yo estuviera satisfecha sexualmente.

Jamás pensé que nuestras relaciones sexuales se iban a producir de esa manera.

Felipe entonces comenzó a irritarse por todo, a tratarme de una forma despótica. Yo me encontraba en un callejón sin salida. Me parecía estar viviendo un tenebroso

sueño. Tampoco comprendía cómo podía estar soportando aquel trato y aquella situación. ¿Me consideraba yo culpable?

Aquella mañana, todavía acostada, noté el nerviosismo de sus palabras.

–Nos marchamos –dijo en tono muy brusco–. Para lo que hacemos aquí, mejor estamos en casa.

Iba a preguntarle si mi opinión no contaba cuando sonó el teléfono. Era mi hermana: mi madre había fallecido mientras dormía, de un ictus. Sentí una especie de vértigo y me senté en la cama. Felipe me abrazó. Por primera vez sentí, en aquellos días de nuestra llamada luna de miel, un rasgo de cariño por parte de él.

–Lo siento, María, quédate con la satisfacción de que no ha sufrido.

Durante el trayecto hacia el pueblo no nos dijimos ni una palabra, cada uno de nosotros íbamos embargados en nuestros propios pensamientos. ¿Había sido yo culpable de la muerte de mi madre, por haber sido una egoísta y pensar sólo en mí, queriendo arrancarla de aquellas tierras sabiendo lo que ella las amaba? Aquellos pensamientos me perseguirían el resto de mi vida.

Cuando llegamos, nos dirigimos directamente a la casa de Felipe. Sus padres se alegraron mucho de vernos, aunque estaban muy apesadumbrados por la muerte de mi madre. Fuimos a casa de mi hermana, quien nada más verme entrar se abrazó a mí llorando.

–María, María, no hemos podido hacer nada...

–Por Dios, Soledad, no te sientas culpable. Lo que le ha pasado a nuestra madre no tenía remedio.

Ver a mi madre metida en aquel ataúd y observar la expresión de paz y tranquilidad de su cara, como si estuviera dormida plácidamente, hizo que sintiera un dolor profundo. Era incapaz de llorar.

Me dejaron sola, así que me senté al lado del féretro. Miraba a mi madre. Se iba de este mundo sin saber lo que había ocurrido entre mi verdadero padre y ella, pensaba.

Sentí que tocaban mi hombro. Era mi padre. En nuestro abrazo, sentí por primera vez el calor de un padre.

–Hija mía, cuánto lo siento. No la culpes, María, ella fue sólo una víctima más de este cruel mundo. Pagó su pecado, pero Dios la bendijo con lo más maravilloso, bueno y hermoso que la vida nos dio a los dos: tú, hija mía.

XXIII

En el entierro de mi madre estuvieron todos los trabajadores de la finca y vecinos del pueblo.

Al encontrarme con Marcial, observé lo que había envejecido y sentí una gran pena.

–Marcial, amigo mío –le dije abrazándolo.

–Mi pequeña niña. Puedo ver en tus ojos que tu dolor y tu pena no son sólo por la muerte de tu madre.

Sonreí. Cómo me conocía. Me parecía estar viviendo un tenebroso sueño. Al meter el ataúd donde yacía mi madre, en aquel lúgubre agujero, tomé conciencia de que jamás volvería a besarla, a desnudar su menudo cuerpo... A verla. Pero me quedaba el consuelo de guardar su querido rosario. Yo quise enterrarla con él, pero mi hermana me sostenía que una tarde, como si presintiera su muerte, le pidió que me lo entregara en caso de que ella faltase y en su memoria besara todas las noches su crucifijo.

Al tiempo que me despedía de Soledad, intuía, por la expresión de sus ojos y su comportamiento, que el sufrimiento que demostraba sentir no era sólo por el fallecimiento de nuestra madre.

–Soledad, tú me estas ocultando alguna cosa.

Sonrió.

–Ya hablaremos, hermanita. Ahora no creo que sea un buen momento.

Mientras ella se alejaba, mi padre me abrazó por la espalda.

–Hija, no te olvides de tu padre, de la finca, de estas tierras...

Nunca olvidaría las palabras de Marcial cuando me despedí de él dándole un beso y un abrazo.

–Mi pequeña María. No te dejes vencer por nada ni por nadie. Recuerda tu coraje, tu valentía, lo salvaje que eras. Siempre tan llena de fuerza, de vida. Lucha por tus sueños y no te rindas jamás. Tu tributo por la felicidad ya se lo has pagado a Dios

XXIV

Al día siguiente de enterrar a mi madre nos marchamos a Madrid. Felipe puso la disculpa de que no podía dejar por más tiempo la farmacia sola con el auxiliar.

Montados en el coche, conectó la radio. Parecía así que daba por zanjada cualquier tipo de conversación. En aquel frío silencio, no podía evitar que me invadiera el desánimo, incluso el miedo. ¿Dónde estaba ese Felipe que me esperaba los sábados en la plaza del pueblo? ¿Puede darse en una persona semejante cambio? Debía de ser muy frustrante y doloroso lo que le estaba ocurriendo, pero pensaba que un matrimonio debe confiarse sus miedos, sus angustias y dudas,

Sin ser realmente consciente, empezaba a hundirme en ese profundo pozo de los sentimientos de la culpabilidad, lo que me llevaba a aceptar lo que me estaba ocurriendo. Cerré mis ojos y, con la esperanza de que todo se fuera solucionando, me quedé dormida.

–María –sentí que movían suavemente mi brazo—. Despierta. Ya hemos llegado.

Cuando me bajé del coche observé, por las edificaciones que nos rodeaban, que aquel debería de ser una de las barriadas más importantes de Madrid. Cuando entré en el piso quedé sorprendida por la forma de su decoración, tan moderna y acogedora.

En el dormitorio, encima de la cómoda, estaba colocado un jarrón precioso de cristal repleto de flores. Por primera vez me sentí ilusionada y agradecida hacia él.

–Felipe, está todo muy bonito y acogedor.

Él se apartó de mi lado.

–Sólo faltaría que, después de que no has hecho nada, no te hubiera gustado.

Sus palabras me dolieron profundamente, y no sólo por el significado, también por la forma en que las había pronunciado.

–Mientras deshaces el equipaje, me voy acercar a la farmacia.

No le dije nada. Tras sentir cómo la puerta se cerraba, tomé conciencia de mi soledad.

XXV

Felipe estaba cada vez más amargado. Se negaba a visitar a un médico. Me culpaba a mí de su situación, hecho que empezaba ya aceptar. Cuando llegaba del trabajo, se encerraba en una habitación que tenía como despacho y se pasaba allí las horas. Sólo salía del piso para ir a trabajar o para llevarme a las grandes superficies a comprar alimentos o ropa.

Era curioso que, a pesar de tener todo el tiempo del mundo, no fluyera en mí la inspiración para escribir mis poemas. Me sentía prisionera entre aquellas paredes, y sucedió lo que nunca pensé que iba ocurrir: echar de menos aquellas tierras que tanto odié. Por aquel entonces, mi sobrino cogió una meningitis y no pude ir a verle. Felipe se negó a llevarme o a que yo fuera sola.

Una de las mañanas en que mi marido se había marchado a trabajar, decidí salir a correr por un enorme parque que estaba cerca del piso y por el que se veía algunas personas practicando deporte. No quería perder mi forma física, de la que me sentía orgullosa. Aquella decisión logró que me encontrara más contenta y relajada. Iba entonces a ducharme cuando sonó el teléfono.

–María, ¿dónde estabas? Llevo más de media hora llamándote –su tono sonaba furioso.

–Lo siento. He salido andar.

–Lo que tendrías que hacer es atenderme a mí y no descuidar tu casa. Ya hablaremos. Te llamaba para decirte que no iré a comer.

Colgó sin dar más explicaciones. ¿Atenderle a él, mi casa? Me sentía indignada, furiosa, y empezaba a ver que resurgía de nuevo mi carácter. Cuando llegó por la noche, me di cuenta de que estaba bebido.

–Hola, mi hermosa y amante esposa... Bueno, eso de *amante*... Porque, desde luego, una mujer que no pone cachondo a su marido ni es mujer ni es nada.

A pesar de sentirme humillada, preferí no contestarle.

–Anda, vamos a la cama, verás qué numerito te voy a preparar.

Abrió un paquete que llevaba y sacó un enorme pene de plástico.

–Mira, hasta es vibratorio.

Me quedé helada. No dejaba de ser curioso que él pensara en utilizar esas cosas, con lo católico y religioso que era. La Iglesia, que castigaba todo tipo de sexo como no fuera entre hombre y mujer y con el fin de procrear. ¿Cómo es que no perseguía y quemaba en las hogueras a los que practicaban ese tipo de sexo?

–Eso ya sí que no te lo voy a consentir –le dije de forma brusca y determinante.

–Tú harás lo que yo quiera, que tienes la culpa de que tu marido no tenga erecciones y sea un desgraciado.

Vino hacia mí con la mano levantada, la sujeté en el aire y lo empuje haciéndole caer al suelo. Empezó a vomitar. Fueron unos momentos terribles, patéticos y dolorosos. Intenté ayudarlo para que se levantara, pero no me dejó y me dio un empujón. Con poco equilibrio, Felipe se fue hacia la ducha. Limpié todo aquello, y me senté en el sofá. Tapándome el rostro con mis manos, pedí a Dios que me ayudara y me quedé dormida.

Por la mañana, al despertarme, como tantas veces él se había ya marchado. Decidí caminar de nuevo por aquel parque. Sus árboles, sus plantas y sus flores eran para mí como un trocito de aquella tierra que tanto dolor había causado en mí. Me

invadían los recuerdos de mi familia, de mi buen amigo Marcial, de don Alberto, mi padre. No me di cuenta del tiempo transcurrido y Felipe tendría ya que haber llegado.

Al entrar en el piso, estaba esperándome. Se le veía furioso.

—¿Dónde has estado? Llevo más de una hora esperándote.

—Lo siento. Necesitaba caminar por el parque. No he tenido conciencia de la hora que era.

Me agarró por los hombros.

—¿No me estarás poniendo los cuernos?

Me solté de sus manos.

—No te voy a consentir que me hables y trates de esa forma. Estoy cansada, cansada y harta Felipe.

En esos instantes sonó el teléfono y lo cogió.

—Toma —me dijo—, es tu hermana.

Lo cogí y me fui al dormitorio. Mi hermana estaba desesperada, lloraba desconsoladamente. Me dijo que, desde hacía tiempo, antes de la muerte de nuestra madre, su vida era un calvario. Desde que había nacido el niño, Miguel y ella no se llevaban bien. Él se alejaba cada vez más de ellos alegando que tenía miedo de que Crisanto se enterase y de su reacción. A ella le habían llegado ciertos rumores de que Miguel andaba con una chica muy joven. Le pedí que se calmara, que yo iría pronto a verla. Debía actuar sin rencores ni odios, con la tranquilidad que todo aquello requería para que no repercutiera en su hijo. Se quedó más tranquila, con la esperanza de volver a verme.

Cuando salía del dormitorio, vi a Felipe apoyado en el marco de la puerta, sonriendo maliciosamente. Había escuchado toda la conversación.

—Vaya, vaya, así que esto se ha convertido en una epidemia: tú, una zorra, y tu hermana, una puta.

Lo miré con desprecio.

–Ten cuidado, María, con lo que vas a decir o hacer. Como me cabrees, voy al pueblo y cuento todo esto. Y a Crisanto el primero.

XXVI

Después de aquella conversación con mi hermana, mi vida se convirtió en un infierno. En el transcurso de los días, habían muerto doña Virginia y mi buen amigo Marcial, al que lloré desconsoladamente. Felipe se negó en rotundo a acudir a sus entierros, era como si sintiera cierto placer haciéndome sufrir.

A Soledad le mentía cada vez que hablábamos. Le aseguraba que no íbamos porque él no se encontraba bien. Correr y pasear por aquel parque me hacían sentir libre y mirar con optimismo el futuro, con la esperanza de que tarde o temprano todo cambiara. Los domingos y festivos era de obligado cumplimiento ir a Misa. No acababa de comprender cómo seguía escuchando al sacerdote, confesaba, comulgaba y hacía de mi vida un infierno. Yo no tenía fe ni creía en la Iglesia, y no sólo por la historia de Adela, también por lo que yo había visto en la capilla de la finca y en la Iglesia del pueblo. Sólo creía y amaba a Dios y al Jesucristo de la Biblia, y suplicaba que dieran luz a mi oscuridad.

Una mañana, Felipe perdió el conocimiento al levantarse de la cama y tuvo que ser ingresado en un hospital. Después de realizarles varios análisis y estudios, le diagnosticaron una diabetes. Una diabetes, que era la causa de su enfermedad. Nunca olvidaría la expresión de sus ojos al mirarme, cuando nos dieron el diagnóstico. Sentí como si liberaran a mi corazón de un gran peso. Tendría que estar ya toda su vida en tratamiento.

A pesar de la gravedad, se negó a decírselo a sus padres. Nuestras relaciones sexuales, que eran orales, terminaron apagándose. Yo ya no sentía ningún tipo de deseo sexual. Intentaba darle ánimo, convencerle de que debería verle un psicólogo, porque el problema ya no era sólo de su enfermedad, pero lo único que él hacía era encerrarse

cada vez más en un profundo mutismo. Regresaba de la farmacia y se encerraba en su despacho, y sólo salía para comer.

Me parecía vivir una pesadilla de la que no sabía cómo despertar. Únicamente me tranquilizaba, como hacía de pequeña, abrir la ventana del salón y mirar aquel cielo lleno de esas estrellas que poblaban todos los cielos. En ellas podía ver reflejada la imagen de Eva. Eva... ¿qué sería de ella?, ¿tendría pareja?

Una de esas noches, Felipe, mirándome a los ojos, se confesó.

–Creo que he sido muy injusto y cruel contigo –sonrió sarcásticamente– y, fíjate, eres la persona que más he amado en mi vida. La impotencia de no poder consumir el acto sexual contigo me volvía loco. Había soñado tantas veces con ello. No lo soportaba y te echaba a ti la culpa. ¿Podrás perdonarme algún día?

En aquellos momentos sentí una profunda pena por él. Cogí sus manos entre las mías.

–No tengo nada que perdonarte, Felipe, pero deberías ir a psicólogo. Poco a poco irás mejorando y podremos comenzar de nuevo.

Después de aquella conversación, Felipe acudió finalmente al psicólogo, y su carácter comenzó a cambiar. Resurgía aquel Felipe que yo había conocido en el pueblo. La tranquilidad parecía retornar a nuestras vidas. Empezó, con cariño, a demandar tener relaciones sexuales, pero seguía sin tener erecciones, lo que motivó que volviéramos a practicar sexo oral, hecho que, en parte, calmaba mis deseos sexuales.

Intentaba borrar de mi pensamiento a Eva, me sentía en la obligación de complacer a mi marido. Él terminó resignándose ante su situación, con la esperanza de que los tratamientos a los que estaba sometido acabarían por curar su impotencia.

Por aquel tiempo comenzamos a salir, íbamos a los cines y cenábamos en algunos restaurantes. De mutuo acuerdo, fijamos una fecha para ir a visitar a nuestras familias. Yo deseaba saber cómo se encontraba mi hermana. Imaginaba lo que tendría que estar sufriendo por culpa de aquel miserable.

Una de aquellas tardes en las que intentaba escribir de nuevo mis poemas, sonó el teléfono. Era Soledad.

–Hermanita, ¿cómo estás? Te has olvidado de nosotros. ¿Cuándo piensas venir a vernos? Tu sobrino está deseando conocerte en persona, sólo sabe de ti por las fotos que yo le enseñé de tu boda.

Noté que el tono de su voz era más vivo, más alegre. Me eché a reír.

–Mi querida hermana, iremos pronto. Felipe cada vez se va encontrando mejor.

–María, te lo quería haber dicho personalmente –su tono de voz cambió–, pero como no acabas de venir y yo no quiero que estés preocupada por mí, te lo diré por teléfono: las sospechas que tenía sobre Miguel se han confirmado. Está manteniendo relaciones íntimas con una chica mucho más joven que él. He llorado y sufrido mucho. Le pedí a Dios que me ayudara a tener la valentía para decírselo a mi marido y el coraje de soportar sus consecuencias. Dios me ayudó, una noche se lo conté todo. Tenía un miedo terrible a su reacción, pero él, abrazándome y estrechándome, me dijo que no quería saber más, que me amaba más que a nada en el mundo y que el niño sería siempre nuestro hijo.

Se hizo un silencio que se rompió por sus sollozos. Yo me había quedado paralizada, sin palabras. Al llegar la noche, en su silencio, como tantas veces antes había hecho, mirando aquel cielo cuajado de estrellas, le di gracias a Dios, y en esas estelas que desprendían pude ver mis pensamientos.

Lo que va sucediendo en nuestras vidas son consecuencias de nuestras acciones de, nuestros hechos. Consideramos tener todos los derechos para que nuestros deseos se cumplan en la creencia de que nos lo merecemos, sin no analizar si lo que hacemos realmente es lo correcto para que ello suceda.

Mi madre y mi hermana fueron obligadas a casarse porque la tradición lo contemplaba. ¿Fueron ellas o ellos culpables? No. Aunque no lo eran, tenían que asumir

las consecuencias que podrían sobrevenirles. Crisanto, a pesar de aparentar ser un hombre tozudo y cerrado, supo aceptarlo.

Yo me casé pensando que mi vida cambiaría, que tendría más libertad, que olvidaría a Eva. Lo hice sin que mis heridas estuvieran cerradas, sin conocer a Felipe, sin saber lo que el futuro podría depararme, que fue todo lo contrario.

Felipe tampoco sabía cómo era yo realmente. Sin darse cuenta, me empujó para conseguir lo que deseaba, lo que anhelaba, pero su destino no pensaba lo mismo.

Cerré aquella ventana. Me puse un camisón blanco de encaje que me había regalado mi marido y, procurando no despertarle, me metí entre aquellas tibias sabanas.

XXVII

Aquella mañana, Felipe estaba todavía en la cama. Me extrañó que no se hubiera marchado a la farmacia. Toqué suavemente su hombro. Estaba helado. Miré su rostro, parecía dormir plácidamente. Acerqué mi oído a su pecho: su corazón había dejado de latir. Había muerto. Sentí una profunda pena, una pena producida más por un amor fraternal que de pareja. Luchaba por quitar de mi pensamiento la palabra *libertad*. Quería dejar de pensar y actuar.

Llamé a la farmacia para decirle al auxiliar, un chico que siempre me trató muy agradablemente, lo que había ocurrido. Me dijo que él se encargaría de todos los trámites y del traslado del cadáver de Felipe a su pueblo. Era incapaz de derramar una lágrima. No conseguía asimilar todo lo que me estaba ocurriendo.

La tardanza de los trámites hizo que tuviéramos que dirigirnos directamente a la Iglesia, donde nos estaban esperando mi hermana y su marido, mi padre, los padres de Felipe y algunos de sus familiares. Me abracé a mi hermana y no pude evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos.

La iglesia estaba totalmente llena. Era como si todo el pueblo estuviera allí. La misa fue muy emotiva, Felipe había sido bautizado y había hecho su primera comunión en aquella parroquia.

A la salida del cementerio los padres de Felipe se acercaron a mí. El padre cogió entre sus manos las mías.

–Gracias, María. Gracias por todo lo que has hecho por nuestro hijo.

Me quedé extrañada ante sus palabras. Él sonrió al ver mi gesto de perplejidad.

–Nuestro hijo nos había llamado y nos contó todo lo que le había ocurrido y tu maravilloso y magnífico comportamiento.

Sentí una punzada en mi corazón.

–No dejes de visitarnos, María. Tú eres para nosotros el único vínculo hacia él.

Me sentí culpable por aquellas palabras. Mi hermana me cogió del brazo.

–Quédate unos días. Tu sobrino y nosotros estamos deseando estar contigo.

Me fijé en la expresión de tristeza de mi padre y en lo envejecido que estaba.

–Soledad, me quedaré en la finca, con mi padre. Y vosotros me traeréis a tu preciosidad para que disfrute de todos los animalillos que hay en la finca.

Mi padre se acercó y me estrechó entre sus brazos.

–Gracias, hija mía.

Mi hermana me preguntó.

–¿Eso significa que piensas quedarte?

–Te parecerá mentira, Soledad, aunque yo misma no sé por qué he tomado esta decisión. Me quedaré en estas tierras que un día odié y que tanto he añorado.

XVIII

Y me quedé para orgullo y felicidad de mi padre, que dejó de nuevo en mis manos todo el control de la finca.

Al principio los recuerdos hacían heridas en mi corazón. Mi madre, mi pobre hermano, incluso el de mi padre, mi buen amigo Marcial... El trabajo y la compañía de mi sobrinillo David hacían que me olvidara de todo, que intentara de nuevo remontar en mi vida.

Como otras veces, monté en mi caballo y me dirigí a la pequeña loma. Desmonté y quité algunas hojas secas de la planta que estaba encima de las cenizas de Adolfo. Me senté en aquella hierba y las preguntabas brotaban bajo aquel cielo azul. ¿Qué es lo que había sentido por Felipe? ¿Cómo habría sido mi vida si él no hubiera tenido el problema de las erecciones? De nuevo, la imagen de Eva retornaba a mis pensamientos. Sabía que no la olvidaría jamás: estaba esculpida en mi alma. Me monté en el caballo y decidí no pensar.

Al regresar a la casa, mi padre me estaba esperando.

—María, hija, voy a darte una buena noticia. Eva viene está tarde.

Sentí un vuelco en mi corazón.

—¿Se quedará?

Me di cuenta de la pregunta tan estúpida que le había hecho, seguramente no sabría ni los motivos de su llegada.

—No lo sé, hija. Aunque presiento que no será así.

Las horas se volvían interminables. La tensión lograba que temblaran mis manos. ¿Cómo estaría?, ¿qué nos diríamos?, ¿volvería a irse?, ¿vendría con una pareja? Así fue hasta que vi venir su coche desde lejos. Me quedé en el porche esperando su llegada. Cuando la vi, sentí arder mi sangre de nuevo como una lengua de fuego. Seguía igual de hermosa, con su pelo rubio, más corto.

Desde donde estaba podía ver el azul metálico de sus ojos. Sus formas en el andar y mover las caderas seguían siendo igual de sinuosas y sensuales. Venía sonriendo hacia mí. Se quedó mirándome a los ojos.

—Cuánto tiempo, María... Sigues igual de guapa.

La sonreí.

–Y tú más bella.

–Qué educadas estamos.

Nos dimos dos besos y sentí de nuevo aquella dulce sensación.

–Vamos, *nuestro* padre nos está esperando.

Después de los saludos y los abrazos, Eva se había marchado a su dormitorio para darse una ducha antes de cenar. Yo la esperaba en el salón. Nuestro padre nos había dejado solas. Miraba a través de aquellos ventanales hacia la noche, que estaba cerrada y oscura. No quería pensar. ¿Habría vuelto para quedarse? ¿Estaría casada? Imposible, su marido la hubiera acompañado. Mis pensamientos fueron interrumpidos al abrirse la puerta. Me giré y la vi entrar. Llevaba un vestido negro muy discreto, pero ello no impedía dejar traslucir sus curvas y la turgencia de sus senos. Estaba preciosa.

Miró hacia la mesa.

–Vaya, qué buena elección en los manjares.

–Me alegro de que te gusten.

Cenamos en silencio, pero nuestras miradas se cruzaban.

–¿Tomamos una copa en el porche? –me preguntó.

Con nuestras copas en la mano y apoyadas en el porche, mirábamos un cielo que empezaba a despejarse de nubes y donde aparecían tímidamente las estrellas. Tuve la osadía de preguntarle.

–¿Te quedarás esta vez, o volverás a salir huyendo?

Sonrió.

–Yo nunca he salido huyendo.

Me acerqué más a ella y le pregunté.

–¿Me quisiste alguna vez?

–¿Y tú a mí?

–Te he amado tanto que llegué a estar a las puertas de la propia locura.

–Sí, pero te casaste.

Me sorprendió su respuesta. Significaba que se había preocupado por saber de mi vida.

–Sí –le respondí–. No voy a contarte en el infierno en que me hundí y en el que seguí estando sumergida.

Me sonrió. El azul de sus ojos se tornó más metalizado.

–Tú tampoco sabes en el que estuve yo también hundida. No fui capaz de tener una pareja estable.

Me parecía estar viviendo un sueño. ¿Estaba ella enamorada de mí?

–¿Te acuerdas de cuando te llamé *marimacho*? Odiaba lo que sentía por ti y te culpaba de ello. Eras tan salvaje –sonrió–. Bueno, creo que aún sigues siéndolo. No podía aceptarlo, no podía consentir que aquellos sentimientos se apoderaran de mí. Era pecado. No sabía lo que rodeaba a la homosexualidad. Una vez mi hermano intentó sacar el tema, mis padres lo castigaron y nos dijeron que arderíamos en los infiernos si alguno de nosotros nos dejábamos arrastrar por esos vicios. ¿El infierno? Qué curioso, ¿no está ya en nuestras vidas? Pobre Adolfo. Por eso quería irme de estas tierras, las odiaba.

Me mantenía en silencio. Con aquella copa en la mano, en la tenue oscuridad de la noche, ¡qué hermosa estaba! Cuánto la amaba, cuánto la deseaba. Quería que fluyera todo su dolor y quizás todo su odio, que no quedara nada dentro de su corazón.

–Siempre recordaré aquella noche en la loma. Al ver tu cuerpo desnudo, cuánto te deseé. Cuando tus manos recorrieron mi piel, un placer incontrolable me hacía temblar y experimentar una sensación dulce que llenaba mi alma. Jamás volví a sentir aquello. Entonces supe que nunca dejaría de amarte, por mucha distancia que hubiese entre nosotras. Tuve miedo, un terrible miedo de que yo fuera para ti un capricho, un desafío, y decidí huir... Antes te mentí: hui de ti. Decidí dejar correr el tiempo, esperar.

Dios mío, y yo que pensaba que si ella me hubiera amado no se habría ido de aquí. Estaba de espaldas mientras hablaba, no quería que viera la expresión de sus ojos. La rodeé con mis brazos.

–Por Dios, Eva, déjalo, déjalo, amor mío.

–No, quiero llegar al final. Tuve que luchar muchas batallas con mis demonios. Me relacioné con personas que me hicieron ver la homosexualidad desde otros puntos de vista y la analicé. Entonces, tomé conciencia de la crueldad de las personas, de su ignorancia, una ignorancia que, en lugar de hacerlas entender a través de la generosidad, de la tolerancia, incluso desde el amor, las volvía irascible, intolerantes y crueles. Decidí volver. Ya no soportaba por más tiempo no estar a tu lado.

Se hizo un silencio.

–Pero tú te habías casado. Creí volverme loca de dolor. Llenaba cada segundo, cada minuto de mi tiempo, para no pensar en ti, para olvidarte. Y ya ves, al enterarme de que tu marido había muerto...

Sentí un dolor profundo. La atraje hacia mí. Al estrecharle entre mis brazos, sentía el latir de nuestros corazones. Cogí su cara con mis manos y besé aquellos labios que tanto había deseado. El fuego corría por mis venas y estallaba en mi pecho con esa sensación de los intensos orgasmos.

Sus dedos acariciaban mi cuello, mi nuca. Dentro de mí corría el temblor de su cuerpo. Juré ante el cielo y la tierra que ya nada ni nadie, ni la propia muerte, lograría separarnos. Le dije a Dios que las huellas marcadas en nuestros corazones eran el tributo de haber pagado ya nuestra felicidad.

Epílogo: poemas de María

Las raíces

Las raíces brotaron de nuevo dentro de mí,

se clavaron en mi carne,

penetraron en mis venas.

Oprimieron mi corazón,

escudo de mi alma.

Mi cuerpo se rebela,

gime y

tiembla.

Ellas no escuchan mi voz,

no sienten el temblor de mi cuerpo.

Resisten a mi lucha.

Yo no puedo secarlas,

han succionado mi sangre.

Ya no puedo matarlas,

han roto mi coraza.

Los brotes fluyen en mi alma,

retoman mi vida,

haciéndola volver a sus entrañas.

Miedo

Temo a la noche,

los finos hilos de sus silencios

me traen los sonidos de tus palabras,

los susurros de los placeres y

tu juramento de que jamás me abandonarías.

Tengo miedo a la luz del alba,

me avisa de la llegada del día,

su luz despierta mis sentidos,

me hace volver a la realidad,

recordar lo que tus ojos me decían,

que jamás regresarías.

Y Dios me escuchó.

Alcé mis ojos hacia aquel cielo cuajado de estrellas,

de rodillas supliqué a mi Dios

que arrancaran tu imagen de mi corazón.

Las estrellas orgullosas chocaron sus puntas,

chispas luminosas perfilaron tu cuerpo,
resaltando tu pubis y
tu bello sexo.

El brillo de tus ojos iluminó la noche.

Por unos instantes te tuve tan cerca,
que las yemas de mis dedos tocaron tu piel.

El rugido del trueno rompió los silencios,
los cielos se abrieron y
el rayo te introdujo en ellos.

Dios había escuchado mi suplica.

Arrepentida, hundida y desolada,
miré hacia la tierra rogándole
que se abrieran sus entrañas y
me introdujera en ellas.

Había comprendido
que mi vida sin ti
ya no tenía sentido,
prefería arder en los fuegos y
dejar de existir.

Sipnosis

Todos tenemos nuestras raíces ocultas, solo el agua pura, caída de las nubes del cielo hara que afloren a la superficie de la tierra.

Esta es la historia de dos familias.

Una familia, la de unos terratenientes y otra familia, la de los guardeses de su finca.

Dos status sociales diferentes con un mismo entorno, la de los terruños de las tierras.

Hijos, aunque educados en distintos ambientes , sus sentimientos palpitaran más allá de los límites marcados por la sociedad y por la Iglesia.

Unos padres que tendrán que afrontar la homosexualidad y la enfermedad del SIDA, de sus hijos .

Una pregunta a la Iglesia ¿Podrían interpretarse los textos bíblicos basados en la homosexualidad, como en esta historia se han interpretado?

Una lección, no se debe de huir de nuestro destino.

Una historia para ser leída desde el corazón.

Mª Carmen Artaloytia Lázaro.

Notas de la autora.

La verdad no la encontraras en la interpretación de algunos, sino en las verdaderas fuentes vivas de la razón.

Esa razón solo estará en la esencia de tu propia vida, dentro de ti, en las entrañas de la Tierra y en las líneas marcadas por el cielo y no por el hombre.

Basada en hechos ficticios cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

M^a Carmen Artaloytia Lázaro